

RUSSELL A. BROWN

Sherlock Holmes y
el misterioso amigo
de Oscar Wilde



Lectulandia

Poco tiempo antes de iniciarse el proceso que le confinó en la cárcel de Reading, Oscar Wilde requirió la ayuda de Sherlock Holmes para salvar a su misterioso amigo del oprobio y la tragedia.

Londres, finales del siglo XIX. Oscar Wilde, con problemas legales derivados de su orientación sexual, se pone en contacto con Sherlock Holmes para contratarle para que ayude a un misterioso amigo suyo, cuya identidad no ha de ser revelada, que se encuentra en apuros. Inicialmente ni Sherlock ni el omnipresente narrador, Watson, están por la labor de acceder a las peticiones de Wilde, máxime teniendo en cuenta que eso implicaría tener que introducirse en un mundillo que poco o nada les interesa. Pero algo cambia y finalmente acceden a llevar el caso...

Lectulandia

Russell A. Brown

Sherlock Holmes y el misterioso amigo de Oscar Wilde

ePUB v1.1

JohnBalzamo 21.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Sherlock Holmes and the mysterious friend of Oscar Wilde*

Russell A. Brown, 1988.

Traducción: Miguel Hernández

Diseño/retoque portada: JonBalzamo

Editor original: JohnBalzamo (v1.0 a 1.1)

ePub base v2.0

Para A.C.D. y O.F.W.W.

Vuestras vidas y escritos fueron lo primero que sugirieron a mi mente la idea de este relato.

Por esto, y por la ayuda que me habéis prestado en su evolución, mil gracias.

*Sinceramente suyo,
Russell A. Brown*

La evidencia circunstancial es asunto muy delicado. Puede parecer que apunta directo a una cosa, pero si se cambia un poco el punto de vista, uno se puede encontrar con que apunta a algo completamente distinto de una forma igualmente intransigente.

SHERLOCK HOLMES

Dar una descripción precisa de lo que nunca ha ocurrido no es solamente la ocupación propia del historiador, sino el privilegio inalienable de los hombres de artes...

OSCAR WILDE

Al... artista se le conoce por el uso que hace de lo que se apropia, y se apropia de todo.

OSCAR WILDE

Nunca he sido nervioso con los detalles, y algunas veces se debe ser dominante.

Sir ARTHUR CONAN DOYLE

Prefacio

En la primavera de 1988, unos obreros que estaban restaurando una casa del casco antiguo de Londres encontraron una caja fuerte oculta, que procedieron a abrir con nitroglicerina. Dentro había un manuscrito firmado por «John H. Watson, Doctor en Medicina» y una carta firmada por «Sherlock Holmes». No hay ninguna prueba de autenticidad, pero se conocen algunos hechos:

Durante los primeros cuarenta años de este siglo la casa perteneció a Sir Frederick Mackintosh, un abogado inmensamente próspero y amigo de muchas personas notables, incluido el rey Eduardo VIII (en cuya abdicación Sir Frederick jugó un papel crucial, aunque no hecho público, lo que le hizo ganar el rango de caballero). Gracias a la facilidad con la que era capaz de moverse entre todos los estratos sociales británicos entre el final del reinado de Victoria y la Segunda Guerra Mundial, Sir Frederick demostró ser un experto en conciliar conflictos que habrían turbado la sociedad de haber permitido que llegasen a los tribunales. Su mayor contratiempo fue su fracaso al no poder impedir que Winston Churchill demandase por difamación a Lord Alfred Douglas, antiguo compañero de Oscar Wilde; su logro más enorgullecedor, la fundación de un asilo para niños sin hogar en Londres.

Poco se conoce de la vida privada de Sir Frederick, salvo que fue un solterón cuya forma de vida juvenil fue definida por E.F. Benson como «no convencional», pero cuyos últimos años estuvieron dedicados a conservar el ideal británico del hogar y la familia. Murió durante el Blitz ^[1], a causa de un impacto directo en un baño turco. Irónicamente, ése fue el sitio donde había conocido al Doctor John Watson poco después de que Sherlock Holmes se hubiese jubilado y retirado en las colinas de Sussex. (Se ha especulado mucho acerca de su separación, hasta que el Doctor Watson explicase en la cena sorpresa que ofreció el Cuerpo de Detectives de Policía en su honor, que aunque él era de Hampshire de pura cepa, prefería soportar las molestias de Londres que «sumergirse en los bucólicos encantos de una granja de Sussex». En la carta de «Sherlock Holmes» que aquí se publica como apéndice, se sugiere otra explicación muy diferente.)

Salvo una breve reanudación de la práctica de la profesión (como médico penitenciario), el Doctor Watson vivió retirado sus últimos veinticinco años con Sir Frederick, relatando más aventuras de Sherlock Holmes y dedicándose a una actividad filantrópica. Murió en abril de 1928, de una enfermedad crónica de corazón.

Siempre que surge cualquier nuevo relato de Sherlock Holmes hay una fuerte tendencia a considerarlo auténtico. La insaciable demanda del público ha fomentado una industria artesanal que suministra nuevos relatos, dos de los cuales me vienen inmediatamente a la cabeza: *Elemental*, *Dr. Freud*, y el erróneamente titulado *La última aventura de Sherlock Holmes*. Uno recuerda el comentario de George Bernard

Shaw: «Hasta lo que se me alcanza, soy la única persona en Londres que no puede sentarse y escribir una obra de teatro de Oscar Wilde a voluntad. El hecho de que sus obras, aunque aparentemente lucrativas, sigan siendo únicas en estas circunstancias dice mucho de la abnegación de sus plagiarios». Uno desearía que los admiradores de Sherlock Holmes poseyesen la misma abnegación. Por tal razón contemplamos este relato con escepticismo.

A su favor se encuentra la carta (cuya firma, comparada con las últimas que han salido a la venta en Sotheby's, parece auténtica) y las revelaciones de la relación personal de esta eminente pareja victoriana. En su contra (además de la naturaleza de este retrato, que puede ofender a alguna persona) hay dos hechos: Una sexta parte del manuscrito es idéntica a los pasajes publicados en las obras del Doctor Watson y de Oscar Wilde, y la cronología de algunos acontecimientos difiere ligeramente de los documentos históricos. (Esta prueba circunstancial no es concluyente, por supuesto, porque ya se sabe que ambos autores se repiten y al Doctor Watson no le preocupa lo más mínimo alterar la cronología para que un buen relato parezca mejor).

Si el relato no es auténtico, la especulación se centra en Sir Frederick, un autor aficionado que se divierte escribiendo historias de un ladrón de vida licenciosa. Pero esto da pie a un misterio mayor: ¿por qué dedica tanto tiempo a ensamblar las palabras de otros autores con su narrativa? ¿Era un simple ejercicio para su propia escritura?, ¿o era una propuesta más sutil, sugerida quizá por la cita preferida de Sir Frederick, el consejo de Oscar Wilde a los aspirantes a autores: «Crea la idea moderna bajo una forma antigua»?

No revelar la historia hasta verificarla causaría un perjuicio al público. Conforme con esto, la presentamos sin ninguna garantía, invitando a los lectores a que juzguen por sí mismos —según las pruebas inherentes o según sus propias inclinaciones— tanto si aceptan como si rechazan estas sorprendentes revelaciones.

EL EDITOR

1.

Intrusiones naturales

A Sherlock Holmes le había pedido ayuda mucha gente extravagante, pero el más extravagante de todos llegó una mañana de la primavera de 1895.

Había pasado casi un año desde mi regreso a Baker Street tras una ausencia de un lustro, que había comenzado con mi matrimonio y había continuado durante los tres años de la desaparición y supuesta muerte de Holmes en las cataratas de Reichenbach, acontecimiento doloroso al que vino a sumarse la muerte de mi esposa.

Inmerso de nuevo en la aflicción, me vi devuelto a Baker Street, donde la señora Hudson y yo intercambiábamos recuerdos y nos absorbíamos en sus álbumes de los artículos publicados en la época de la muerte de Holmes. Me sonroje avergonzado al recordar cómo me burlaba con paternalismo de su fe candorosa en que un día Holmes volvería a entrar en nuestras vidas, lo que hizo el 5 de abril de 1894, con tanta brusquedad que, por primera vez en mi vida, me desmayé. Poco después, por invitación suya, traspasé mi consulta y regresé a Baker Street.

Había sido ingenuo por mi parte esperar que Holmes volviera siendo el mismo, pero una cosa que no había cambiado era la relación íntima entre nosotros. Yo todavía era su más íntimo amigo, en parte debido a la aversión de Holmes hacia las mujeres y la poca inclinación a hacer nuevas amistades, pero debido también a mis propias cualidades. «Un cómplice que prevé tus conclusiones y tu línea de acción es siempre peligroso —me confesó—, pero alguien al que cada evolución le produce una perpetua sorpresa es, realmente, un camarada ideal».

En lo que a mí se refiere, me sentía estimulado por aquel hombre que había introducido en mi vida tanta excitación y aventura, permitiéndome participar con él y registrar los escándalos oficiales y sociales de finales de la era victoriana. Y, aunque a los cuarenta y tres, yo le sacaba dos años, mi mayor objetivo en la vida, mi mayor alegría, consistía en servirle.

La solución por parte de Holmes de la misteriosa muerte de Ronald Adair había iniciado un periodo de prodigiosa actividad que trajo gran cantidad de casos sin resolver. Sus energías estaban agotadas hasta el límite, pero sus ganas de volver a Londres, al centro de cinco millones de personas, me animaron porque yo sabía que nada le estimulaba más que la actividad y nada le hastiaba más que el ocio. Entonces, la única debilidad de su naturaleza lo llevaba a pique y el hombre vigilante, activo, daba paso al pálido soñador de los ensueños creados por la droga.

El día anterior a la visita de nuestro extravagante cliente había sido monótono y

cansado. Confinado en el hogar por la húmeda niebla, Holmes había estado dando vueltas sin cesar, lanzando miradas con mucha frecuencia a su maletín de cuero, con su contenido mortal. Para procurar distraerlo, fui sacando los álbumes de recortes de la señora Hudson, pero su única respuesta fue: «Nunca sabemos lo que los demás piensan de nosotros hasta que no estamos muertos». Por último, le mostré la revista *The Strand*, con «El problema final», mi relato de su muerte, esperando que esta vez su habitual indiferencia hacia mis tentativas fuese reemplazada por un reconocimiento genuino. ¡Ay de mí!, sólo lanzó una risita, sacó de la estantería un delgado volumen azul, señaló un pasaje y lo puso ante mí. No piqué el anzuelo y, con un gesto de indiferencia, abandonó el piso.

Cuando me levanté al día siguiente, no me sentía en absoluto descansado, la bala explosiva que me había traído en uno de mis miembros latía con una persistencia sorda. Me puse la ropa de cualquier manera y bajé apresuradamente a nuestro cuarto de estar. Soy de naturaleza bohemia en mis costumbres, pero el panorama que encontraron mis ojos me llenó de indignación. De una pared a otra, la alfombra estaba llena de colillas esparcidas y periódicos arrugados. Si cada uno hubiera sido un soldado muerto, aquello habría sido como contemplar la escena melancólica que siguió a la batalla de Maiwand, donde me hirieron.

—¡Esta vez ha ido demasiado lejos! —dije a la señora Hudson, que entraba con la bandeja de mi desayuno y con el rostro rubicundo y redondo lleno de jovialidad matinal.

Haciendo caso omiso de mi explosión, emprendió una relación de los acontecimientos de la mañana, los cuales captaron instantáneamente mi atención.

La había despertado un telegrama llegado al amanecer. Lo había llevado a nuestro cuarto de estar, donde se encontró «¡al señor Holmes vestido de mujer!». (No me sorprendió, ya que sabía que Holmes tenía, en diferentes partes de Londres, cinco refugios donde cambiaba de personalidad, y que a menudo se aprovechaba de la libertad que le proporcionaba un atuendo femenino). Apenas se había retirado la señora Hudson al vestíbulo inferior, Holmes bajó las escaleras dando saltos con la cara «airada como un trueno y con una contestación para el chico que, ¡bueno, soy una mujer respetable y nunca había oído una contestación igual!» Parecía que Holmes se había entretenido después revisando todos los periódicos antes de retirarse.

—Ojalá se levantase el señor Holmes. Voy a casa de la señora Turner a cuidar de los niños mientras ella visita a su marido en el hospital. Es el policía herido ayer en Scotland Yard por la explosión de los Dinamiteros. Estaba en el excusado y ¡bum! ¿Se imagina hacerlo estallar *allí*? ¡Eso es no respetar las reglas! Socialistas, anarquistas, republicanos rojos... ¿Por qué quieren *cambiar* las cosas? No ha habido nunca una época mejor que 1895 y nunca la habrá.

Cogió el libro que Holmes había señalado.

—Platón. ¿Es un libro de cocina? —Antes de que pudiera responder, señaló a mis pastillas de nitroglicerina—. Me gustaría que no guardase eso en mi casa.

—Tonterías. Las necesito para mis problemas de corazón. Si mi querida esposa...

—Bendita sea su alma; si no hubiera sido por su muerte, usted no habría vuelto a Baker Street. En todo hay cosas buenas y malas, y no se las puede separar, igual que los ingredientes de una buena sopa, una vez se han echado en ella. Y si se pudiera, bueno, esa sopa sería incomedible. —Miró el maletín de cuero de Holmes frunciendo el ceño—. *Eso no es medicina. ¡Pone enfermo al señor Holmes! ¡Señor Holmes! ¿Le importaría tomarse el desayuno?*

La puerta del dormitorio de Holmes se había abierto. Apareció con su bata de color ratón y el semblante irritado. Sin mirarnos a ninguno de los dos, se dirigió a la chimenea y cebó la pipa de la zapatilla persa.

—Café negro, jamón y huevos y una habitación tranquila para comerlo.

La señora Hudson abandonó la habitación y Holmes volvió la cara hacia mí. Incluso en bata tenía una formidable planta, de una altura de un metro ochenta y tan delgado que parecía más alto. Sus ojos eran agudos y penetrantes, y su nariz delgada y aguileña daba a su expresión un aire de vigilancia y decisión.

—Bien, Watson, ha organizado un buen revoltijo en esta habitación. —Holmes recogió uno de los periódicos—. Otro atentado de los Dinamiteros al monumento a Nelson... sin éxito, o a lo mejor tendría que agradecerles que embellecieran Trafalgar Square. —Colocó el periódico cuidadosamente sobre el escabel y recogió otro—. Más aún: nuevos comentarios sobre la muerte de un aristócrata industrial. Menos mal que no podemos leer nuestras propias necrológicas.

—*Usted lo hizo.*

—Tocado. Lo confieso. ¿Qué tenemos en los apócrifos de la sección de anuncios personales? «No nos engaña. Esperamos que cumpla su parte del trato. Aguarde instrucciones».

—Esa queja de la sección de anuncios personales no tiene el menor sentido.

—Tendría sentido si conociéramos la clave fundamental: ¿En qué consiste el misterioso «trato»? Otro: Un lánguido párrafo de Langdale Pike —(antiguo amigo de Holmes y enciclopedia humana sobre todas las cuestiones de escándalo social y chismorreos de la metrópolis)—. «Los amigos de un eminente detective están preocupados por sus obvias tendencias. Sólo un milagro puede evitar un escándalo». ¿Hopkins? ¿Lestrade? Pero ellos no son eminentes.

—No me preocupa la peculiar obsesión de Pike por los asuntos de los demás.

—Yo tampoco me preocuparía si tuviera algo más en qué ocupar mi mente. «Qué cansadas, rancias, burdas e infructuosas me resultan todas las costumbres de este mundo», por citar a un escandinavo melancólico. No hay nada nuevo que hacer; todo

se ha hecho antes.

La señora Hudson entró con la bandeja del desayuno de Holmes.

—Por favor, mande a Billy a Bradley's por una libra de la picadura más fuerte —ordenó Holmes. (Era incapaz de recordar los nombres de los chicos, y desde hacía tiempo resolvió el problema llamando a todos nuestros botones Billy, y a los encargados de su fuerza auxiliar Wiggins).

—No está aquí —protestó la señora Hudson—. Ha debido suceder algo terrible. Tengo un presentimiento y yo siempre confío en mis presentimientos más que en mi cabeza.

—Yo no esperaré lo peor. —Holmes le dio permiso para marcharse. Señaló el *Strand*—. A propósito, Watson, veo que no pudo resistirse a exagerar los elementos dramáticos de mi muerte.

—No más que usted con los elementos dramáticos de su regreso. Estoy avergonzado por haberme desmayado como una mujer.

—Usted conoce mi debilidad: Algún elemento artístico mana dentro de mí y exige insistentemente una actuación bien representada. Pero, mientras extermino este huevo, sea tan amable de leer en voz alta las dos últimas líneas de su crónica.

Cité de memoria: «Este fue el final del que siempre consideraré el hombre mejor y más juicioso que he conocido jamás».

—Muy halagador, aunque poco original.

Me han dicho que mi cara revela todas las emociones, y debí manifestar mi incredulidad, porque Holmes añadió:

—Coja *La muerte de Sócrates* de Platón, que pasó por alto ayer, y lea el pasaje subrayado.

—«Éste fue el final de mi amigo, a quien puedo llamar —mi voz vaciló ante la tremenda semejanza— el más juicioso, el más justo y el mejor de los hombres que he conocido». —Los ojos grises de Holmes bailaban divertidos y triunfantes—. Tendré que cambiarlo en la próxima edición —concluí sin convicción.

Holmes fue implacable:

—¿Qué? ¿«El problema final» o *La muerte de Sócrates*? —Señaló mi pastillero con el tenedor—. Esos comprimidos de nitroglicerina contienen insinuaciones de mortalidad. Sea buen chico, quítelos de en medio.

—Quizá usted se va a deshacer de su maletín de cuero. ¿Qué hay ahora?

—Cocaína. Una solución al siete por ciento.

—Suicidio calculado. Y sólo es una cuestión de tiempo el que sus clientes se den cuenta de las marcas de pinchazos de sus muñecas.

—Mi mente es como un coche de carreras que se hace pedazos porque no se ajusta al trabajo para el que fue construido.

—¿Por qué no atrapa a esos Dinamiteros? —preguntó la señora Hudson cuando

volvió para recoger los platos.

—Los médicos se delatan a sí mismos por una mancha de nitrato de plata en el dedo índice derecho; los dinamiteros no anuncian su actividad, porque, si no, tendríamos que sospechar de Watson.

—Deberíamos hacer lo que quiere Su Majestad: promulgar una ley contra la venta de dinamita. No se puede cambiar la naturaleza humana, pero siempre se puede cambiar la ley. ¡Y si no pueden comprarla, entonces no la pueden hacer estallar! Dios mío, casi se me olvida que hay una persona abajo que quiere verle.

—Qué interesante —contestó Holmes con falso desinterés—. ¿Una persona masculina o femenina?

La señora Hudson reflexionó.

—Podría ser cualquiera, o ambas cosas.

—¿Y qué apariencia tiene esa persona de sexo indefinido?

—¿Apariencia? —Hizo una pausa dramática—. Parece una polilla gigante. —Puso los brazos en jarras y los agitó en una imitación tan cómica que Holmes y yo soltamos una carcajada—. Su nombre es Oscar Wilde.

—Maldito insolente. —La sonrisa se apagó en la cara de Holmes y se puso en pie de un salto—. Le mandé recado de que no le vería.

—Me alegra oírle decir eso, señor —dijo la señora Hudson dirigiéndose a la puerta.

La violenta respuesta de Holmes me intrigó.

—¿Le conoce? —pregunté.

—Conozco *cosas* de él y de su famoso padre. —Holmes cogió de la librería un volumen de tapas rojas. Hojeando rápidamente hasta llegar a una página, leyó—: «Sir William Wilde, cirujano, fundador de un famoso hospital para enfermedades de la vista y el oído, conferenciante sobre curiosidades científicas y de viajes, condecorado por el rey de Suecia. Tres hijos, uno llamado Oscar en homenaje al Rey Oscar de Suecia». El *Peerage* de Burke solamente relata hechos escuetos. —Dejó caer el libro rojo y cogió uno verde bilis—. El *Golden Treasury of Victorian Scandals* de Langdale Pike incluye el veredicto del proceso a Sir William Wilde por presunta violación de una paciente bajo los efectos de la anestesia. Su mujer testificó que no tenía «ningún interés» en el hecho de que él engendrara vástagos ilegítimos. Anteriormente, ella misma había figurado en un proceso como escritora que colaboraba con el Partido de la Joven Independencia.

—¿Y sus hijos...?

—Según Pike, Oscar Wilde es el Sumo Sacerdote de los Decadentes, jefe de una banda de estetas de Londres, que comprende una sociedad cabalística tan insana como sana es la nuestra. Cosas que para nosotros son repulsivas y antinaturales, para ellos son simples lugares comunes de la existencia.

Sería estúpido decir que yo no estaba familiarizado con este tipo de cosas. Me había encontrado con ello en la escuela: el compañero cuyo rostro brillaba con luz impía cuando el profesor de rugby describía a los atletas de la antigua Grecia compitiendo desnudos; el profesor de historia que se empeñaba en mencionar ciertas tendencias de Eduardo II, Jaime I y Guillermo III; el profesor de literatura que insistía en las inclinaciones sexuales de Sir Francis Bacon y Christopher Marlowe, y que incluso las insinuaba del mismísimo Shakespeare. En la facultad de Medicina los profesores lo calificaban como patología criminal, pero un estudiante aventuró la opinión de que el castigo de estos transgresores (hasta hace poco, en Inglaterra, con la muerte) era un vestigio de aquellas épocas oscuras en las que se azotaba a los enfermos mentales para que expulsaran los demonios. Sugirió que, con el tiempo, acabaríamos por contemplar a estos hombres como seres que sufren una enfermedad carencial.

Yo no podía estar de acuerdo. Creo que mi madre se acercaba más a la verdad cuando le decía a mi hermano mayor que los deseos carnales eran perversos y se podían controlar con la voluntad. (Sufro al pensar en lo poco que le sirvió a mi desgraciado hermano, que se dio a la bebida y a una vida de sensualidad culpable y siguió a una aventurera hasta San Francisco, donde lo cuidé a lo largo de una repugnante enfermedad, teniendo que realizar prácticas terribles.)

—En los últimos años —la voz de Holmes me distrajo de mis pensamientos—, sus miembros se han multiplicado... En el 85, una enmienda a la Ley Criminal estableció severas penas, pero en el 89 se produjo un escándalo en una casa de Cleveland Street, donde se juntaban hombres y niños.

A medida que hablaba Holmes, surgieron dentro de mí sentimientos de rechazo. Abrí mis labios para hablar, pero...

—Mi querido señor Holmes —llegó una extraña voz desde la entrada.

Holmes y yo nos giramos y vimos a la señora Hudson aparentemente indecisa al lado de la puerta. Tras ella apareció una figura grotesca.

Realmente parecía una polilla gigante con su levita negra, pantalón de color claro, chaleco de flores llamativas, corbata blanca de seda con alfiler de perla, guantes color lavanda pálido y polainas lavanda, un reluciente sombrero de copa y un clavel en el ojal. Bajo el corte de pelo estilo Nerón aparecía una sonriente cara amarillenta, robusta, hinchada, tosca y grasienta, con una pesada papada doble y un labio colgante (sólo se redimía de la grosería por dos ojos extraordinariamente brillantes que daban una asombrosa impresión de juventud). Tal apariencia —alto, macizo, con un toque de tosca inercia física y sujetando un lirio— nos reveló que sólo podía tratarse del famoso Oscar Wilde.

—Mi querido señor Holmes —repitió, entrando con paso nervioso y en zig zag, más propio de un elefante que de una polilla—, me perdonará por no quedarme abajo,

pero el papel de la pared del vestíbulo es tan espantoso... que uno de los dos sobraba.

—¿Qué hace usted con mi lirio? —gritó la señora Hudson.

—¡Parecía tan solo...! Si alguna vez vuelvo a nacer, me gustaría volver en forma de flor. Quizá un geranio rojo... por mis pecados.

—O un clavel verde —replicó fríamente Holmes, con los labios apretados.

—Qué barroco —respondió Wilde, ofreciéndole el lirio. La cara de Holmes era de granito.

—Mi interés por las flores se limita al opio, los venenos y la belladona, en cuyas útiles propiedades, el lirio es deplorablemente limitado.

—Qué pena. Pienso que es mejor obtener placer de una flor que perseguir manifestaciones indiscretas de su vida subterránea. —Le entregó el lirio a la señora Hudson, que lo sacó del cuarto. Yo confiaba en que Wilde se diese cuenta de que no era bien recibido, pero empezó a quitarse los guantes—. He leído tanto sobre usted que me siento como un personaje de ficción insustancial al lado de su realidad palpable. —Extendió su mano. Holmes metió la suya en el fondo de su bolsillo. Wilde se volvió hacia mí y golpeó mi mano con su fofa y resbaladiza aleta—. Qué placer volver a verle, querido doctor Watson. —Mi cara debió convertirse en un estudio en escarlata; la de Holmes mostraba estupefacción y además, una desagradable y oscura sospecha. En algún lugar de mi mente se despertaba un vago recuerdo. ¿Dónde le había conocido? —La cena del editor americano —me indicó—, hace cinco años, cuando los dos éramos escritores principiantes. Su conversación fue deslumbrante.

—¡Deslumbrante! —La voz de Holmes sonó sarcástica—. Nunca terminaré de conocer sus límites, Watson. Hay en usted profundidades inexploradas.

—Es fácil deslumbrar cuando se está loco por un tema en concreto. Es usted afortunado con su Boswell, señor Holmes; generalmente es Judas quien escribe la biografía. —Liberé mi mano de su garra—. El doctor Watson es claramente uno de esos hombres que, sin poseer la genialidad, tienen un admirable poder para estimularla. —A pesar de su apariencia grotesca, sus modales halagadores casi me sedujeron—. El relato que escribió, *El Signo de los Cuatro*, merece mayor atención. ¿Leyó usted también el mío, *El retrato de Dorian Gray*?

—«Un libro ponzoñoso, cargado de olores mefíticos a putrefacción moral y espiritual, para nobles exiliados y chicos de telégrafos pervertidos» —fue la sorprendente respuesta de Holmes, lector omnívoro, con una memoria extrañamente retentiva para bagatelas.

—¡Usted lee las críticas! Las alabanzas me hacen humilde, pero cuando me injurian sé que he tocado las estrellas. Vivimos en una época en la que solo los mediocres son tomados en serio y vivo con el terror de que no me malinterpreten. Pero seguramente usted conoce mis obras mejor que todo eso.

—Sé que contienen todo lo que se puede expresar epigramáticamente en contra de lo que un verdadero inglés tiene en mayor estima.

—Tengo más respeto por las creencias de los ingleses que usted por los criminales a los que persigue. Son nuestra Leal Oposición: sin ellas los dos nos quedaríamos sin trabajo. Lo contrario de cualquier creencia popularmente mantenida, si se expresa hábilmente, ejerce una fascinación irresistible para la Prensa... la más valiosa institución, si se sabe usarla. Gracias a ella no puedo ir Piccadilly abajo sin oír a la gente decir: «Ahí va ese maldito loco, Oscar Wilde». Es extraordinario lo rápido que se llega a ser conocido.

—Eso no es fama. Es notoriedad.

—Lo que cuenta no es lo que se hace en esta vida, señor Holmes, sino lo que se puede hacer que la gente piense que uno hace.

—Es lo mismo que he dicho yo —dijo fríamente Holmes.

—En *Un Estudio en Escarlata*. En el mismo momento en que lo estaba leyendo, pensé: «Me gustaría haber dicho eso». Ahora lo he hecho.

—Wilde valoró nuestra habitación—. ¡La Vie Bohème! —Cogió el *Peerage* de Burke—. Es lo mejor que jamás han hecho los ingleses en ficción. —Lanzó una mirada al vestido de mujer y con una voz llena de interés, exclamó—: ¡Ah! —A continuación pasó a mi retrato del general Gordon.

—Un gran hombre —comenté precipitadamente.

—No, pero sí un gran cartel. —Se dirigió arrastrando los pies hacia la mesa de química de Holmes—. Lo único que sé de química es que el alcohol, tomado en cantidad suficiente, produce todos los efectos de una intoxicación. —Cogió una tira de papel azul—. ¿Puedo preguntar...?

—Un test infalible para las manchas de sangre. El papel de tornasol habla.

—¡Qué inteligente!

La cabeza me daba vueltas. Me sentía como si estuviera observando a Holmes en el escenario de un crimen, entresacando detalles que le permitiesen extraer conclusiones acerca de las personas que vivían o habían pasado por allí.

—Ahora debemos abordar cuestiones profesionales —dijo Wilde enérgicamente, sentándose también él—. Querido Holmes... no le importe que yo le llame Holmes; usted puede llamarme Oscar.

—Será usted tan amable de concederme mi tratamiento cuando se dirija a mí. Y como no existe ninguna clase de afecto entre nosotros, insisto en que cese de llamarme «querido».

Wilde sonrió.

—Es impropio en una relación con un cliente.

—Usted no es mi cliente.

—No, lo es mi amigo.

—No tengo ningún interés en su amigo, como le dije en mi contestación a su telegrama, que supongo habrá leído.

Wilde sonrió a Holmes de una forma enloquecedoramente encantadora.

—Si la hubiese leído, no estaría aquí, ¿no le parece? ¿Tiene un cigarrillo? —Abrió el maletín de cuero de Holmes, que mostró una aguja hipodérmica y ampollas con la etiqueta de *Cocaína*. Holmes, suavemente, aunque un poco tarde, bajó las mangas de su bata, tapando sus muñecas. Wilde cerró el maletín—. Un cigarrillo es el ejemplo perfecto del placer perfecto. Es exquisito y le deja a uno insatisfecho. ¿Qué más se puede querer? —Holmes hizo ademán de levantarse. Wilde añadió rápidamente—: El caso es chantaje. —Holmes se hundió en su silla—. He oído que en materias delicadas, usted es de la máxima discreción.

—Yo he oído que usted no puede ser chantajeado.

—¿Quién le ha hablado de mí? —preguntó Wilde.

—Una fuente impecable: un chantajista. ¿Quién le ha hablado de mí?

—Una fuente despreciable: el Marqués de Queensberry. Usted consiguió pruebas para el proceso de divorcio de su amiga Lady Queensberry.

—Si alguna mujer ha sido maltratada por el bestia de un marido, ésa ha sido ella.

—El procedimiento del tribunal duró sus buenos quince minutos. Pero el Marqués Escarlata aprendió de sus buenos oficios y le ha situado en el Panteón de sus odios favoritos delante de la Cristiandad. Le dijo a mi amigo: «Tengo mucho que agradecer a Sherlock Holmes y le pagaré la deuda».

—La vieja canción. ¡Cuántas veces la he oído!

—No piense que la indiscreción es una parte del valor. El Marqués es tan peligroso que, si no fuera noble, hace mucho tiempo que habría sido confinado en un manicomio. Ha sido rechazado por los amigos de su misma clase, se ha ganado la antipatía de sus hijos y ha colmado a Lady Queensberry con toda clase de ocurrencias diabólicas de crueldad y malicia, inundándola de cartas infames. Ése es su único contacto con la literatura.

—Gracias por su advertencia —dijo Holmes en tono cortante, desdeñando el aviso.

—Los amigos se pueden escoger al azar, pero uno debe ser muy cuidadoso en la elección de los propios enemigos. Pero vayamos al grano: Tengo tanta experiencia con los que practican el chantaje que me he ganado una reputación entre los que participan de mis pasiones y mi forma de vida.

Una expresión de asco apareció en la cara de Holmes. ¿Cómo, me pregunté, podía esperar Wilde conseguir la ayuda de mi amigo?

—En esta curiosa mezcla de romance y finanzas he llegado a ser un asesor oficioso, el único en el mundo.

—Soy un hombre ocupado —interrumpió Holmes con más fuerza que veracidad

—. Tenga la bondad de ir al grano.

—Señor Holmes, considero el chantaje como el más despreciable de los crímenes, porque destruye o somete a la esclavitud la personalidad de un hombre, esa parte inmortal cuya pérdida puede ser un destino peor que la muerte. —Holmes me había expresado los mismos sentimientos. Ninguna circunstancia podía ser más favorable para excitar su curiosidad—. Un amigo común confesó su angustia y le dirigió a mí. He venido a pedir ayuda, aunque no estoy autorizado a revelar nombres.

Holmes se levantó a cebar de nuevo su pipa.

—Su cliente es un noble.

El efecto que produjo en Wilde fue extraordinario. Sus músculos se tensaron, su mandíbula colgante temblaba, sus labios púrpura se movían en silencio. Finalmente le contestó:

—Al decir esto no está usted muy equivocado. Tengo muchos amigos nobles, incluso uno en Buckingham Palace.

Holmes juntaba y separaba nerviosamente las manos sobre el tubo de su pipa. Qué suerte para Wilde encontrar las cuerdas con las que vibraban todas las fibras de Holmes. ¡Chantaje! ¡Realeza! Era como si ya hubiéramos salido de caza.

—De ningún modo puede ser una cuestión de prestigio público —añadió Wilde—, pero la recompensa económica puede ser considerable.

—No me preocupan ni el dinero ni el prestigio.

—Comprendo. El arte por amor al arte. —Wilde rebosaba de satisfacción por la consumada habilidad con que había provocado tal cambio en Holmes, y yo apenas podía contener mi admiración. Entonces, con la victoria en la mano, cometió un error fatal—: Y yo estaré encantado de trabajar con usted.

Inmediatamente, Holmes volvió a sus modales distantes.

—Eso suena no sólo sórdido, sino también trivial. Debo rehusar comprometerme.

Resonó el silencio en la habitación, sólo roto por el débil sonido metálico de la campanilla de la puerta de abajo. Los modales suaves y serenos de Wilde dieron paso a una pregunta entrecortada:

—¿Rechaza el caso?

—Lo rechazo a usted. Si nos encontramos en público, tenga la bondad de no manifestar que nos conocemos.

En la distancia, la campanilla de la puerta repicó de nuevo. Wilde se levantó tambaleante.

—Me ha defraudado, Señor Holmes.

—Sólo su aprobación podría molestarme de alguna forma. Me perdonará si no me levanto para acompañarle. Wilde recuperó la entereza.

—La grosería es como un vino exquisito... Me honra que me haya reservado su mejor cosecha. —Hizo una reverencia y avanzó pesadamente hacia la puerta. Al

pasar por la mesa, se detuvo ante el libro azul, *La muerte de Sócrates*—. Recuerdo el caso: corrupción de menores.

—¡Señor Holmes! ¡Dios nos bendiga y nos salve! ¡Socorro!

Desde el vestíbulo inferior llegaba la voz de una mujer con un violento ataque de histeria. Holmes y yo nos pusimos de pie de un salto, pero antes de que pudiéramos movernos, unos rápidos pies sonaron ruidosamente escaleras arriba; había un tumulto en el vestíbulo, la puerta se abrió de golpe y Billy, nuestro desaparecido botones, irrumpió en la habitación, seguido de la voz de la señora Hudson:

—¡Oh, mi pobre cordero!

Un instante después entró, seguida de un joven vigilante e impaciente con un traje de lana de paisano. Wilde fue el primero en recuperar la compostura.

—Siento que sobro en este drama.

Lanzó una mirada apreciativa al joven, que a su vez le miró con sorpresa, y salió por la puerta.

—¡Sálveme, señor! —gritó Billy, con las manos esposadas.

—Hopkins, ¿qué demonios significa esto?

—¡Está arrestado! —cortó la señora Hudson.

Miré con simpatía al joven, el Inspector Stanley Hopkins, a quien Holmes consideraba con aprobación como uno de los detectives jóvenes más prometedores de Scotland Yard. Su rostro amable estaba teñido por la turbación.

—Señor... señor Holmes —tartamudeó—, yo, yo no tenía ni idea... señora Hudson...

—Explíquese.

—Lo haré, si la señora Hudson abandona la habitación.

—¿Con mi corderito detenido? No, si quiero tener esperanzas de salvación.

—Quizá, Hopkins, pueda usted hablar indirectamente.

—Estaba de servicio, al final de Charles Second Street, y el señorito Billy salía de una residencia privada.

—Me gustaría ver cómo me arrestaba a *mí* por eso —interrumpió la señora Hudson.

Las palabras de Hopkins parecían arrancadas a la fuerza.

—Es una *casa*, señor —concluyó con un susurro—, como cierta casa de Cleveland Street.

Hubo un silencio del tipo de los que yo recordaba de la guerra, cuando una explosión se apagaba gradualmente dejando el aire torturado. Entonces vociferó la señora Hudson:

—¡Cleveland Street! ¡Oh, Señor, apiádate de nosotros!

—¡Silencio! —estalló la voz de Holmes—. Éste no es lugar para una mujer.

—¡No es lugar para una mujer! —La señora Hudson cubrió con sus brazos al

tembloroso muchacho, con los ojos resplandecientes por un insólito fuego—. Nadie me echará de mi sitio... le pido perdón de la forma más respetuosa, señor.

—Había habido quejas sobre esta casa privada —resumió Hopkins—. La gente iba y venía. Hombres y chicos de la clase obrera. Scotland Yard le había echado el ojo encima hacía tiempo, pero alguien debe de estar protegiéndola. Desde luego, si algún noble lord se quejara... pero ya sabe cómo es esto: una ley para los pobres y otra para los ricos.

La voz de Holmes fue severa:

—Espero que no se esté usted haciendo socialista, Hopkins.

—Oh no, señor. Yo siempre defenderé el modo en que están las cosas, piense lo que piense de ellas. —Hopkins bajó la voz—. Tengo miedo de que alguien lo pueda identificar como su botones. No es un mal chico, señor; sólo lo esposé para asegurarme de que no volverá nunca.

—Es usted el mejor de los profesionales, Hopkins —dijo Holmes, otorgándole el elogio que habitualmente reservaba para el inspector Lestrade—. ¡Billy!

Jamás he visto a Holmes más parecido a un ángel vengador. El muchacho se adelantó como un perrillo golpeado.

—He perdido su confianza, ¿verdad, señor? —Cayó sollozando a los pies de Holmes—. ¡Por favor, no me eche, señor! Me moriré si tengo que dejarle.

—Mi corderito —dijo la señora Hudson—, no tendrás que dejarnos, no mientras a Martha Hudson le quede aliento en su cuerpo.

—Has cometido una iniquidad —dijo Holmes en su tono más magistral—, pero permitiré que recuperes mi confianza. —El muchacho intentó besar la mano de Holmes. Yo aparté la mirada turbado (y para ocultar mis propias lágrimas)—. Señora Hudson, lávele la cara al señorito Billy. Luego hágalo venir para que vaya por picadura.

Cuando se cerró la puerta, apenas nos atrevíamos a mirarnos a la cara unos a otros.

—¡Es una vergüenza nacional! —Las palabras de Holmes crujieron—. Comparada con ese lugar, una casa de mala nota es respetable; por lo menos, los crímenes que allí se cometen son naturales. Pero estos crímenes golpean los pilares de la vida nacional, la familia, y tenemos la obligación de proteger a los hijos de padres respetables de la lujuria antinatural de hombres maduros.

—Pero el muchacho no ha sido dañado... —Hopkins parecía curiosamente impasible.

—¡No fue dañado! —La contestación de Holmes le hizo encogerse—. Llevará cicatrices el resto de su vida. Quizá no haya forma de cerrar legalmente esa casa, pero voy a ir allí y les daré una paliza a esos bellacos.

—¡Es muy peligroso! —advirtió Hopkins— La casa está bajo vigilancia.

—¡Al diablo la vigilancia! ¡Al diablo el peligro! ¡Y al diablo esos hombres!

Holmes se dirigió a la bastonera y cogió su bastón favorito.

—¡Me alegro, Holmes! —grité cogiendo la fusta de caza lastrada.

—Señora Hudson —dijo Holmes a la desconcertada mujer que había reaparecido en la puerta—, vamos a Charles Second Street, a enseñar a esos villanos que Londres no es una ciudad del Oeste.

—Pero... pero señor —Hopkins tartamudeó frenéticamente—. Hay un método mejor... —Yo estaba perdiendo la paciencia con Hopkins. Había algo cobarde en su actitud—. El hombre que estaba aquí, señor...

—Un villano a pesar de sus *bon mots* decadentes. No hay loco más molesto que el que posee algo de juicio.

—Tiene fama de que le gustan los muchachos. Los de Charles Second Street son peces pequeños, pero...

«Buen hombre, Hopkins», pensé, recobrando mi fe en él.

—Después de todo, Holmes —dije—, usted no lleva ningún caso ahora.

—Es verdad. Creo que vamos a hacer una visita al señor Wilde.

—¿Viene usted, Hopkins? —pregunté.

—Estando en el Cuerpo no sería apropiado.

—Yo no estoy en el cuerpo —gritó la señora Hudson, trepando por el sofá y agarrando un látigo de la estantería de forma tan amenazadora que me apiadé de cualquier hombre que se pusiera a su alcance.

—Éste no es un trabajo para una mujer —dijo Holmes—. Ven tú también, Billy. Te enseñaremos cómo tratar con hombres como el señor Ozcar^[2] Wilde.

Me apresuré tras Holmes y Billy, bajando las escaleras de la calle y dejando a la señora Hudson dando saltos en el sofá, blandiendo su látigo y animando:

—¡Eso es, señor Holmes! ¡Eso es, doctor Watson! ¡Denles su merecido por mi corderito!

2.

Protegiendo a la familia... Un Holmes humillado.

Nuestro viaje en coche desde Baker Street a la residencia de Wilde fue lúgubre. Holmes, sentado, erguido y silencioso, y Billy acurrucado en el rincón. Cuando giramos en Tite Street y subimos hacia una casa de cuatro pisos, surgió de la puerta principal una pequeña Artemisa muy solemne con grandes rizos castaños.

—¿Verdad que era hermosa, Holmes? —señalé mientras pagaba el coche.

—¿Quién?

—La verdad es que usted es bastante poco observador respecto a algunas cosas.

—Watson, usted sabe que no soy un ferviente admirador de las mujeres. Nunca hay que fiarse de ellas, ni de las mejores.

Fuimos introducidos en la casa por un pomposo mayordomo que nos informó que el señor Wilde acababa de regresar, y después de consultar dentro, nos invitó a esperar en el despacho. Era un modelo de pulcritud y sobriedad: una librería, unas pocas sillas y una mesa para escribir. Los únicos adornos eran un atractivo cuadro (que había visto en alguna parte) y en la esquina, sobre un pedestal, una estatuilla de estilo griego de un hombre desnudo, que inmediatamente puse de cara a la pared antes de que pudiera contemplarla Billy.

—No basta con que estén en los museos —hice notar en el momento en que Wilde entró y nos saludó como a viejos amigos.

—¡Señor Holmes! ¡Qué amable por su parte devolverme la visita tan rápidamente! —Extendió su mano y de nuevo, Holmes la ignoró—. Constance, mi mujer, acaba de salir. Se llevará una desilusión; es una gran admiradora de usted. —Holmes, yo lo sabía, era muy accesible por el lado de las adulaciones, pero el intento de Wilde resultó infructuoso—. Parece sorprendido por no encontrarme en un salón de las Mil y una Noches, como el de Thaddeus Sholto en *El Signo de los Cuatro*. Es un pariente de mi amigo Lord Alfred Douglas. El Bourguereau —(me estremecí cuando lo pronunció)— era de Sholto. Una típica muestra de mal arte y buenas intenciones; realmente está hecho completamente a mano. —Me hizo girar para encarar la mesa de la ventana delantera—. Mi escritorio perteneció a Carlyle.

Había admirado mucho a mi compatriota escocés, cuyo aforismo acerca del genio y las penas me había inspirado en la búsqueda de la excelencia. Wilde era innegablemente halagador, como recordaba que lo había sido durante la cena, donde había destacado entre todos nosotros, y aun así parecía interesado en todo lo que pudiéramos decir. Juzgándolo sólo por su encanto, podría considerarlo la persona más

agradable que había conocido.

—Supongo, señor Holmes, que ha venido para aceptar el caso.

—Solamente acepto que usted es un canalla.

—Es poco acuerdo, pero al menos es un comienzo. Usted comparte ese juicio con la mayoría de Londres y toda la Prensa. ¿Puedo preguntarle por qué va usted por Londres con esos accesorios intempestivos? —Señaló el bastón de Holmes—: Un «abogado de Penang», utilizado en los trópicos por las castas más bajas. Y, mi querido Watson, la última fusta que vi estaba en las manos del Marqués de Queensberry en la caza del zorro: lo incalificable persiguiendo lo incomedible.

—¡No estamos aquí para permitirnos burlas triviales! —le reprendí.

—Mi querido Watson, creo que deberíamos tratar seriamente todas las cosas triviales de la vida, y todas las cosas serias con una trivialidad sincera y estudiada.

—¡Ésa no es la actitud de este joven, que ha sufrido a manos de los de su ralea!

—Ya veo. ¿Cómo se llama, joven? —preguntó Wilde a Billy.

El muchacho, sintiendo una aversión evidente hacia Wilde, se refugió detrás de Holmes y contestó con una voz casi inaudible:

—Billy, señor.

—Usted piensa que su infortunio está relacionado conmigo —dijo Wilde, al tiempo que tocaba una campanilla.

—Estamos aquí —contesté—, para proteger a los hijos de los padres respetables de la lujuria antinatural de hombres maduros... y para proteger a la Familia.

—Mi querido doctor Watson, señor Holmes —dijo Wilde—, aunque les haya consentido tratarme de forma ofensiva en su escandaloso domicilio bohemio, no tolero a nadie que me hable de ese modo en mi casa, la residencia de un caballero con familia. Si han venido aquí para injuriarme verbalmente, puedo vencer fácilmente, como pueden atestiguar muchos de los que han cruzado las espadas conmigo... una vez. Si se proponen atacarme físicamente, les advierto: en la Universidad estudié el viril arte del boxeo —reglas de Queensberry—, preparándome para tratar con aquellos que demuestran su hombría intimidando, y que creen que soy su presa natural. No consentí que el Marqués loco y sus matones profesionales me intimidarán aquí, y no se lo consentiré a ustedes.

La puerta se abrió para dejar paso a un niño de unos diez años, de rostro afilado. Me quedé aterrado. Había conocido hombres que exhibían mujeres hermosas como prueba de sus conquistas varoniles, pero nunca imaginé que alguien como Wilde se atreviera a hacer ostentación de su efebo. Me levanté para marcharme, cuando Wilde dijo:

—Éste es mi hijo Cyril. —Dirigiéndose al muchacho de la forma más amable, dijo—: ¿Recuerdas los relatos que leíamos en el *Strand*? Tengo una sorpresa para ti. Éstos son el señor Holmes y el doctor Watson.

—Estoy encantado de conocerle, señor —dijo el niño, haciendo una graciosa reverencia a Holmes y extendiéndole su mano. Holmes, que era de la opinión de que el estrecharse las manos era una costumbre de adultos, declinó aceptarla—. Y usted, señor —dijo el chico, haciéndome otra reverencia—, usted es un escritor muy bueno. —No pude evitar estrechar su mano—. Pero si mi padre hubiera escrito esos relatos, habrían sido más divertidos.

Wilde rió indulgentemente.

—Ése es el problema de los elogios, muy a menudo están teñidos de crítica. Cyril se preguntaba, doctor Watson, si su mujer, después de *El Signo de los Cuatro*, vivió una vida larga y feliz.

—Mi mujer vivió felizmente, pero lamento decir que durante poco tiempo.

—Lo siento. En la literatura, los malos son siempre castigados y los buenos recompensados con una larga vida. Supongo que por eso se la llama ficción.

—¿Puedo irme, padre? —preguntó el niño—. La cocinera está haciendo pastas.

—Ni siquiera el señor Holmes puede competir con las pastas. Sí, pero guárdale alguna a tu hermano. Quizá podrías compartirlas con Billy, mientras el señor Holmes y yo conversamos.

Recordando a los egoístas compañeros de mi juventud (y quizá a mí mismo) no habría dado dos peniques por las posibilidades de Billy. Para mi sorpresa, Cyril respondió:

—Desde luego, padre, si tú quieres.

Ante la mención de las pastas, la timidez de Billy desapareció.

—¿Puedo, señor Holmes?

Cyril volvió a hacer una reverencia dirigida a cada uno de nosotros y luego plantó un beso en la mejilla de su padre.

—Gracias por llamarme, padre.

Cuando se cerró la puerta tras los niños, sentí simpatía por Holmes. Él creía firmemente y me lo había demostrado en «La Aventura de Cooper Beeches», que observando el comportamiento de un niño, uno se puede formar una idea válida del carácter de sus padres. Este niño sano, apacible y educado, ciertamente había refutado la teoría.

—Un buen chico, con modales de lo más educado —señalé.

Wilde resplandeció.

—Estoy muy orgulloso de él y de su hermano. Lo comprenderán si alguna vez tienen hijos. ¿Puedo ofrecerle asiento, señor Holmes? Aunque si prefiere permanecer de pie... da prestancia. —Para mi sorpresa, Holmes se sentó—. Estábamos hablando de la Protección de la Familia... Yo provengo de una familia. Mi padre falleció, pero yo todavía mantengo una íntima relación con mi hermano, que a menudo está de borrachera, y con mi madre, por quien siempre he sentido el mayor amor y respeto.

Yo existo porque mi familia posee tendencias distintas de las mías; los amo por eso y a pesar de eso, y espero que ellos me guarden siempre la misma consideración. Además, *he fundado* una familia. Tengo una esposa y dos espléndidos hijos que lo son todo para mí. Respeto sus tendencias como parte de su individualidad y porque cuanto más felices sean con las suyas menos probable es que se ofendan con las mías. —Wilde concluyó, mirándome fijamente a la cara—: ¿Cómo puede pensar alguien que no aprecio a la Familia? Sería como si no apreciara el banco que guarda mis ahorros, de los cuales dependo para mi total existencia.

Me daba perfecta cuenta de que la fluida argumentación del hombre estaba plagada de sofismas, pero encontraba difícil meterles mano.

—¡Todavía es el fundamento de la vida nacional!

Holmes, que se mostraba impaciente con las inteligencias menos despiertas, había comentado una vez que él sabía exactamente qué sentía una batería cuando descarga electricidad en un no conductor. Wilde demostraba ahora la misma impaciencia.

—Cuando observamos la familia, la vemos como el Hogar Inglés apacible, un oasis de tranquilidad, rodeado por un clamoroso desierto de crímenes. Cuando la observo, todo lo que se me ocurre es la impunidad con la que se pueden cometer los crímenes *dentro* de ella, crímenes que en la Familia son meros lugares comunes de existencia. Si pudiéramos flotar sobre esta gran ciudad, apartar suavemente sus tejados y mirar furtivamente las cosas que están sucediendo en cada familia, nos daríamos cuenta de que los callejones más detestables de Londres no presentan una relación más terrible de crímenes que el viejo y querido hogar inglés. No hay callejuela tan detestable que el chillido de una mujer apaleada o el grito de un niño torturado no engendre la instantánea indignación entre los viandantes y ponga en marcha la maquinaria de la justicia. Pero mire esas Familias, cada una en su propio reducto. Piense en los actos de crueldad infernal, la perversidad oculta que puede seguir año tras año, sin que nadie se entere. Sugerir que *estas* Familias son el fundamento de la vida nacional es en sí mismo un crimen, un sacrilegio, una villanía. El fundamento de la vida nacional no es la Familia... es la Familia feliz.

—¡Y debemos protegerla!

—Proteger la Familia. Un grito de guerra conmovedor. Pero de quien necesita mayor protección la Familia es de sí misma, y podemos protegerla mejor asegurando que la nuestra propia no esté compuesta por un grupo de extraños que permanecen juntos de mala gana con el propósito de la mutua destrucción. ¿Le ha dicho alguien, señor Holmes, que escucha con los ojos?

—¿Le ha dicho alguien, señor Wilde, que en la argumentación abstracta es tan sutil como una serpiente?

—Entonces descenderé de lo general a lo particular. Usted conoce las circunstancias de la vida de Lady Queensberry con el Marqués Loco. ¿Puede usted

hacerse una idea del daño causado a ella y a sus hijos por su desprecio hacia ellos? Nadie es más santurrón que él a la hora de protestar por las amenazas a su familia; nadie la amenaza más que él.

Era evidente que mientras Wilde estuviese hablando sobre este tema, nos colocaría en desventaja, pero yo conocía su punto vulnerable.

—¡A usted no le gustan las mujeres!

—Querido doctor Watson —contestó en un tono de suave razonamiento—, adoro a las mujeres. Solamente sería culpable de su acusación si «gustar» significase sentirse obligado a perseguir, acosar, arrimarse, cortejar y fecundar a todas las mujeres que aparecieran ante mi vista. Pero si «gustar» significa valorarlas como individuos y apreciar sus cualidades sensibles, soy un admirador entusiasta. No puedo entender a los hombres que proclaman su admiración por las mujeres pero reprimen cualquier cualidad femenina de sí mismos. No hay nada que yo admire que no quiera convertirlo en parte de mí mismo, y si no lo quisiera, me parecería hipócrita proclamar que lo valoro. Estoy seguro, doctor Watson, de que *usted* lo comprende. Con su físico atlético y sus modales claramente cordiales, se diría que ni siquiera ha oído hablar nunca de los libros. Pero no escribiría como lo hace si no tuviera un alto grado de sensibilidad femenina.

—¡Usted perdone, señor!

—¿He entendido bien, señor Holmes, que usted no se ha casado nunca? Qué pena. Todas las experiencias tienen su valor y el matrimonio realmente es una experiencia.

—Tengo demasiado aprecio por la vida solitaria...

—No hay nada como el matrimonio para incrementar el aprecio por la vida solitaria.

—... y una mujer trataría de reformarme.

—Las mujeres nos quieren por nuestros defectos. Si tenemos los suficientes, nos lo perdonarán todo, incluso nuestros intelectos. Desde luego, para usted una mujer sería una irritación continua: son todo pistas sin ninguna solución. Recuerde esto por si alguna vez se siente tentado de entrar en una relación más convencional con el sexo opuesto... como lo he hecho yo.

—No veo ninguna razón para prolongar esta entrevista —dijo Holmes levantándose.

—¿No fue la curiosidad sobre estas cosas lo que le trajo aquí, junto con la sospecha de que yo podría serle de ayuda para limpiar la reputación de Billy? —La respuesta de Holmes consistió en recoger su sombrero y su bastón—. Lamento que no acepte mi ayuda, pero, a lo mejor, alguno de sus amigos que es «así»...

—No tengo amigos de su calaña.

—Los tiene, y solamente le resulta tan fácil ser desdeñoso porque usted lo ignora.

Lamento que se vean obligados a ocultarle su naturaleza más profunda.

—Mis ramificaciones se extienden por muchos sectores de la sociedad, pero no por los que usted parece considerar especialmente como su reino —dijo Holmes.

—Lo lamento de nuevo. Se encontrará en gran desventaja rondando por un mundo cuyos peligros desconoce.

—¡Nadie conoce el mundo criminal de Londres mejor que yo! —dijo Holmes, enfureciéndose.

—Ya veo —replicó Wilde—, que la modestia no figura entre sus virtudes. Pero el mío no es el mundo criminal, sino uno diferente, desconocido y bastante impenetrable para usted. —La mano de Holmes tocó el pomo de la puerta y Wilde añadió precipitadamente—: Estoy aburrido. No hay nada nuevo que escribir; ya se ha escrito todo antes. Le propongo una competición amistosa: investigaré el caso de Billy y usted investigará el de mi amigo misterioso. Le apuesto que puedo resolver un misterio antes de que usted resuelva el otro.

—¡Perderá la apuesta! —grité, incitado por el instinto que me conducía a gastar la mitad de mi pensión en las carreras.

—Su seguridad en sí mismo sobrepasa los límites de la arrogancia —dijo Holmes.

—¡Véngame, señor Holmes! ¡Humílleme como quiera!

—¡Usted es un taimado tentador!

—La única forma de resistir la tentación es rendirse a ella.

—He tenido que vérmelas con cincuenta asesinos, pero el peor de ellos no me produjo nunca la repulsión que siento por aquellos que practican su vicio antinatural.

—No tenemos necesidad de practicar; ya somos maestros en nuestro oficio. Y no hay nada tan tópico como lo que usted llama «antinatural». Recuerde: «Las ideas de uno deben ser tan amplias como la naturaleza si quieren interpretar la naturaleza».

—¡Oiga! —le advertí—, Holmes dijo eso en *Un Estudio en escarlata*.

—El Diablo puede citar la Biblia para sus propósitos —dijo Holmes.

—Y también los santurriones cuando quieren condenar los pecados que ellos no se atreven a cometer. Todo el mundo quiere convertir a los demás; yo a eso lo llamo el Abismo de la Moralidad.

—Se lo advierto: yo lucho con el Diablo todos los días y lo venzo.

—Yo lucho con el Diablo todos los días y nunca lo venzo. Supongo que por eso tengo un temperamento más tranquilo que usted.

—¡No voy a discutir sobre sus creencias!

Por vez primera, la ira brilló en los ojos de Wilde.

—Yo creo en la libertad personal de todas las almas humanas. Creo que cada uno debe hacer lo que le gusta y desarrollarlo como quiera. ¿Qué cree usted, señor Holmes? Sin duda me considera un egoísta por vivir como quiero vivir. Pero el verdadero egoísmo es pedir a los otros que vivan como uno desea vivir. Ser

verdaderamente altruista es dejar a los demás que vivan en paz.

—No estoy de acuerdo con una sola de sus palabras —respondió Holmes—, y pienso que usted tampoco.

—Se lo aseguro, yo casi.

—Los extraños rumores sobre su perversidad se han convertido en el escándalo de los clubes.

—Me encantan los escándalos sobre los demás, pero los escándalos sobre mí mismo no me interesan: no tienen el atractivo de la novedad. En cuanto a la perversidad, no es sino un mito inventado por la buena gente para explicar el curioso atractivo de los demás.

—¡Usted hace caso omiso de los dictados de la moralidad moderna! —protesté.

—Jamás me he encontrado con nadie cuyo sentido moral fuese dominante, que no fuera a la vez inhumano, cruel, vengativo, estúpido y completamente desprovisto del más mínimo sentido de humanidad. Preferiría tener cincuenta vicios antinaturales que una sola virtud antinatural.

—¡Usted está engañando a su mujer! —grité exasperado.

—El único encanto del matrimonio es que hace que una vida de engaño sea absolutamente necesaria para ambas partes. Yo engaño a mi mujer al decirle que mis frecuentes ausencias se deben al golf; ella me engaña al creerme. Claustro o Café, ésa es mi vida; probé con el Hogar, pero resultó un fracaso.

Los modales de Holmes se habían calmado y, haciendo una pausa, subrayó:

—No puedo comprender cómo un caballero se puede colocar en una situación así.

—Aburrimiento, señor Holmes, puro aburrimiento. Siempre se debería tener un vicio favorito: complica la vida lo suficiente como para hacerla interesante.

Yo no podría decir si esto lo dijo seriamente. Sospecho que desde hace tiempo, por un deseo de divertir que le impulsaba a arrojar por la ventana la probabilidad en beneficio de una frase y abandonar la verdad en beneficio de un epigrama, Wilde había perdido la capacidad de distinguir entre lo que creía y lo que decía para causar efecto, como si fuera un personaje de una obra que fingiese de forma tan efectiva la locura que terminase loco. Pero el efecto era extraordinario, como yo recordaba de la cena del editor americano, donde las palabras de Wilde, asombrosamente juiciosas iban seguidas calculadamente de necedades absolutas, girando unas sobre las otras hasta que desistimos de distinguir y nos rendimos como comedores de loto a su mente dominadora y su voz meliflua.

—Aborrezco la rutina opaca de la existencia —continuó Wilde—. Hay momentos en los que la pasión por el pecado domina de tal forma mi naturaleza que todas las fibras de mi cuerpo parecen estar imbuidas de impulsos pavorosos. Pero, al igual que las drogas, es un hábito más fácil de adquirir que de perder. Usted sabe lo que quiero decir, señor Holmes.

—Usted corta la vida en pedazos con sus epigramas. Vamos, Watson.

—¡Ni siquiera todos los caballos de la Reina conseguirían retenerme aquí durante más tiempo!

—No sé nada acerca de los caballos de la Reina, mis tendencias no van en esa dirección. Pero puedo responder de los hombres de la Reina, y quizá por otro hombre de Londres que vive más de una vida en el hotel privado donde tengo habitaciones para escribir. Siempre sale furtivamente por la noche, disfrazado, a los templos del vicio y a las guaridas de los criminales.

—¡A usted lo deberían procesar según la ley que se ocupa de los que escogen su tipo de vida! —exclamé.

—Yo no escogí mi tipo de vida más de lo que mi padre escogió el suyo. Arruiné las vidas de muchachas ingenuas engendrando bastardos. Si hubiera seguido su ejemplo, la Sociedad me habría contemplado con la misma mirada indulgente con que contempló a mi padre. Pero la verdad de un hombre es la mentira de otro, y lo que se nos presenta como nuestra propia elección es tan inalterable y tan inexorable como el destino. Se me ha ocurrido una historia. Había una vez un imán y unas limaduras de acero...

Nosotros no deseábamos escuchar una historia, pero en cuanto Wilde empezó, olvidamos el cuerpo monstruoso, la molesta costumbre de tirarse de la papada, los dientes amarillos e irregulares; sólo éramos conscientes de la voz musical.

—Un día, las limaduras sintieron el deseo repentino de visitar al imán. «¿Por qué no vamos hoy?», dijo una de ellas, pero otras eran de la opinión de que sería mejor ir al día siguiente. Mientras tanto, empezaron a moverse involuntariamente cada vez más cerca del imán hasta que, en una masa unánime, fueron arrastradas y en un instante se encontraron adheridas firmemente al imán. Entonces el imán sonrió porque las limaduras de acero no tenían ninguna duda de que estaban haciendo la visita por su propia voluntad. —Wilde rompió el hechizo—. Y ustedes saben que la Enmienda no estaba dirigida contra mí.

—No sé nada de eso —respondió Holmes a la defensiva.

—Está dirigida contra los hombres cuyo apetito sexual por las *niñas* pequeñas dio origen a un floreciente negocio de trata de blancas, separando a las niñas de sus padres y obligándolas a satisfacer... ¿cómo era la elegante frase de Watson...? «La lujuria antinatural de los hombres maduros». El Señor Stead, editor de la *Pall Mall Gazette*, lo expuso a la atención pública en un artículo que tituló «El Tributo de las Doncellas en la moderna Babilonia», probablemente para minimizar el riesgo de que crecieran las ventas.

—La trata de blancas no entra dentro de mi campo.

—Tampoco en el del señor Labouchere, miembro liberal del Parlamento, a quien siempre he admirado por su brillante ingenio (el cual puede compararse

favorablemente con el mío) y por su relación poco convencional con la mujer que pasa por su esposa. Cuando se debatió la medida sobre la trata de blancas, elevó una propuesta para castigar a los miembros del mismo sexo que consintieran en lo que él llamó «familiaridades e indecencias».

—Los liberales no tienen fama de desaprobar la indecencia.

—No existen los liberales, solamente hay personas conservadoras en cuestiones diferentes. La propuesta fue aprobada con penas rígidas y pesadas. Es curioso lo atractivas que se convierten las medidas humanitarias cuando se juntan con el instinto agresivo. Los hombres nunca dejan que el humanitarismo interfiera a la hora de ayudar a la humanidad.

Al pasear por la habitación, Wilde se apercibió de la estatuilla desnuda vuelta hacia la pared. La volvió a girar mientras Holmes comentaba:

—Restringía sus prácticas.

Una de las particularidades del orgullo de Holmes, de su naturaleza autocontenida, era que, aunque le llegase a su cerebro información, fresca, rápida y fielmente, rara vez lo confesaba. Sabía que su pose actual de indiferencia ocultaba una aguda curiosidad.

—No puede cambiar la naturaleza humana cambiando la ley. No tuvo más efecto que un impuesto. No impidió el consumo, sólo lo hizo más caro. Por eso es más conocida como la Cédula del Chantajista. Cuando te amenazan, no te puedes defender porque la ley es tan peligrosa para ti como para los chantajistas. ¡Es indignante! ¡Es intolerable! Realmente, si Inglaterra insiste en tratarnos de este modo, no merece tenernos. —Wilde se vio interrumpido por la reaparición de Billy, que llevaba un plato de pastas y con el aspecto de ser un chico más feliz—. ¿Puedo coger una de tus pastas, Billy?

El chico tendió su plato, abriendo los ojos ante la visión de la estatua.

—Es igual que los chicos de Charles Second Street.

—Sí —dijo Wilde, masticando la pasta—, hay muy poca diferencia entre las estatuas. El señor Holmes y yo hemos decidido investigar...

—Yo no he decidido nada de eso.

—Trabajas para el señor Holmes como botones. ¿Te gastas tu sueldo juiciosamente?

—Se lo doy a mi madre.

—Nunca se es demasiado amable con la propia madre, como le decía al doctor Conan Doyle. La suya le decía que llevase franela pegada a la piel y que nunca creyese en la condena eterna, pero la mía dice que no hay nada en la vida que merezca la pena salvo el pecado. ¿No te advirtió tu madre que no fueras con desconocidos?

—Fui a la casa con Cartwright, pero no es un desconocido.

—Lo conocías desde hace tiempo —Wilde ofreció otra pasta.

—Nos traía los telegramas y su hermano ayudó al señor Holmes en el caso del sabueso fantasma.

—No hablemos de él. No estoy llevando una investigación. El sabueso fantasma. ¿Es un caso que todavía no ha relatado el doctor Watson?

—Cuando el señor Holmes está fuera, el doctor Watson me invita a su habitación y me cuenta casos. «Ricoletti el Cojo y su Abominable Esposa» y «La Repulsiva historia del político, el faro y el cormorán amaestrado»... —Wilde me lanzó una mirada siniestra, como acusándome de fabricar títulos para incrementar el interés de los casos reales de Holmes— y «El Pequeño Caso del Mensajero-Encargado Wilson». Pero bueno, es el encargado de la oficina de telégrafos de Cartwright.

—Uno de mis hermanos se llamaba Wilson —dijo Wilde con indiferencia.

—¿Cómo podía ser eso, señor?

—Mi padre lo prefirió así.

—¿Vas al colegio, Billy?

—Soy alumno externo del Internado.

—Supongo que te enseñarán a memorizar en vez de enseñarte a crecer. ¿Qué estudias?

—Ciencias...

—La lista de las religiones muertas.

—... y también historia.

—El calendario criminal de Europa y la única forma de ficción en la que los personajes reales no parecen estar fuera de lugar, fundamentalmente los soldados y los marineros.

—Como el Jefe, señor.

—El Jefe —dijo Wilde de forma ausente, ofreciendo el plato.

—El dueño de la casa de Charles Second Street era marinero.

—No hablemos de él. Supongo que tu colegio es tan feo como cualquier otro edificio público.

—Es como se supone que debe ser, ¿no, señor?

—Un colegio debería ser el lugar más precioso de cualquier ciudad y los chicos traviesos deberían ser castigados sin ir a la escuela al día siguiente.

La cara de Billy resplandecía.

—Comprendo, señor. Yo no era travieso en la casa, pero el Jefe me decía que no debía volver.

—Y no volverás. Pero yo no estaba hablando de eso, ¿verdad, señor Holmes? Billy, deberías olvidar todos esos pensamientos.

—Si usted lo dice, señor —dijo Billy, aceptando la última pasta.

—Para mí, señor Holmes, está claro que este niño es inocente. —Me vi obligado

a aceptarlo. Cualquier duda sobre la virilidad de Billy se desvaneció—. Pero detrás de esto hay alguna finalidad siniestra y le recomiendo que acepte mi ayuda. No pediré carta blanca... ni carta lavanda.

—Si nos volvemos a encontrar, no me gustaría que fuera en mis habitaciones.

—¡Un lugar nuevo! ¿Puedo sugerir la Sala de Invitados del Club Diógenes?

—Imposible. Mi hermano es miembro del club.

—¿También es detective?

—Está en el Foreign Office.

—Tengo muchos amigos allí. ¿Qué otro sitio sugiere?

—La Barra de Oro.

—¿Ese nido de opio bajo los muelles, en Upper Swandan Lane, gobernado por un truhán marinero indio y su compañero danés? No me gustaría que me encontrasen muerto allí, ni siquiera disfrazado. Bueno, usted no quiere ir a ningún lugar bonito y yo no quiero ir a ningún lugar vil. Entonces, ¿dónde será, señor Holmes?... ¿En su casa o en la mía? —Holmes avanzó hacia la puerta—. Mientras tanto, si no tengo noticias tuyas, seguiré adelante.

—Si nos encontramos en público, tenga la bondad de no demostrar que nos conocemos.

—Nuestra colaboración no implica que usted apruebe mi modo de vida... ni yo el suyo. —Wilde tendió su mano fofa a Billy, que, ante mi asombro, la tomó—. Ven a jugar con Cyril y con Vyvyan. ¿Qué días estás libre de tus obligaciones?

—Tengo una tarde de domingo al mes, señor.

—Holmes es un patrón exigente, ¿verdad? Cuide de Billy, señor Holmes. Es un chaval con un potencial oculto y extrañamente prometedor.

—¡Tonterías! —exclamé—. Sólo es...

—Todos comenzamos siendo «sólo», hasta que reconocemos nuestra verdadera naturaleza y nuestro destino... Incluso el señor Holmes, que no se dio cuenta en un principio de que una profesión puede surgir de una afición. Permítame que lo ilustre. —Wilde colocó la estatuilla sobre la mesa, con sus desnudeces frente a nosotros.

—¿Qué está haciendo con esa repugnante...? —protesté.

—Ah, doctor Watson, qué forma de negarse a usted mismo con ese comentario.

—¡Sólo es un niño!

—Cualquier cosa es buena si estimula el pensamiento a cualquier edad. —Miré frenéticamente hacia Holmes, pero él estaba observando con fascinación científica—. Ésta, Billy, es una estatua de Hermes, dios de la ciencia y las artes, hecha por Praxiteles. El original fue construido hace mucho tiempo por un hombre en un lugar distinto de Londres.

—¡Con diferente moral! —me apresuré a añadir.

—Mucha gente diría que es «inmoral». ¿Tú crees que es «inmoral», Billy?

Mi corazón estaba sufriendo por el pobre chico, acostumbrado a que le dijese las cosas y que no estaba preparado para emitir un juicio. Miró intensamente a la estatuilla, luego caminó de un lado a otro, examinándola desde todas las perspectivas. Finalmente, con una seguridad desconcertante, afirmó:

—Pienso, señor... que está muy bien hecha.

—¡Bravo! —gritó Wilde—. No existe una obra «moral» o «inmoral»; o está bien hecha o está mal hecha. Cualquier cosa está bien hecha si tiene alguna cualidad de ingenio o belleza, y el sentido de la belleza es el sentido más alto que es capaz de captar el ser humano. Estás malgastando tu vida trabajando como botones, Billy. Un día serás el crítico de arte más importante de Londres y tendré que abdicar de mi desprecio hacia los críticos y me postraré a tus pies.

—¡Basta! —grité, ultrajado por la admiración y veneración con la que Billy miraba a Wilde. Agarré al chico de la mano y lo llevé hacia la puerta.

Wilde se sentó y, reclinándose con una postura de triunfo fácil, hizo un anillo de humo.

—La evidencia es completa. Es una infalible prueba del tornasol.

Cuando trasasamos el umbral, la voz burlona de Wilde nos siguió:

—Perdónenme si no me levanto para acompañarlos.

3.

El resultado de una investigación infructuosa

—¡Qué día tan hermoso para cabalgar a través de esta ciudad nuestra, monstruosa y gris, con sus miríadas de personas, sus sórdidos pecadores y sus espléndidos pecados! —Wilde no había parado de hablar desde que, en respuesta a un telegrama recibido al mediodía, Holmes y yo habíamos entrado en su coche.

Desde que salimos de la casa de Wilde el día anterior, no había vuelto a ver a Holmes hasta la tarde. El semblante ojeroso que mostraba cuando volvió, me informó de que el mundo de las tendencias de Wilde había resultado inaccesible para sus tácticas habituales de investigación.

—He tenido un día infructuoso, Watson —dijo.

—Todos necesitamos ayuda algunas veces.

Su rostro desdeñoso me respondió que no consideraba que esto fuera algo que se le pudiera aplicar a él. Holmes no era un hombre que se diera por vencido fácilmente. Su orgullo personal, tanto como su sentido de la competencia profesional, sufría intensamente ante la perspectiva de una derrota, de modo que yo estaba seguro de que en caso de apuro aceptaría la ayuda de Wilde. Ahora, poco después del mediodía del día siguiente a nuestra entrevista con Wilde, estábamos apretados en un coche, mientras éste charlaba sin cesar.

—Es extraño que, aunque la vida de la ciudad alimenta y perfecciona todos los elementos más civilizados del hombre, una ciudad moderna es exactamente lo contrario de lo que quiere todo el mundo. Las ciudades que yo he visto en América eran incluso peores.

—He vivido en San Francisco —le contesté.

—Es curioso, pero todos los que desaparecen, se dice que han sido vistos en San Francisco. Debe de ser una ciudad preciosa, con todo el atractivo del mundo venidero. Bueno, señor Holmes, veo que pasó todo el día de ayer rastreando el terreno, sin encontrar ninguna huella, por usar una metáfora del mundo de la caza.

—No es un descrédito para un hombre el tener un día en blanco —corté yo.

—Ya le advertí que estaría en desventaja. Quizá ahora agradezca mi ayuda.

—Tengo un día perfecto —replicó herido—, y estoy deseando investigar el caso de su amigo, con tal de que quede bien claro que no me comprometo a nada.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Al Palacio de Buckingham...

—¡A Palacio! —me quedé aturdido—. No estamos vestidos adecuadamente.

—Si vamos al Palacio de Buckingham —dijo Holmes—, su amigo es realmente noble.

—No anda descaminado en ninguna de las dos cosas —replicó Wilde—. Veo que de repente encuentra el caso más interesante. Pero, desde luego, se ha pasado toda la vida protegiendo aquellas leyes que en Inglaterra no defienden ni a los débiles ni a los pobres, sino que son defensas de la aristocracia que considera la explotación como derecho natural.

—Usted disfruta de su compañía —dijo Holmes malhumoradamente.

—Supongo que se lo diría Lady Queensberry. Es monstruosa la forma en que la gente va diciendo cosas a espaldas de uno que resultan ser absolutamente ciertas. Me gustan los aristócratas: los salva la elegancia de comprender que los modales son más importantes que la moral. ¿Usted no va a las fiestas de sociedad?

—Aborrezco todas las formas de sociedad.

—Yo la amo. Para mí es la comida, la bebida y el oxígeno. ¿Por qué nos paramos? Supongo que se estarán manifestando las Sufragistas. Mi amigo el doctor Conan Doyle dice que «sólo son hombres vestidos de mujer». Oh, perdón, señor Holmes. —Sacó la cabeza por la ventanilla—. No, es la manifestación socialista de la que hablaba ayer el señor Shaw en el Café Royal... donde cenan todos los socialistas sensatos.

—El objetivo de los socialistas es la mediocridad igualitaria —dijo Holmes—, y la mediocridad odia a los genios. Me sorprende su incoherencia.

—Nunca somos más auténticos que cuando somos incoherentes.

—Chusma desagradecida —apostillé.

—Los mejores entre los pobres siempre son ingratos. Además de descontentos, rebeldes y desobedientes. Tienen bastante razón para serlo en cuanto que la Sociedad recomienda a los pobres que mejoren su situación mediante la austeridad... Es como aconsejar a un hambriento que coma menos. ¿Qué le parece, señor Holmes? Es posible que usted no vea clientes, pero verá futuros criminales. Al contrario de las opiniones de los moralistas, los mayores criminales son lo que sería la gente corriente si no tuviera lo suficiente para comer.

—No se le ocurriría al verlos, Watson —dijo Holmes—, pero supongo que todos tienen una pequeña chispa inmortal oculta dentro de ellos.

—Eso es bastante cierto —concedí.

—Nada es nunca bastante cierto —señaló Wilde. El coche se puso en marcha—. ¿Han leído mi ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo*? Me lamento de que una parte de nuestra sociedad está prácticamente en la esclavitud, pero no puedo estar de acuerdo ni con la Sociedad, que trata de resolver el problema entreteniendo a los esclavos, ni con los socialistas que proponen resolver el problema esclavizando a la comunidad entera (estupidez agravada por las buenas intenciones). Si el socialismo

ha de tener algún valor, debe conducir al individualismo. Pero si el fin es autoritario, el último estadio del hombre será peor que el primero.

—La Autoridad es nuestro baluarte contra los anarquistas y los Dinamiteros.

—Usted considera que nuestra sociedad es el mejor de todos los mundos: todos están en sus puestos de manera firme y tranquilizadora. Pero usted violó ese orden natural cuando ayudó a Lady Queensberry. Seguramente se da cuenta de que el Marqués Escarlata le odia con tanta furia porque amenazó el orden que protege sus placeres y privilegios hereditarios. Usted se elevó por encima de su posición. ¡Ah, Hyde Park Corner! Qué maravillosa estatua de Aquiles, para todos los que compartimos las tendencias de Aquiles. ¿No es magnífico, doctor Watson, cómo el escultor captó todos los detalles?

En vez de girar por Constitution Hill hacia el Palacio, continuamos por Grosvenor Place abajo. Wilde se dio cuenta de mi alarma.

—Cuando el señor Holmes dijo que íbamos a Buckingham Palace, le dije que no andaba descaminado. No le dije que estuviera en lo cierto.

—Eso es un juego de palabras —dijo enojado Holmes.

—Que es mi juego, en el que usted no puede vencerme. —Wilde señaló un escuadrón de soldados que desfilaban desde Knightsbridge—. Mire esas cabezas rapadas al cero, con las orejas rojas, y esas arreboladas caras de boxeador. ¡Qué sensación de animalismo exaltado van dejando tras sí!

Con frecuencia había oído hablar a los hombres de «una mujer estupenda», pero jamás había oído a nadie hablar así de otro hombre.

—¡Son soldados de la Reina! —exclamé.

—Lo son —respondió ausente Wilde— con frecuencia.

Viajamos en silencio hasta que doblamos la esquina de la estación Victoria.

—Estamos cerca de nuestro destino —dijo Wilde—. Debo decirle ahora que mi cliente llevará una máscara. Para usted, ésta es simplemente otra aventura, pero para él, que lleva un nombre conocidísimo en todo el mundo, es una cuestión de supervivencia o de desgracia. Por su honor, le pido que no intente desvelar su identidad.

—¡El *Hotel* Buckingham Palace! —exclamé cuando estábamos frenando.

—Ya lo ve, no andábamos descaminados —dijo Wilde.

—No ha sido sincero conmigo —le recriminó Holmes.

—No necesitan tener reservas. El coche estará esperando.

—¿Siempre hace esperar al coche? —pregunté.

—Si es un buen coche... ¿Qué dice, señor Holmes?

Por la falta de expresión de la cara de Holmes no podía adivinar si continuaría o abandonaría la empresa. Pero mi instinto de cazador me espoleaba y habría apostado que a él le sucedía lo mismo. Después de una larga pausa, dijo:

—Venga, Watson. Le daremos cinco minutos al misterioso amigo del señor Wilde para que nos convenza.

Salimos del coche... hacia una de las aventuras más singulares y peligrosas de la carrera de Holmes.

4.

Una sorpresa innoble

Había oído que el Hotel Buckingham Palace era el más lujoso de Londres, pero la habitación a la que nos condujo Wilde era tan sencilla como la antesala de una oficina. Wilde se disculpó:

—No es como debería vivir un caballero, pero mi amigo es un asceta.

No había terminado de hablar Wilde cuando se abrió una puerta y apareció el hombre en cuestión. Estaba por debajo de la estatura media y vestía con una levita solamente respetable, con una cadena de oro estilo Alberto que cruzaba de lado a lado su chaleco. Entre el canoso cabello castaño y la tupida barba, su rostro estaba cubierto por una máscara negra.

—¿Me ha traído veneno, señor Wilde? —preguntó con una voz melancólica, satírica, con ligero acento germánico.

—Le he traído el antídoto soberano: el señor Sherlock Holmes.

—Habría preferido veneno.

—Vamos, vamos —le reprendió Wilde—. El suicidio es el mejor cumplido que se le puede hacer a la sociedad, pero estar muerto debe de ser la experiencia más aburrida de la vida.

—No creo en sus poderes —dijo a Holmes el hombre enmascarado.

—Afortunadamente, no dependen de su fe. ¿No puede hablar directamente, sin una máscara?

—Con frecuencia suelen ser más reveladoras que los rostros —intervino Wilde—. Póngale una máscara a un hombre y le dirá la verdad.

—¿Cómo debo dirigirme a usted? —preguntó Holmes al hombre enmascarado.

—Pobre... desgraciado... miserable.

—Su estado de ánimo me es indiferente. Usted es noble...

—¿De dónde saca esa idea, señor Holmes?

—*Usted* dijo que era noble, señor Holmes —intervino Wilde rápidamente—. Yo le dije que no andaba descaminado.

—Me han traído aquí con engaños. —La voz de Holmes era gélida.

—¡En nombre de Dios! —gritó el hombre en un arrebato de desesperación—. ¡Sálveme si puede! Me enfrento a un destino peor que la muerte, porque además implica la ignominia. Estoy muy enfermo, señor Holmes. Hay un punto débil en mi corazón y no tardaré mucho en sucumbir.

—En un minuto ha pasado de los intentos de suicidio a preocuparse por su salud.

Me parece vislumbrar camino expedito para seguir progresando.

El efecto de las palabras de Holmes fue milagroso. Y como acostumbraba a hacer, su personalidad dominadora controló la situación, transformándola a su gusto. El hombre enmascarado extendió su mano.

En el rostro de Holmes apareció una expresión de singular atención y sus ojos se fijaron con una vehemente curiosidad en la mano durante un largo instante, antes de estrecharla.

—¿Quién es éste? —preguntó el hombre enmascarado.

—Mi amigo y colega, el doctor Watson. Puede hablar delante de él de cualquier cosa que me pueda contar a mí.

Cuando estreché la mano del hombre noté con alarma que estaba húmeda y fría. El trozo de cara visible bajo su antifaz era blanco, mientras que sus labios estaban teñidos con una sombra azulada. Obviamente estaba aquejado de alguna enfermedad crónica y mortal.

—Ordene sus pensamientos —dijo Holmes— y cuéntenos exactamente qué ha ocurrido.

El hombre enmascarado se sentó y comenzó su singular narración:

—Debe usted saber que mis negocios son mucho más amplios de lo que piensa la gente corriente. Viajo mucho y mi correspondencia me obliga a tener un secretario privado que domine muchos idiomas.

—Un hombre, desde luego.

—Tengo poco que ver con el bello, aunque un tanto hogareño, sexo. Supongo que tiene derecho a preguntármelo.

—Estamos de acuerdo en esa suposición.

—Un secretario rara vez se queda mucho tiempo conmigo y cuando me deja le recompenso con una muestra de agradecimiento: una casa o un pequeño negocio.

—Una recompensa realmente generosa.

—Obviaré los detalles insignificantes...

—Lo que para una persona puede resultar poco importante, para otra puede ser de la mayor importancia. Usted ya me ha contado tanto que el resto sería superfluo.

Con aspecto perplejo, el hombre enmascarado siguió hablando:

—Hace un mes, encontrándome sin secretario en Londres...

—... el centro de sus negocios... —apuntó Holmes.

—Yo procuraba olvidar mis preocupaciones asistiendo al Saint James Hall. Durante el intermedio, me quedaba en el bar.

—Señor Holmes —interrumpió Wilde—, puede que no haya observado que allí la clientela es homogénea.

—Me fijé en un joven, tan bien parecido como jamás había visto otro en mi vida, de modales elegantes y atentos, una cara adorable y bien vestido. Nuestros ojos se

encontraron, me habló y enseguida estábamos conversando como viejos amigos. Era de Sudbury, en Suffolk, y aunque había venido a Londres a hacer fortuna, todavía se encontraba sin empleo. Puede adivinar que le propuse que ocupara el puesto vacante de mi secretaria. Como el Hall se estaba vaciando, me invitó a casa de su tío, donde solía parar.

—Un viejo proverbio persa —cortó Holmes—: «Es peligroso coger al cachorro de tigre...»

—Perdóneme —interrumpió Wilde a su vez—, la forma correcta es: «Es peligroso ir *con* el cachorro de tigre». Al menos debería ser así. Nunca se sabe qué puede suceder en su *guarida*.

—Cuando llegamos a una casa particular de Charles Second Street, el joven me explicó que su tío regresaría pronto. Hacía calor en el salón y sugirió que nos quitáramos las chaquetas. —Por la esquina del antifaz de seda negra apareció un hilillo de sudor y resbaló por su mejilla. La parte de su rostro que resultaba visible bajo el antifaz se iba volviendo cada vez más cenicienta, sus finas manos temblaban y su respiración se hacía cada vez más trabajosa—. Señor Holmes, usted sabrá perdonarme. Se me hace muy difícil. —Hizo un ademán indeciso— Nos sentamos juntos en el sofá. El joven admiró mi reloj, una reliquia que heredé de mi padre. —El hombre enmascarado sacó del bolsillo de su chaleco un reloj; después se detuvo de repente y volvió a guardarlo—. El joven me pidió verlo más de cerca. Al pasárselo, se resbaló desde nuestras manos a su regazo y, desde allí, al cojín. Me agaché para recogerlo... —Una catarata de sudor corría por las mejillas del hombre y su voz vibraba con horror—. En ese preciso momento, la puerta se abrió de repente para dar paso a un hombre de mediana edad y porte militar. Su sonrisa de bienvenida se transformó rápidamente en sorpresa, después en conmoción, más tarde en horror y finalmente en cólera intensa. El joven se puso de pie de un salto balbuciendo explicaciones, pero el hombre no quiso atender a ninguna. Empezó a chillarnos: acusaciones, amenazas. Me ordenó que abandonara la casa. Me apresuré... me apresuré... a... a...

De repente, con expresión crispada, el hombre enmascarado se levantó de su asiento agarrándose con una mano al mueble para mantenerse erguido, mientras que con la otra tiraba del cuello de su camisa. Se desplomó hacia atrás.

—¡Es el corazón, Holmes! —exclamé saltando a su lado y abriendo rápidamente el cuello de la camisa.

—Mi medicina —dijo con voz entrecortada.

—¿Nitroglicerina? Tengo la mía.

Le coloqué una de mis pastillas bajo la lengua. Enseguida, su respiración se hizo regular y su piel volvió a tener un color más saludable. Intenté quitarle la máscara de seda, pero me sujetó el brazo. Sólo el Ángel de las Tinieblas revelaría su identidad.

Tenía muy claro que sería prudente aumentar mi provisión de medicinas en la farmacia del otro lado de la calle, así que, poniéndome el sombrero y la capa, me dirigí a Holmes, diciéndole:

—Siéntelo —y salí corriendo de la habitación.

Y ahora introduciré mi insignificante punto de vista para explicar algo que de otro modo podría confundir al lector. Después de marcharme sucedieron cosas que el lector debe conocer. La mejor solución era que Holmes escribiera su relato, el cual incluiría aquí.

—Si realmente quiere pasar su jubilación escribiendo una disertación sobre la resolución de casos —le dije—, cuanto antes empiece a practicar sus habilidades literarias, mejor. Acabo de llegar al principio del capítulo del hotel. Yo escribiré lo que sucedió hasta el momento en que me marché, mientras usted escribe lo que siguió después. —Despejé la mesa y extendí dos fajos de papel y dos plumas—. Nos sentaremos uno frente al otro y escribiremos juntos.

Holmes rodeó la mesa como un perro de caza olfateando la maleza.

—¿Tendré que llenar *todo* ese papel?

—Desde luego que no —lo tranquilicé.

Debo admitir que había malicia en mi método. Durante catorce años había trabajado para satisfacer a Holmes describiendo sus aventuras y triunfos, y todo lo que le había oído decir era que yo había convertido lo que debería haber sido un curso de conferencias en una serie de cuentos, enfatizando los elementos humanos en detrimento de los detalles racionales. «Recorte la poesía, Watson», solía decir. Bueno, señor Sabelotodo, pensaba yo, ahora aprenderá de primera mano lo difícil que es.

—Debe hacer un esquema antes de empezar, o sufrirá interrupciones —le advertí.

—No es necesario que me hable como si fuera un niño. ¿Cuánto tardaré?

—Media hora como mucho —le respondí falsamente—. Comience.

Yo apenas había escrito: «4. *Una sorpresa innoble*. Había oído que el Hotel Buckingham Palace era el más lujoso de Londres...» Cuando me di cuenta de que Holmes estaba sacudiendo su pluma.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Esta pluma.

—Tonterías. Le he dado a usted la mejor.

—No se ajusta bien a mi mano.

—Su mano se adaptará.

Continué: «...pero la habitación a la que nos condujo Wilde era tan sencilla como la...».

Holmes se levantó de su asiento.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

—No tengo cerillas para encender mi pipa.

—Debe escribir un poco antes de premiarse con una pipa.

Con una breve mirada de resentimiento, volvió a sentarse y escuché el continuo arañar de su pluma a través de la página... Mientras continué: «... antesala de una oficina. Wilde se disculpó: —No es así como debería vivir un caballero, pero mi amigo es un asceta». Fui interrumpido por el sonido de una página al ser estrujada.

—¿Cuál es el problema?

—No es mi mejor trabajo.

—Bueno. Todos no podemos ser Shakespeare. Inténtelo de nuevo.

—¿De nuevo? —replicó en tono horrorizado.

—¡Siga con ello, Holmes!

Con una larga mirada de resentimiento, se inclinó sobre la hoja. A esta altura podía ver que los acontecimientos seguían un curso satisfactorio. Despacio, dolorosamente, iba introduciendo una palabra tras otra en la hoja. Entonces:

—¿Cómo se escribe...?

—¡No le importe la ortografía!

—No me gustaría...

—Holmes, ¡eso es una pérdida de tiempo! Se levantó.

—¿Qué hace?

—Consultar una de mis monografías para el nombre de...

—¡Escriba *primero*, investigue *después*! A este paso no va a terminar para cuando yo llegue a mi salida.

Continué: «No había terminado de hablar Wilde cuando se abrió una puerta y apareció el hombre en cuestión». Me di cuenta de que Holmes estaba de pie a mis espaldas. No suelo escribir en limpio el primer borrador, pero ahora tuve cuidado de que ningún borrón o tachadura desfigurase el milagroso torrente de palabras de la hoja. Casi estaba asfixiado por una nube de humo de tabaco, dirigida a mi oreja izquierda.

—¡Holmes, esto es indigno de usted!

—No es necesario que sea hiriente. —Se sentó de nuevo. La mano con la que escribía se me estaba entumeciendo, de modo que, para aliviarla, me levanté y rodeé discretamente la mesa hasta quedar detrás de Holmes. Se detuvo—. No puedo escribir con alguien mirando por encima de mi hombro. —Me retiré hacia el aparador, donde me preparé un whisky con soda. De repente, Holmes arrojó la pluma con tal violencia que salió volando de la mesa y rodó a través de la alfombra de piel de oso—. ¡Esto es *mucho trabajo*!

—Por supuesto. ¿Cómo no me habré dado cuenta de eso tras haber descrito veintiséis casos suyos?

—¡Dejemos este maldito tema!

Se puso de pie y se encaminó a la chimenea. Mis sentimientos de triunfo

quedaron inmediatamente contrarrestados por la preocupación por la historia. Sería difícilmente inteligible sin los hechos que sólo Holmes podía aportar. Adopté un tono conciliador.

—Cada uno a lo suyo. Lo mío es escribir y lo suyo es la investigación.

—¡De acuerdo! —respondió.

—Pero, para que la historia no tenga ninguna fisura, quizá debería hacerme un esbozo oral de los acontecimientos desde que abandoné el hotel hasta el instante en que me reuní con usted y con Wilde en la calle.

Los ojos de Holmes mostraban suspicacia.

—¿No tendré que escribir nada?

—Lo haré yo mismo, palabra por palabra.

—¿Mientras lo dicto? —la voz de Holmes era anormalmente acuciante.

—Simplemente relátelo como si estuviera hablando a un amigo.

—De acuerdo.

Se desplomó en el sofá y se reclinó.

—Apenas-se-había-cerrado-la-puerta-tras-usted-Watson-cuando-se-abrió-otra-puerta-y-un-gentil-joven...

—¡Holmes!

Me miró con una inocencia enloquecedora.

—¿Voy demasiado deprisa?

No me atreví a responder, porque el destino de la historia pendía de un hilo. Con una sonrisa de satisfacción, Holmes continuó a un ritmo más lento:

—Apenas se había cerrado la puerta tras usted, Watson, cuando se abrió otra puerta y un gentil joven entró. Tenía el pelo muy rubio y unos sorprendentes ojos azules, una tenue boca delicada y unos modales que combinaban la timidez con un toque impetuoso de energía. Llevaba un par de botas que habría deseado echar el guante, ya que las suelas llevaban una arcilla peculiar. (¡Ay de mí! Cómo me delato cuando cuento la historia). Al ver el dolor de su patrón, dejó caer las botas y se abalanzó hacia él gritando:

»—¡Le traeré su medicina!

»—Ya la he tomado —dijo el hombre enmascarado—. Éste es Sherlock Holmes.

»—Pero, señor, habíamos quedado en que era demasiado peligroso.

»Levanté los ojos de mi examen de las botas para ver a Wilde mirando fijamente al muchacho a través de la silla en la que estaba sentado nuestro cliente, respirando todavía con dificultad.

»—¿No le he visto antes? —preguntó Wilde— ¿En el Alhambra quizá, o en el Teatro Real de Variedades? ¿Le importaría venir conmigo a almorzar al Café Royal? Señor Holmes, ¿qué está haciendo en esa postura semiyacente?

»Yo ya había satisfecho mi curiosidad acerca de los zapatos y pregunté a mi

cliente si prefería continuar en otro momento.

»—Mi corazón late como el de un caballo —respondió—, pero doy gracias a Dios por la medicina. Pero bueno, intentaré llegar al final de mi historia: Salí de la casa como un poseído. Hasta que no llegué al hotel no me di cuenta de que me había dejado olvidado el reloj. Al día siguiente hice discretas averiguaciones. El joven se había ido de la casa aquella mañana. Me resigné ante la pérdida del reloj de mi padre, con su cariñosa inscripción. Un día después, al ojear los periódicos, me llamó la atención un anuncio en la página de Personales. Estaba encabezado: «Al Hombre del Reloj», y solicitaba mi dirección para que el reloj pudiera ser restituido. Aquí esta.

»Miré el recorte y dije:

»—Es del *Times*.

»Por supuesto, el hombre se quedó asombrado.

»—La identificación de tipos es una de las más elementales ramas del conocimiento para el especialista en crímenes —expliqué—. Usted contestó mediante un anuncio en el *Times*.

»—Sí, y mi reloj fue restituido inmediatamente por el joven con una excusa por la conducta de su tío. Fue una confirmación de mi fe en la bondad de todos los hombres... excepto en la mía propia. No hay nada más que contar.

»Como usted sabe, Watson, tengo demasiada experiencia para que se me engañe con una estratagema así, especialmente cuando va acompañada de ese desafío malhumorado que conlleva el ocultamiento de detalles incriminatorios.

»—Uno debe ser siempre sincero con su detective o con su médico —le indiqué—. Debería saberlo usted, doctor.

»¿Se sorprende, Watson? ¿No habrá sospechado que el hombre era un colega médico? Debo refrescarle la memoria sobre los indicios visibles. Pero el hombre contestó inmediatamente:

»—No soy médico.

»Wilde sonrió ante mi *lapsus linguae*.

»El hombre enmascarado continuó:

»—Una semana más tarde, mi secretario (había cubierto la vacante con un joven que estaba dispuesto a venir por la mitad del sueldo) me dijo que me fijara en otro anuncio. Se me heló la sangre. Estaba redactado con astucia y se refería ofensivamente a uno de mis primeros secretarios, citando incluso una carta que le había dirigido. Al día siguiente, otro anuncio acerca de otro secretario.

»—Por supuesto, usted tiene los anuncios... —le pregunté.

»—Yo... los quemé todos. Nunca imaginé que se llegaría a *esto*, una carta que llegó hace una semana junto con una mía a un antiguo secretario.

»Entregó la carta del secretario a Wilde y la suya me la entregó a mí. Era la típica petición de dinero «o sus cartas serán hechas públicas, con detalles de sus otras

actividades». Cuando señalé que las «actividades» podrían referirse al St. James, sacudió la cabeza.

»—¿Cómo pueden saber eso?

»—El joven o el tío...

»—Ellos no han dicho nada. El joven me lo aseguró.

»Apenas podía ocultar mi excitación cuando pregunté:

»—¿Ha estado directamente en contacto con él?

»—Está tan aterrado como yo con estos infames acontecimientos.

»—¿Qué piensa de la carta a su secretario? —pregunté a Wilde.

»Leyó una frase:

»—«Su habilidad en francés y en griego»... —Se encogió de hombros—. Alguien que lo deseara podría dar una curiosa interpretación a estos términos. Si cartas como éstas cayeran en las manos de los que alimentan al público inquisidor con periódicos carroñeros... En los viejos tiempos, los hombres tenían el potro, ahora tenemos a la prensa.

»—Lo juro por la esperanza que tengo en la piedad divina —gritó el hombre enmascarado—. Soy inocente.

»—Todos somos inocentes —repuso Wilde—, hasta que nos descubren.

»—¡Ninguno de ustedes lo entiende! —protestó el hombre con la cara deformada por el miedo—. Seguramente usted, señor Holmes, con su reputación a escala mundial, que valora por encima de todo, entenderá que debo estar a salvo de toda sospecha, como la mujer del César.

»—A César se le conocía como «el marido de todas las mujeres» —dijo Wilde—, y «la mujer de todos los maridos».

»—Se precipita —dije—, al afirmar que los grandes personajes comparten sus tendencias.

»—No tanto como usted, señor Holmes, al dar por sentado que comparten las suyas.

»Me dirigí al hombre enmascarado.

»—Así que está en poder de unos sinvergüenzas que pronto le informarán del rescate que pretenden exigir...»

—Ya lo han hecho.

»—¿El precio?

»—Muy alto, pero no más allá de mis posibilidades.

»—No ha pagado.

»—Esperaba otro mensaje que me proporcionara más detalles. Nunca llegó. Sólo otro anuncio: «Cambio de planes. Observe y espere».

»Era el primer punto sorprendente del caso, Watson, que, o bien indicaba una complicación, o bien una oportunidad de un beneficio mayor. Indagué qué otra acción

había emprendido.

»—El mismo recurso desesperado que usted utilizó en un tiempo de parecido peligro —contestó—. He creado la ilusión de que he muerto.

Dejé de escribir y miré boquiabierto a Holmes. Yo sólo había relatado sus subterfugios al escapar de las cataratas de Reichenbach a mis amigos más íntimos (debo admitir que lo había hecho tan a menudo que Holmes me había advertido: «Si publica alguna vez el relato, pensarán que es una reedición»). Al parecer, entre mis amigos había alguno que pertenecía al círculo del hombre enmascarado.

—Sí, Watson, un toque inconfundible. Lo que el señor Wilde llamaría: «La vida imitando al arte».

»—La Prensa publicó mi necrológica y hubo artículos sobre mi vida y mi forma de ser —continuó el hombre enmascarado—. Nunca sabemos qué piensan de nosotros los demás hasta que nos hemos muerto. Por primera vez me di cuenta de la mala reputación que dejaba tras de mí. No soy un hombre feliz. A menudo he pensado que mi miserable existencia debería haber terminado el día que nací, cuando exhalé mi primer aliento clamoroso. He acumulado riquezas más allá de los sueños más avariciosos, pero jamás he conocido el amor, aunque toda mi vida he anhelado el amor desprovisto de pasión. Mi corazón me dice que tengo los días contados, pero siento que nunca me he atrevido a vivir mi propia vida.

»—A menudo la verdadera vida es la que no se ha vivido —interrumpió Wilde—. La mayor parte de la gente se muere de una especie de sentido común progresivo y descubre que las únicas cosas de las que nunca se arrepiente uno son los propios errores. La mayor parte de la gente no posee su alma antes de morir. Son otra gente. Sus pensamientos son las opiniones de otros, sus vidas una imitación, sus pasiones una cita. Pero si tenemos algún objetivo aquí en la tierra, es el de comprendernos a nosotros mismos.

»—No pretendo ser mejor que nadie, pero jamás he sumergido mis sentidos en placeres degradantes, ni he descendido a los vicios más bajos, que es mejor no mencionar.

»La respuesta de Wilde me asombró por su fuerza:

»—Arrepentirse de los propios deseos es poner una mentira en los labios de la propia vida. No es sino una negación del alma. Por supuesto, uno siente terror ante las pasiones y sensaciones que son más fuertes que uno mismo... sensaciones que han permanecido en estado salvaje porque el mundo ha intentado hacerlas morir de inanición resignadamente o matarlas violentamente. Pero se nos castiga por nuestras negativas. Cada impulso que nos afanamos en estrangular anida en la mente y nos envenena.

»El amigo de Wilde se giró hacia mí buscando consuelo.

»—¿No es mi vida inútil y patética? Me esfuerzo, agarro, ¿y qué queda en mis

manos? Una sombra... sufrimiento. ¿Ha tenido alguna vez, señor Holmes, una pesadilla en la que notaba que había alguna cosa de suma importancia que buscaba y que sabía que estaba allí, pero que siempre quedaba más allá de su alcance?

»—No le culpo por sentir eso; le culparía si actuara según ese sentimiento.

»Mi comentario, desafortunadamente, en vez de acabar con las confesiones, sólo estimuló otras más personales.

»—Yo debería haber sido poeta, como deseaba serlo cuando era un niño enfermizo que compartía la habitación de mi madre y oía jugar a los demás niños fuera. Pero mi padre decía: «La poesía es solamente para las mujeres ociosas». Ahora pienso en el dolor que debió sentir cuando fue excluido de nuestras vidas. Si me hubiese comportado de otro modo, podría no haber estado resentido conmigo el resto de mi vida cuando sobrepasé sus éxitos. Me habría gustado que hubiese estado orgulloso de mí. Y de ese modo, yo podría haber estado orgulloso de mí mismo, en vez de sentir que soy inferior, como una doncella envejecida, como una solterona.

—Le he contado esto, Watson, debido a su obsesión con los toscos aspectos humanos de mis casos, pero, naturalmente, no tendrán cabida en el relato final.

—Por supuesto, Holmes —respondí observando de nuevo con pesar cuan repugnantes eran todas las emociones para esta fría, precisa, admirablemente equilibrada y sumamente perfecta máquina de razonar... un cerebro sin corazón.

Holmes continuó:

»—¿Creyeron los chantajistas que había muerto? —pregunté.

—Holmes —le interrumpí—, no puede decir «pregunté» otra vez. Lo ha utilizado ya por lo menos cinco veces.

—No me parece usted el más indicado para quejarse de las repeticiones, si tenemos en cuenta su interminable sucesión de «hermosos» y «aguileños».

—¿Y qué pasa con sus «siete explicaciones distintas»? Y gritaré si vuelvo a oírle decir: «Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda...»

—¿Qué me dice de sus Wilsons y Violets? ¿Cómo pueden llamarse así *todos* los que conocemos...?

—Tengo una memoria excelente. Volviendo al delicado punto de la redacción: «pregunté...»

—Proporcionéme otro verbo. No pienso tomarme la molestia.

—Si tengo que hacerlo todo por usted... —Fui a la estantería—. Nos ayudaría si tuviéramos un diccionario de sinónimos. Mire estos libros: *American Encyclopaedia*, *Continental Gazetteer*, *Almanach* de Whitaker... todos son suyos.

—Nada le impide comprarse un diccionario de sinónimos.

—¡Comprarlo yo...! —Toda la frustración por la arrogancia de Holmes estalló— ¿Qué hay de malo en que *usted* compre uno? Realmente saca bastante beneficio de los clientes atraídos por mis historias en el *Strand*.

—Mi mejor propaganda ha venido de boca de...

—... ¿Clientes satisfechos? ¿Consideró «satisfecha» a mi querida esposa, a pesar de que su herencia quedó esparcida de una punta a otra del Támesis? ¿O a Hilton Cubitt, muerto de un disparo en el corazón poco después de contratarle? Me faltan las palabras para narrar cuántos esfuerzos me ha supuesto cubrir sus fallos.

—¿Realmente cree que le debo a *usted* parte de mi fama como El Detective Consultor Más Importante Del Mundo?

—Usted ha dicho...

—Yo he dicho: «Al percibir sus errores, en ocasiones me veo guiado hacia la verdad». ¡Si considera *eso* un elogio...! Pero, ¿qué más podría esperar de alguien que es condescendiente con el gusto popular?

—¿Qué era cuando me junté con usted? ¿Y qué habría sido si no lo hubiera hecho?

—¿Qué era usted cuando le admití? Un ex médico del Ejército con media pensión, que vivía a costa del subsidio público y llevaba una precaria existencia en un hotel de segunda clase... —Hizo una pausa dramática—. De tercera clase; bebía en el Cri y malgastaba su pensión en las carreras de caballos...

—¿Cuando *me admitió*!

—Stamford se apiadó de usted cuando le dijo que preferiría tener un compañero a estar solo. Podría haber elegido entre muchos que...

—...no habrían hecho nada para que su carrera progresase, ¡como lo he hecho yo! «Un compañero leal es siempre útil, y un cronista más aún», ¿recuerda?

—Compartir los gastos de alquiler. ¡*C'est à rire!* ¿Se da usted cuenta de los gastos de nuestra cómoda vida de solteros, cuando viene a pedirme su talonario de cheques para satisfacer su adición al juego en las carreras?

—¿Mi adicción! ¿Qué hay de la *suya*?

—Es mi único vicio. Lo dijo usted mismo en «La Cara Amarilla». —Eso era para el consumo público. Yo no airoo cuestiones domésticas en público.

—Entonces, quizá las podríamos airear en privado. Durante quince años éste ha sido nuestro hogar...

—¿Hogar! No lo es más que la sala de espera de la estación de Paddington, por donde usted pasa brevemente en su camino hacia lugares más estimulantes. Y ¿qué hace *realmente* en esos «cinco pequeños refugios» que admite poseer en Londres? ¿Y dónde estuvo *realmente* durante el Gran Hiato?

—Florencia, Montpellier... ¿dónde iba a estar sino persiguiendo...?

—¿Persiguiendo *qué*, Holmes? Hay muchísimo más que contar.

—Entonces contémoslo. ¿Se ha preguntado alguna vez acerca de aquella noche en casa de los St. Clair, mientras estábamos desentrañando la aventura de...?

—«El hombre del labio retorcido». Me acuerdo. *Escribí* la historia.

—Entonces quizá recuerde cómo pasamos la noche.

—La señora St. Clair nos proporcionó una habitación con una cama doble...

—Que usted ocupó...

—...mientras usted...

Mi mente se negó a continuar.

—Siga —sugirió Holmes con alegría demoníaca—. «Acumulé almohadas y cojines e hice una especie de diván oriental sobre el que *estuve sentado toda la noche.*»

—¡Holmes! —exclamé—. ¡Esto es monstruoso!

Me marché al dormitorio de Holmes y cerré la puerta, dando un portazo. Desde fuera llegó su voz burlona:

—Recuerde, yo no empecé esta conversación. Lo hizo *usted*.

—Holmes, trasladaré mis cosas esta noche.

—¿Dónde va a ir? ¿Qué va a hacer?

—Me haré con nueva clientela. Me casaré otra vez.

—¿Otra boda *sin besos*?

Las palabras de Holmes atravesaron la puerta y penetraron en mis oídos como puñales. Abrí la puerta. Estaba de pie ante la chimenea llenando su pipa.

—Holmes —dije; toda mi furia quedó consumida en cenizas amargas—, resulté herido en la guerra.

—En el *hombro*. ¿Se lo enseñó en el Beeton?

—También fui herido en otro sitio más. Puedo mostrárselo en el Lippincott.

—No me interesan sus lesiones, dondequiera que las haya recibido. Pienso que es mejor que se vaya.

—Está decidido. —Aguantando las lágrimas, miré la habitación donde había pasado tantos años felices—. Me llevaré el gasógeno, por supuesto.

—No se llevará el gasógeno. Fue un regalo de cumpleaños para mí.

—Fue comprado el día de su cumpleaños, pero era un regalo para los *dos*.

—No puede llevárselo. He llegado a acostumbrarme a él.

—Yo también he llegado a acostumbrarme. No tiene sentimientos, Holmes, o comprendería lo duro que es abandonar algo a lo que uno ha llegado a acostumbrarse.

—Eso no es asunto mío —dijo Holmes, ablandándose un poco.

La señora Hudson apareció en la puerta.

—Me había parecido oír gritos.

—El doctor Watson y yo estábamos discutiendo.

—No recuerdo haberlos oído hablar tan alto.

—Nunca lo habíamos hecho en... —se me quebró la voz—, quince años.

—Señora Hudson. El doctor Watson se va de Baker Street.

—¿De viaje, señor? Pero nunca se había marchado fuera sin el señor Holmes.

¡Maldita mujer! Cada palabra me atravesaba el corazón.

—¿Se lo explica, Watson?

—Yo... me voy de Baker Street para no volver.

—No me puedo hacer a la idea de que se marche para no volver. Caballeros, ¿ha habido un malentendido entre ustedes?

—No, señora Hudson —dijo Holmes—, por fin estamos de acuerdo.

—Es una vergüenza, después de quince años juntos, incluido el tiempo que usted estuvo muerto, señor, y el doctor Watson siguió viniendo por aquí. ¡Cómo sufrió! No podía ocultar sus sentimientos; se le podían ver siempre en la cara.

—Señora Hudson —corté— no debe...

—Y usted, señor Watson. ¿No recuerda aquel día del pasado abril cuando subí mis escaleras corriendo con la cara radiante y gritó: «¡Está vivo! ¡Holmes está vivo!» Y yo le dije: «Sí, ya lo sé, señor. Ha estado entrando y saliendo hoy como un viejo vendedor de libros»?

—¡Ya basta! —dije, girándome para que Holmes no me pudiera ver la cara.

—Quince años. ¡Vaya!, es más tiempo del que muchas parejas permanecen juntas, incluidos el señor Hudson y yo. El señor Holmes dice que trabajará otros diez años. Piense en todas las aventuras que podrían tener todavía. Piense en las historias para el *Strand*. Bueno, no creo que su público consienta que se separen. Les quieren tanto a los dos que esperan fuera, delante de las oficinas del *Strand*, el día de la publicación. Venga, yo he vivido más años que ustedes y se lo pediré por todos nosotros: ¿No se van a reconciliar?

Entre todos los momentos en que pensé que mi vida pendía de un hilo, nunca había sentido tal temor. Cerré los ojos y esperé.

—Quizá —dijo Holmes— fui demasiado hiriente. Algunas cosas es mejor no decirlas.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Lo admite, Holmes? Entonces yo...

—Guárdese los sentimientos, Watson —dijo Holmes con un gesto de desagrado—. Podemos dar por zanjado este asunto.

La señora Hudson sonreía todo lo que era capaz, porque la paz en la casa era su premio.

—No obstante —añadió Holmes amenazadoramente—, soy consciente de que todo lo que se dice en este piso se ve reflejado en el *Strand*. No quiero aparecer como la parte antipática.

—¿Qué es lo que quiere, Holmes? —supliqué.

—Quiero que escriba esta discusión y me la enseñe antes de continuar con mi narración.

—Lo haré inmediatamente. —Cogí el papel—. Por supuesto, antes de que

terminen de leerlo habrán olvidado qué está pasando con el cliente...

—¡Señora Hudson!

—¡Ya lo hago!

Lo escribí, lo aprobó y entonces continuó.

»—Hizo creer que había muerto —le dije al hombre enmascarado—. ¿Le creyeron los chantajistas?

»Me contestó con una risa sardónica.

»—Mire en la página de anuncios de ayer: «No nos ha engañado. Esperamos que cumpla el pacto. Espere instrucciones». ¿Cómo supieron que estaba vivo? Nadie sino mis socios más cercanos...

»—Entre ellos hay un Judas.

»—Yo creo que, si se confía sin reservas en la gente, ellos serán merecedores de esta confianza.

»—Cuando abor das la naturaleza humana —dijo Wilde—, espera siempre lo peor. Rara vez quedarás defraudado.

»—Este cambio de planes entraña las connotaciones más siniestras —advertí—. Pero usted solamente puede esperar que ellos lleguen hasta usted. Mientras tanto, advierta a sus secretarios.

»—Lo hice cuando aparecieron los primeros anuncios. ¿Salieron las cartas? —preguntó al gentil secretario, que permanecía inmóvil.

»—Sí, señor, las eché yo mismo. Es parte de mis obligaciones —me explicó—, aparte de abrir y subdividir la correspondencia.

»—Buen chico. Manténgase ojo avizor con los anuncios. Y lleve estos zapatos a limpiar. Esta tierra...

»—No puede conocerla —dijo el hombre enmascarado—. Es rara.

»—Es diatomácea.

»—¿Pero cómo...? —exclamó el hombre con los ojos desorbitados.

»—Puedo distinguir diferentes tierras con una mirada. Ésta ha sido encontrada cerca de Hannover.

(—También se desorbitan sus ojos, Watson. Nuestra Reina es de la Casa de Hannover. —Holmes soltó una risita sofocada—. Pero quizás esto sea insignificante.)

»—¡Usted es un mago! —gritó el hombre enmascarado—. Acabo de llegar de inspeccionar... esto es, de visitar...

»—*Wir sind gewohnt das die Menschen verhöhnen was sie nicht verstehen*^[3] —dijo al joven, que me miró sin comprender.

»—El alemán es la lengua más expresiva, ¿no? —dijo Wilde—. Excepto cuando se utiliza en la música. La de Wagner es la mejor; no es tan mala como suena.

»—¿Pero me puedo atrever a tener esperanzas? —interrumpió el hombre enmascarado. Ya no quedaba ni rastro del hombre arrogante que había hablado con

tanta descortesía cuando entramos.

»—Algunos puntos de este caso no están desprovistos de interés. No obstante, actualmente no veo despejado el camino para poderle prestar mi atención.

»—Está ofendido por las implicaciones morales —dijo.

»—Espero que no —dijo Wilde—. No hemos venido a este mundo a airear nuestros prejuicios morales.

»—Su llegada me proporcionó vida y esperanzas renovadas —dijo el hombre enmascarado, hundiéndose—. Ahora me resigno a cualquier cosa que me reserve el destino... incluso la muerte.

»—No se deprima tanto —dije—, incluso aunque *yo no esté haciendo nada*. —Subí mi voz con estas palabras. No creo que averigüe usted por qué, Watson—. Mientras tanto, no dé ni un solo paso sin mi consentimiento, por su honor de caballero inglés.

»—No soy inglés —contestó.

Wilde volvió a sonreír ante mi segundo error, pero lo ignoré diciendo:

»—Entonces no le pediré que prometa. Gracias por animar lo que, de otra forma, habría sido un día aburrido.

»—Me alegra haberle divertido. Le sugiero que demos por concluida esta entrevista.

»El hombre enmascarado se levantó y, sin despedirse, desapareció por una puerta interior.

—Y ahora, Watson, ya conoce todo lo que aconteció durante su ausencia y puede continuar su narración desde el punto en que Wilde y yo salimos por la puerta principal del hotel. Mientras tanto, me prepararé una copa en mi gasógeno y me entretendré observándole en sus esfuerzos literarios. Para lo cual... —Holmes sonrió condescendiente— no está usted completamente incapacitado.

5.

Extraña virtud y advertencia siniestra

Cuando volví al hotel, Holmes y Wilde estaban saliendo. Wilde parecía nervioso:

—¿Dónde está mi coche? Tendré que buscar otro.

Dado que la parada de coches estaba una manzana más allá, no me resultaba un inconveniente atroz.

—¿Qué piensa de esto, Watson? —preguntó Holmes.

—Parece de lo más trivial...

—Persiguiendo lo trivial, hemos topado con lo sensacional.

—Y sin embargo, rechaza el caso —dijo Wilde.

—Lo acepté tan pronto como conocí a su amigo. Estamos ante un crimen notable. Él no es el fin, sino el medio para ello, y no se debe consentir que los canallas adquieran dominio sobre él.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Wilde.

—Puede informar a su amigo de que estoy investigando el caso, pero en absoluto secreto, o estamos perdidos. Hasta ahora los chantajistas solamente han pedido un precio elevado. El próximo será realmente un precio muy elevado.

—¿Sospecha qué pedirán?

—Sé qué van a pedir, y su amigo se enfrentará a una terrible elección que afectará las vidas de todos nosotros.

—¿Usted cree su historia del St. James? —aventuré.

—Creo que *él* la cree, y eso me basta. No voy a investigar en la mente de otro hombre como un psicólogo cerrajero.

—La psicología está en su infancia como ciencia —dijo Wilde—. Espero, en interés del Arte, que permanezca siempre así.

—Su amigo tendrá que responder de muchas cosas algún día ante el Tribunal Celestial, pero no del delito del que se le está acusando ahora.

—¿Dónde vamos a ir ahora? —inquirió Wilde.

—No *vamos* a ninguna parte. Vuelva a su «residencia familiar» y conceda a su esposa su infrecuente compañía. Y si nos encontramos en público, tenga la bondad de no manifestar que nos conocemos.

—Supongo que empezará por desentrañar la curiosa conducta de mi amigo en el bar del St. James.

—Su amigo no hizo nada en el bar del St. James.

—Ésa fue la curiosa conducta. Pero, desde luego, *usted* es el experto en el

«mundo criminal de Londres».

En ese instante un pequeño landó de dos caballos muy elegante pasó delante de nosotros y se oyó una voz de mujer:

—¡Tenga cuidado! ¡Está en peligro de muerte!

El conductor fustigó inmediatamente a los caballos y el landó echó a rodar velozmente. Holmes fue sacado de su abstracción.

—¡Rápido, Watson! ¡No deje que se escape!

Sin pensar en su seguridad, salió precipitadamente en una salvaje persecución, corriendo entre los coches y autobuses. Se me considera ágil de piernas, pero Holmes, que siempre se mantenía en una condición física soberbia a pesar de sus hábitos sedentarios, pronto me dejó atrás. No obstante, el landó llevaba una ventaja insuperable y en seguida desapareció. Holmes estaba furioso.

—¡Qué mala suerte!

Seguimos nuestro camino, el paso de Holmes más enérgico que el mío, porque yo era consciente de un peso alarmante en mi pecho. Preocupado como estaba, no me vio administrarme mi medicina milagrosa.

—¿Vio usted quién era? —preguntó Holmes a Wilde, que permanecía en el mismo punto, fumando despreocupadamente su cigarrillo.

—Ni siquiera vi el landó hasta que no hubo pasado. Pero, ¿el aviso era para usted... o para mí?

—Podía ser para uno de los dos... o para ambos.

—Tengo la sensación de haber oído antes esa voz —dijo Wilde.

—Yo también tengo la impresión de haberla oído —dijo Holmes.

Durante un instante, los dos permanecieron silenciosos, absortos en sus pensamientos.

—Es aburrido permanecer aquí —dijo Wilde finalmente, y silbando a un coche de la fila, se alejó.

—¡Vaya, enhorabuena! —exclamé—. ¿Dónde vamos ahora, Holmes?

Holmes observó el coche en silencio hasta que desapareció. Entonces, estalló con excitación:

—¡A Cadogan Place! Ahora tenemos unos cuantos hilos en nuestras manos y espero que allí encontremos el final de nuestra madeja enmarañada. ¡En dirección al oeste y marcha rápida!

6.

Un círculo familiar. Sufrimiento, violencia, miedo

Media hora después fuimos introducidos en el gran salón de cortinas amarillas de una elegante residencia de Cadogan Place.

—Hay otra visita en el estudio —se disculpó el mayordomo.

Holmes había viajado en silencio y yo había evitado hablarle, sabiendo cómo le gustaba llevar la iniciativa y sorprender. Pero ahora estallé:

—Supongo que sabe quién es esa mujer.

—La memoria para las voces generalmente me funciona bien cuando he oído durante cierto tiempo y atentamente a un cliente. No puedo imaginar cómo supo dónde podíamos estar y por qué escogió ese método para avisarnos. Alguna circunstancia terrible debe haber...

—Pero, ¿quién es ella, Holmes?

—Ella es...

—Lady Queensberry —anunció el mayordomo cuando la doble puerta se deslizó para revelar la presencia más regia que jamás había adornado nuestras habitaciones. Aunque no tendría menos de cincuenta años, todavía era bella. El delicado encanto y el hermoso color de su cara, como una flor, apacible y triste, aún transmitía la impresión de hermosura juvenil, mientras que la nobleza de su porte y la bizarría de su desafiante mentón la proclamaba inequívocamente como perteneciente a esa clase que es honra y prez de la nación británica.

—Mi querido señor Holmes, qué amabilidad por su parte al honrarme con su visita.

Holmes se inclinó de una forma cortés y respetuosa. A pesar de su antipatía y desconfianza hacia el sexo femenino, tenía una notable amabilidad y cortesía en sus relaciones con las mujeres.

—Lady Queensberry, el honor es nuestro.

—Había pensado invitarle a una de mis recepciones, pero recordé que apenas hace vida social.

—Desapruebo esas inoportunas invitaciones que le llevan a uno a hastiarse o a mentir. ¿Puedo preguntar dónde estuvo esta tarde Su Señoría?

—¿Dónde estuve esta tarde? —repitió Lady Queensberry con un tono de alarma que se afanó en ocultar con un extraordinario esfuerzo de autocontrol aristocrático—. ¿Dónde, si no aquí, en mi casa? Apenas me puedo permitir salir debido a los términos de esa ley escocesa que es tan dura con las mujeres que se divorcian de sus maridos.

—¿Su Señoría no ha estado viajando en landó, con el brazo apoyado en la puerta, mientras se asomaba para hablar con alguien... —Las manos de Lady Queensberry apretaron los brazos de su sillón y las uñas rosas se volvieron blancas—... y de este modo adquirir un poco de barro de Londres donde la manga sobresaldría del coche?

—Si hubiese usted vivido hace unos cuantos siglos, habría sido quemado como una bruja.

—Hechicero es el equivalente masculino. El mundo está lleno de cosas obvias que solamente observo yo. Con las damas, siempre observo primero sus mangas.

—Es inútil intentar engañarle, señor Holmes.

—Desde luego, si es una cuestión personal que sólo atañe a Su Señoría...

—Más bien al contrario. Es una cuestión que le atañe a *usted*.

Holmes difícilmente podría haberse sorprendido menos que yo, pero su comportamiento fue despreocupado.

—Tanto más lógico me parece que debería estar enterado de ello, y de este modo podría liberar a Su Señoría de la carga.

La esperanza y la discreción lucharon en su hermosa cara. Después dijo:

—Es terrible ver que un acontecimiento espantoso se prepara ante tus ojos, viendo claramente hacia donde conduce, y ser incapaz de impedirlo. He vivido en un valle de terror, sabiendo que cualquier día podía ocurrir algo espantoso.

—¿A quién?

—A usted. —Los ojos gris acerado de Holmes eran inescrutables—. Desde que Lord Queensberry se enteró de su amable ayuda hacia mí, se ha comportado como un loco. La última vez que hablé con él me dijo: «Sherlock Holmes no se ha hecho ningún bien, porque he destrozado a hombres mejores que él». Y en una de sus cartas, no se puede imaginar qué cartas, escribía: «Veré a ese hombre en el barro con mis pies sobre su maldita cara».

—Mi querida Lady Queensberry, siempre estoy en guardia.

Lady Queensberry movió la cabeza tristemente.

—Estoy convencida de que ha puesto en marcha una conspiración monstruosa y de que querría atormentarme tanto con los preparativos como con el hecho en sí. Esto llegó ayer —cogió un libro color verde bilioso—, y esta nota venenosa hoy.

Holmes echó una ojeada a la nota y después me la arrojó desdeñosamente. Alcé mis cejas ante el mensaje garabateado: «Para Sherlock Holmes: ¡Muerte! ¡O algo peor!»

—¿Qué puede haber peor que la muerte? —señalé con perplejidad.

—Si nadie puede imaginárselo, Lord Queensberry sí podrá. Me viene a la memoria otra cosa que dijo: «No sólo voy a ajustarle las cuentas a Sherlock Holmes, sino que haré algo *más* que asustárselas». ¿Puede explicármelo?

—Agradecería no verme obligado a ello —dijo Holmes despreocupadamente.

Supe que estaba pensando en las palabras de Wilde: «Usted siempre estuvo por encima de su situación en la vida».

—Mi marido es cazador. Le he visto perseguir a su presa con inexorable energía hasta dar con ella en tierra para que sus sabuesos la hicieran trizas. Le veo como al cazador, y a usted...

—El zorro, Señoría, un animal astuto por derecho propio, y se sabe que con frecuencia burla al cazador.

Durante un brevísimo instante, el alivio iluminó el rostro de Lady Queensberry, para sumirse otra vez en el dolor.

—Cuando decidí sufrir la inimaginable ordalía del divorcio, tuve la esperanza de enterrar el pasado y recuperar mi propia vida. Pero Lord Queensberry todavía me persigue. Hace gala de su ateísmo y del amor libre como si desafiara a la Sociedad para que le llamara al orden. Pero si se lleva a cabo alguna pesquisa policial acerca de esto, no sé cómo sobreviviré.

—Su Señoría ha superado toda esta situación insoportable. Pero, ¿por qué le envió *Victorian Scandals* de Langdale Pike?

—Por el capítulo sobre su familia, «El viejo Q», con sus amantes y el juego; el padre de Lord Queensberry con sus pérdidas en el juego y la muerte por su propia mano; el hermano de Lord Queensberry, muerto por su propia mano de aquella horrible manera; mi hijo Francis, muerto de un disparo entre horribles rumores de autodestrucción. Todos los sórdidos detalles de nuestro matrimonio: mi abandono por parte de Lord Queensberry para perseguir sus obsesiones con el boxeo, la caza y los caballos; su petición de que aceptara un *ménage à trois* con la mujer que trajo a nuestra casa en Ascot Week; incluso su matrimonio con una chica de diecisiete años y su abandono el día después de la boda. —La noble dama miró implorante a Holmes—. ¿Cómo podemos soportar mis hijos y yo leer que nuestra familia es «una con la cual el matrimonio es horrible y la amistad funesta, y que se mata a sí misma o a aquellos a los que ama»?

—¿Y Lord Queensberry...?

—¡Se vanagloria de ello! Porque me causa dolor. Por eso me lo envió a mí y a sus hijos, que le llaman «ese bruto» y han tomado partido por mí en la separación. Ha escrito tales cartas a la mujer de Percy, que Percy se ha peleado con él en la calle. Y a mi querido Bosie, a quien siempre he amado y protegido más que a mis otros hijos. ¿Puede imaginar los sentimientos de un joven al que su padre le escribe: «Me pone enfermo oírte decir que eres mi hijo. Pero además, nunca creí que fueras realmente mi hijo»?

—Pero, sin él, la casa estará más alegre —aventuró Holmes.

—Fue una casa más alegre con él, al principio, cuando me llevó a vivir a la casa de Kinmount. —Levantó la cabeza y tuve una visión de la joven vivaz y orgullosa

que en un tiempo fue—. Era un joven lord, heredero de una propiedad inmensa, amable, un príncipe de las carreras de caballos y del boxeo. Pero no compartía ninguno de mis intereses: el arte, la música y los viajes. Apenas paraba en casa y yo estaba enteramente ocupada en el cuidado de mis hijos, a los que él veía rara vez. Pienso que mi querido Bosie sería un hombre mejor si no se hubiese sentido odiado y abandonado por el padre al que adoraba. Pero también, mi marido podría haber sido un hombre mejor si su padre no se hubiera matado cuando Lord Queensberry no era más que un niño. ¡Cuántos de los suplicios del mundo son causados por familias infelices, y qué terrible es cuando producen la locura! Un destino oscuro recorre nuestra familia, un círculo de sufrimiento, violencia y miedo.

La voz de la noble mujer atormentada se desvaneció en un silencio pensativo, durante el que reflexioné acerca de la anomalía de que siendo una mujer, probablemente con el organismo más sensible, pudiera exhibir todavía tal fortaleza mental y de carácter.

—Su Señoría no debe atormentarse —dijo Holmes—. Lord Queensberry es uno de esos hombres que han traspasado su verdadera generación. Debería haber sido un petimetre en tiempos de la Regencia...

—Ahora ha vendido Kinmount —continuó tristemente Lady Queensberry—. Vive una existencia incómoda y sin sentido en los hoteles e hipódromos de Londres.

—El comportamiento de Lord Queensberry presenta tendencias hereditarias de lo más diabólico. Todos hemos nacido con una determinada naturaleza y la naturaleza propia aflorará. Perdóneme por parecerme a Oscar Wilde.

El efecto del nombre de Wilde fue extraordinario.

—¡No me mencione ese nombre!

Tal respuesta acobardó al propio Holmes.

—Perdóneme. Tenía entendido que era amigo de Su Señoría.

—Él no tiene amigos, sólo aduladores. Todo el mundo le teme y le complace; tiene una lengua viperina. Un hombre lamentablemente dividido, incapaz de conciliar su goce de los privilegios y placeres de la aristocracia con su simpatía sensiblera hacia las clases más bajas. *El alma del hombre bajo el socialismo*. ¡Claro! ¿No tenemos alma, *nosotros*, que alimentamos su ego atrozmente inflado? Es como esos políticos que votan a los liberales y cenan con los conservadores. Respecto a sus puntos de vista peculiares sobre la moralidad, Bosie dice: «El alimenta mi alma con la miel del pensamiento agridulce». Bosie compara su «amistad» con la de Platón y Sócrates, David y Jonatán, Shakespeare y Willie Hewes. Bosie... —Mis oídos captaron los tonos inconfundibles de la angustia de una madre— dice que ya se había formado esas ideas antes de conocer a Wilde. ¿Cómo *pudo* hacerlo?

Con el mayor tacto, Holmes señaló:

—Ya veo por qué Su Señoría no quiere recibirle en sociedad.

—Usted no tiene hijos, señor Holmes, y no puede imaginarse que eso no haría más que reafirmar la resolución de permanecer juntos. Le recibí con el fin de rogarle que moderase su «amistad», al menos en público, antes de que la reputación de mi hijo quedase irremediadamente dañada. Además, está la mujer de Oscar. Estoy más cerca de ella que la madre de Oscar, y me da lástima porque no se imagina la relación que existe entre ellos. Ella quiere a su marido ciegamente, hasta la muerte, y me apena pensar en las duras pruebas a las que tendrá que enfrentarse. Pero, en cuanto a Oscar Wilde, ese bruto que ha acabado con el alma de mi hijo... —la voz de Lady Queensberry fue subiendo hasta un crescendo terrible—, ¡me gustaría matarlo!

Se abrió la doble puerta, revelando una grotesca figura de rostro sonriente.

—Los viajes acaban en encuentros entre amantes —dijo Wilde, irrumpiendo en la habitación—. Parecen sorprendidos. Soy un visitante habitual de esta casa. Me gusta particularmente esta habitación; el papel de las paredes hace resaltar mi cabello. La mayoría de las mujeres de Londres decoran sus habitaciones con orquídeas, extranjeros y novelas francesas. Pero aquí tenemos la habitación de una dulce santa: flores frescas, cuadros que se pueden contemplar sin sonrojarse, libros que no nos sobresaltan... excepto éste. —Señaló un grueso volumen—. «Después del Rey Isabel, tenemos a la Reina Jaime». Cuando pienso en el mal que ha hecho este libro, pierdo la esperanza de escribir uno igual.

—Oscar —dijo Lady Queensberry—, si mis plegarias fueran atendidas...

—Las plegarias nunca pueden ser atendidas. Si lo fueran, dejarían de ser plegarias y se convertirían en una correspondencia. —Wilde blandió un fajo de cartas—. He estado leyendo las últimas cartas del Marqués Loco a Bosie: «Miserable» se escribe con *be* y «reptil» con una *pe*. Su confesión de que «ha cometido un crimen al traer al mundo una criatura así» puede ser utilizada como prueba si alguna vez lo llevan a los tribunales. Escribe igual que habla: con jeroglíficos púrpuras. —Wilde revolvió los papeles—. En cuanto a las cartas que le dirige a usted, obviamente su composición le produce gran deleite, y en casi todo deleite halla su lugar la crueldad. Con Lord Queensberry la vulgaridad empieza en casa: te conduce a la letrina y te encierra en ella. ¿Querría leerlas, señor Holmes?

—No sé si conciernen al censor o al fiscal.

—Ambos las considerarían dentro de su jurisdicción. ¿Nunca se ha encontrado con el Aullante Marqués Escarlata?

—Sólo con el rastro de sus infamias, que he seguido.

(A este respecto, le llevo ventaja a Holmes. En el Bar Criterion, donde se reúnen los aficionados a las carreras de caballos, una vez fui abordado por un hombre con ropa vulgar y modales toscos. Al saber que yo había escrito «La Aventura de Estrella de Plata», insistió en hablar del famoso antepasado del caballo, a quien llamó «Isomdomy». Cuando más tarde pregunté quién era, me dijeron: «Es el jinete más

temerario de Inglaterra, el Marqués de Queensberry»).

Wilde informó a Holmes:

—Parece más un mozo de cuadra que un noble Lord, con su labio torcido y su estúpida sonrisa, como un personaje de una leyenda rural. En su juventud se entregó a todos los vicios decentes con un celo que le situaría entre Gilles de Rais y el Marqués de Sade, pero en su madurez exhibe la decadencia de una depravación realmente notable. Y esas son las opiniones de sus *amigos*.

—No le puedo permitir que hable de ese modo de Lord Queensberry —reprobó la gentil dama—. Yo nunca le critico delante de mis hijos; es su padre. Usted es padre y puede entender que ningún padre quiere ver que su hijo se descarría.

—Todos lo hacemos. ¿Debemos discutir cuestiones domésticas delante de extraños?

—El señor Holmes goza de mi entera confianza. No sé cómo ha llegado a conocerle. Bosie solamente me dijo que usted iba a ir a mediodía al Hotel Buckingham Palace. Pero conozco el peligro que corre el señor Holmes y le he advertido. Gracias al primo de Bosie, también sé que Lord Queensberry está preparando alguna jugarreta para la noche del estreno de su obra. Ya lo ve, señor Holmes, somos una casa dividida contra sí misma, con espías en cada uno de los dos bandos.

—Hoy en día ya no sirven de nada los espías —dijo Wilde—. Su trabajo lo hace la prensa.

—No debería bromear sobre esto. Usted conoce las cartas insultantes de Bosie a su padre.

—Son firmes réplicas a sus cartas insultantes.

—Cuando escribe a su padre: «Qué hombrecillo tan cómico eres», ¿no cree que lo único que hace es azuzar a un hombre peligroso? Los dos tienen en la sangre el amor al escenario y a la tragedia. Ambos están imbuidos de egolatría, autocompasión, arrogancia y temperamento violento, y en ellos, el amor y el odio están tan mezclados que no creo que conozcan la diferencia. ¿No se da cuenta de que Bosie lo defiende a usted a riesgo de su vida? Usted conoce las habladurías a las que ha dado lugar su «amistad».

—Del séquito que rodea al Marqués: parásitos aficionados a los caballos, boxeadores de guardarropía, vulgares jugadores y ayudas de campo afeminados, que envenenan su mente.

—Algún día Bosie deberá ocupar su puesto en la sociedad, en vez de llevar una vida de ocio y autocomplacencia.

—Desde que va conmigo ha abandonado el juego y las carreras de caballos...

—Para sustituirlos por las interminables comidas en el Café Royal, donde usted fomenta su vanidad y su extravagancia.

—No le puedo permitir que hable así de Bosie.

—¡No me lo puede permitir!

—Le digo: «Nadie tiene derecho a ser poco amable con su madre».

—¡Gracias por defenderme ante mi hijo!

—Puede que tenga que defender a Lord Queensberry de su hijo, ahora que Bosie lleva una pistola que no vacilará en utilizar. Se le disparó en el Berkeley y yo intenté advertirle de que cualquier arma que pueda utilizar contra su padre podría ser tan peligrosa para él mismo como para otras personas inocentes. Estoy atrapado entre ambos...

—En una trampa de su propia invención. No le estoy pidiendo que rompa su «amistad». Solamente le advierto, como lo hago con Lord Queensberry, para que sea más discreto.

—No querría que se me comparase con él, ni quiero oír nada más en contra de Bosie.

Lady Queensberry tocó la campanilla.

—Muy bien. Ya se lo he advertido, igual que se lo he advertido al señor Holmes. Los dos corren un peligro terrible. Cada uno debe usar su propio parecer... o carencia de él.

—No necesitamos abusar de la paciencia de Su Señoría por más tiempo —dijo Holmes.

—Ha sido un placer volver a verle. —Se abrió la doble puerta y Lady Queensberry se dirigió hacia ella—. Oscar, dígame a Constance que la esperaré en mi recepción. Y a usted también, si no está jugando al golf. —Cuando Lady Queensberry se dirigió hacia nosotros desde la puerta, pensé que jamás había visto una presencia tan regia—. Señor Holmes, espero que comprenda que tiene todo el derecho a protegerse. Pero por mucho daño que me haya hecho Lord Queensberry, no le deseo a él ninguno. Cualquier sufrimiento que se le cause será un sufrimiento para mí, y cualquier desgracia que caiga sobre su cabeza redundará sobre la mía y las de mis hijos. Confío en su discreción. —Y mirando fijamente a Wilde, añadió—: Y Oscar, por favor, medite sobre esto: por muy doloroso que sea tratar con el Marqués de Queensberry, piense que mucho más doloroso es *ser* el Marqués de Queensberry.

A través de un húmedo velo que descendió sobre mis ojos, observé desaparecer su regia figura a través del umbral y cerrarse la doble puerta tras ella.

7.

Una invitación privada

—Es difícil tocar la pureza sin mancharse —señaló Wilde cuando salimos a la calle — Lady Queensberry es demasiado gentil y bondadosa para el *rôle* que la vida le ha asignado. El mundo es un escenario, pero los papeles de la obra están mal repartidos.

—Por favor, recuérdelo —dijo enérgicamente Holmes—, cuando se sienta tentado a denigrar a la aristocracia. Son nuestro baluarte contra la decadencia inglesa; nos recuerdan nuestro deber.

—¿Le ha dicho alguien, señor Holmes, que es *plus royaliste que le roi*?

—¿Le ha dicho alguien, señor Wilde...? —Holmes irradió una ira tal que temí un desagradable enfrentamiento.

—¿Qué hora es? —pregunté rápidamente. Holmes se giró y se alejó a grandes zancadas hacia Sloan Square.

—No tengo reloj —respondió Wilde—, y el sol siempre lleva horas de adelanto. Confío en la poco fiable luna.

Me apresuré tras Holmes, que se había detenido en la plaza una vez agotada su ira.

—Quiero hablar con usted, Watson. —Me cogió del brazo y me condujo, hablando con una emoción apenas disimulada—. De todos nuestros casos, no hemos tenido ninguno más fantástico que éste. Poseemos algunas cartas y empiezo a tener una pequeña percepción de la verdad. Este caso Queensberry, como el del amigo de Wilde, puede resultar más sutil de lo que sospechaba.

—¡Hola, chicos! —Cuando Holmes y yo íbamos andando, un hombre extravagantemente vestido había entrado en la plaza y se había quedado observándonos. Ahora avanzaba hacia nosotros—. Hola, chicos. Una pareja bien parecida. Puedo ver que ustedes son mis hombres y yo el suyo, ya saben lo que les digo. —Nos extendió unas tarjetas de visita—. Represento a la Casa íntima de Charles Second Street: ambiente agradable y cómodos catres para retozar, gente guapetona para todos los gustos, elegantemente vestida o completamente desnuda. Actuaciones en directo todas las noches, para que corra la savia, ya saben lo que les digo.

La tarjeta llevaba una dirección y el texto *Poses Plastique*. Pregunté qué significaba aquello, arrepintiéndome inmediatamente de haber hecho la pregunta, cuando el hombre representó una serie de posturas como un forzudo exhibiendo su físico, tapándose con la mano sus partes pudendas. Abrió los dedos y guiñó un ojo.

Arrojé la tarjeta al suelo.

—¡No puedo creer que esto ocurra en Londres!

—Muy bien, señor. Usted no es evidente, pero se le ve la pluma. —Se dirigió a Holmes— Cuando le entre el deseo, olvide Hyde Park y las pistas de patinaje, y especialmente el bar del St. James. Traiga a sus íntimos a la Casa Intima. Su deseo y un poco de pasta... Nosotros somos el lugar donde gastará las dos cosas, ya sabe lo que le digo. Encantado de conocerle. Y si no le molesta un consejo dado con buena intención, sean más discretos al cogerse del brazo. Hace que los de la otra clase se pongan nerviosos.

Se alejó despacio, casi chocando con Wilde, que nos había seguido hasta la plaza.

—¡Holmes, esta ciudad de Londres no es más que una cloaca de corrupción!

—Están de suerte —dijo Wilde, acercándose hasta llegar donde estábamos nosotros—. Pero le aconsejo que no use esas tarjetas; no tiene aptitudes.

—Pienso que podemos seguir esta investigación mejor sin sus comentarios —dijo Holmes—. Cazamos por parejas, no por tríos. Y si nos encontrásemos en público...

—Tendré la bondad de no manifestar que nos conocemos. ¿Vendrán conmigo a comer al Café Royal? Lo encontrarían provechoso. ¿No? Entonces les dejaré que «cacen por parejas». Espero que encuentre a su hombre.

—La afabilidad de algunas personas —dijo Holmes cuando desapareció el coche de Wilde— es más mortífera que la violencia de caracteres más toscos.

—¿Dónde vamos ahora? ¿A Charles Second Street?

—Me imagino que con el tiempo mis investigaciones se dirigirán en esa dirección, pero por el momento tengo que hacer unos pocos recados insignificantes, y usted no viene.

—Entonces, usted no va.

—No hay amenaza de peligro; si la hubiera, no me movería sin usted. A la hora de la acción, solicitaré su ayuda. Sarasate toca esta noche en el St. James. ¿Nos fiaremos el uno del otro hasta entonces?

Engañado por el tono casual de Holmes, y acobardado ante sus modales autoritarios, asentí.

—Pero no estaré satisfecho —le dije después— hasta que no le vea de vuelta en Baker Street... —y añadí, con un súbito presentimiento—: sano y salvo.

8.

Sucesos callejeros

Un poco después, aquella misma tarde, los londinenses se asombraron de ver a un caballero de mediana estatura y complexión robusta corriendo Baker Street abajo, agitando sus manos al paso de los coches de punto y maldiciendo en voz alta cuando los conductores fustigaban a los caballos para poner distancia entre ellos y un aparente lunático. Pero no debo adelantarme a los acontecimientos. Como dice Holmes: «Las cosas se deben hacer con orden».

Después de que Holmes me dejara en Sloane Square, pasé varias horas en el ventanal delantero de mi club de Pall Mall, leyendo periódicos y observando el caleidoscopio siempre cambiante del gran Londres artesanal. Pero mi mente estaba tan turbada por la preocupación por Holmes que me dirigí a los baños turcos.

Stamford, mi joven ayudante en el Barts, cuando era cirujano interno, me había hecho aficionarme a los baños y más tarde, cuando me licenciaron por invalidez en Afganistán, destrozado en cuerpo y alma y sintiéndome solo en la gran ciudad, a menudo iba allí para disfrutar de la compañía de hombres que estaban tan faltos de amistad como yo. Hice que Holmes se aficionara a los baños durante uno de esos periodos en los que la presión de casos difíciles tensaba tanto su constitución que yo temía una crisis. En principio, se negó, como hacía siempre ante cualquier sugerencia de que sus energías eran limitadas y que debía dosificarlas. Pero le convencí explicándole que el baño turco es lo que los hombres de medicina llamamos una alternativa; un punto de partida nuevo, un depurador del sistema. Esta idea caló en su mente metódica.

Una vez probado, lo encontró placentero, y poco después los dos íbamos tan a menudo a Nevill's que Holmes se refería jocosamente a nosotros mismos como los Compañeros del Baño.

Con gran satisfacción, descubrí que no solamente era terapéutico para su sistema, sino también beneficioso para nuestra amistad. Mientras fumaba en la placentera lasitud de la habitación de secado, tumbados el uno al lado del otro en dos canapés, parcialmente tapados por una toalla, se volvía menos reticente y más humano que en ningún otro sitio. No hay un lugar mejor que el baño para conocer a un hombre.

En esta ocasión, no obstante, sin Holmes a mi lado, no sentía ninguno de sus beneficios tranquilizadores, de modo que salí y caminé por Northumberland Avenue abajo hacia la parada de coches junto al quiosco de periódicos de Trafalgar Square. Casi había llegado cuando, desde un coche que pasaba, oí la inconfundible voz de

Wilde que decía: «Pare en ese quiosco». Aunque no me había visto, en un instante descendería y me sometería a otro discurso interminable. Buscando una escapatoria, me di cuenta de que los edificios de al lado del quiosco, que aparentemente estaban siendo restaurados, estaban separados de la acera por una valla de toscas tablas, algunas de las cuales estaban sueltas. Movido por un impulso, pasé a través de una puerta improvisada.

—¿Tiene periódicos de la tarde? —preguntó Wilde al quiosquero.

—Llegarán de un momento a otro, señor —contestó una voz juvenil.

Llegados a este punto, me había dado cuenta de la estupidez de mi situación, porque mis esperanzas de que Wilde se fuera enseguida quedaron hechas trizas.

—¿No le he visto con Alfred Taylor? —preguntó la voz juvenil.

—Tomo té en sus habitaciones de Little Cottage Street.

—Ése es un vecindario muy escabroso, ¿no, señor?

—Quizá. Está muy cerca de las casas del Parlamento.

—¿Es cierto que tiene dobles cortinas en las ventanas, de modo que la luz no penetra nunca, y que siempre hay perfume ardiendo?

—¿Dónde ha oído eso?

—Me lo dijo Charlie Parker, el criado de un caballero. Taylor le dijo a Charlie que podría conseguir dinero de cierta forma, si quería.

—Cenamos en Kettner. A Charlie le encantan las botellas heladas de «chico».

—¿«Chico», señor?

—¿No ha oído llamar «chico» al champán?

—No puedo imaginar por qué.

—Quizá porque se comportan de la misma forma cuando sacas el corcho...

—Muy bien, señor. Fred Atkins me dijo que iba a París con usted para encontrarse con un sobrino de la esposa del Subfiscal de la Corona.

—Supongo que será verdad, si se lo ha dicho.

—Walter Grainger dijo que usted le había dado una pitillera de plata.

—Los chicos de su clase fuman mucho. ¿De qué otra manera podría llevar sus cigarrillos? Parece perplejo.

—No somos de la misma clase social que usted.

—A mí no me importa de qué clase social sea una persona, cuando está asociada conmigo.

—Ésos no son los principios habituales de su clase, señor.

—A mí me gustan más las personas que los principios, y más que nada me gustan las personas sin principios. ¿Por qué estas preguntas?

—Estoy sin un penique. No tengo dinero, pero gasto mucho, ya sabe lo que quiero decir. Si un caballero se encaprichase de mí, sería muy simpático.

No podía dar crédito. Sabía que había chicos en Londres que estaban

involucrados en actos inmorales, pero nunca imaginé que nadie los solicitara. Atrapado, no tenía otra elección que escuchar y descubrí que, poniendo mi ojo en un agujero, podía verlo todo, menos el interior del quiosco.

—Me gustan los jóvenes modestos y de apariencia amable, y usted tiene unos modales muy agradables. Pero yo no recluto.

—Es sabido que soy «así».

—Usted no es del tipo de los que acaban suplicando que le compren unas botas.

—Atkins dice que a usted no le importa lo que paga si se encapricha de un tipo.

—Hola, chicos.

La nueva voz, que llegaba desde más allá del quiosco, era de mujer. Pude verla moviendo los ojos: una mujer de la calle, con adornos de oropel y una boa raída alrededor de su cuello. Se dirigió a dos hombres que venían desde el baño:

—¿Queréis compañía, chicos? Precio especial para tríos.

Los hombres se cogieron del brazo y pasaron delante de ella.

—¿Por qué no prueban algo diferente? —les gritó al pasar con una voz pastosa que revelaba los efectos de la bebida.

Entonces cambió su camino entre el tráfico y se dirigió hacia nosotros. Su cara era juvenil, pero tan ajada por el pecado y las penas que se podían leer en ella las terribles huellas que habían dejado los años.

—Hola, chico —saludó a Wilde. Y después—: ¡Oh, cielos, otro más! Se reproducen como conejos. ¿Cómo se lo *hace*?

—¿Perdón? —dijo Wilde cortésmente.

—Si todo el mundo se vuelve maricón, ¿de dónde sacará los niños que recluta?

—Mi querida señora...

—No soy la «querida» de nadie. ¿Por qué no prueba algo nuevo, guapo?

—Ya lo he probado —dijo Wilde amablemente—. Era como el asado frío.

—¡Guau! ¡Qué cosa tan fina para decírselo a una dama!

—A una dama no se lo diría —dijo Wilde con sus modales más encantadores—, pero sí a una mujer que me está injuriando.

—Podría enseñarle libros sobre injurias, guapo, empezando por el que mi propio padre me leía antes de que yo aprendiera el alfabeto. Pero hay leyes que protegen a las gentes decentes como nosotros de los de vuestra calaña.

—Buenas tardes, agente —llegó la voz de aviso del chico del quiosco.

—Señor, ¿le está molestando esta mujer?

—No había reparado en ella.

—Esto es la permisividad liberal. Incluso el Primer Ministro iba detrás de ellas. Muévase, señora.

—Me voy a cenar con un nuevo amigo al Kettners —dijo Wilde—, en Church Street, ¿no?

—Lo conozco bien, señor —llegó la voz del chico del quiosco.

—Llegaré a las nueve. Dese prisa, cochero, por favor.

—Voy a arrear a la vieja yegua —gritó el cochero.

Cuando el coche arrancó y el policía se marchó Northumberland abajo, quise irme. Pero la mujer se quedó conversando con el chico del quiosco y, aunque escuchar voluntariamente podría resultar indigno, pensé que no sería indiscreto mientras no hiciera un esfuerzo especial para escuchar. De nuevo puse mi ojo en el agujero.

—¡Guau! Otra carga de dinamita, ya veo. Es malo para mi negocio. ¿Cómo van los tuyos, chico?

—No muy bien, Emma.

—Es muy duro ser honesto, ¿verdad? ¿No te vas a echar atrás?

—Haré lo que tenga que hacer, como todo el mundo.

—¿Te gusta mi boa nueva? Es de un admirador de Whitechapel. Dice que le gustan mis mejillas sonrosadas. ¡Oh, no!

—¿Difundiendo la doctrina en el Dilly, Charlie? —saludó el chico del quiosco.

—Trayendo la buena nueva a los creyentes —dijo el hombre que nos había hablado a Holmes y a mí—. Buenas tardes, Emma.

—No me des las buenas tardes. Si no estuvieras por aquí, alguno de esos vendría conmigo.

—No es probable. Nuestros clientes no serían tan felices contigo como los tuyos con nosotros. Hay para todos, así que vive y deja vivir.

—Eso vale para ti, que tienes un sueldo del Jefe. Yo tengo que alimentar a una familia.

—Si quieres criarlos, luego tienes que alimentarlos. Mejor no empezar la cadena.

—¡Eso es lo que piensan los de tu calaña! No cambiaría mis pequeñines por vuestras ropas elegantes y vuestra buena comida. Y no criaré ni educaré a mi pequeña para la calle, como hicieron conmigo.

—¿Cómo van los negocios? —preguntó el chico del quiosco.

—Habríamos hecho una gran fortuna si no tuviéramos que pagar a ya sabes quién. Los que gritan «¡Qué vergüenza!» en público, son los primeros en poner la mano para que les den una propina. Esta noche tenemos un nuevo espectáculo, maravillas con grandes talentos, ya sabes lo que te digo. Pásate por allí y los verás. Y buena suerte, Emma.

—¡Mala suerte para ti y para los de tu ralea! —exclamó la mujer—. Lo siento, amor. Es tan duro criar a los chavales... Si mi marido no se hubiera muerto en la cárcel... ¡Ay!, ¿por qué hablamos de cosas tristes? Chao, chico. Ven a ver a los chiquillos cuando tengas un ratito.

La mujer desapareció momentáneamente de mi vista. Entonces, una de las tablas

cedió y el olor de pachulí agredió mi olfato.

—¡Hola, chico! Me había parecido que algo se movía por aquí. ¿Por qué no sales? Págame una ginebra y te haré feliz.

—No, muchas gracias.

—¡Agh! Otro más. Ésta es mi noche. Vuelve por aquí cuando te decidas, guapo.

Antes de que cualquier otra cosa me lo impidiese, salí de detrás de la valla y llamé a un coche. Nunca me había parecido tan largo el trayecto desde Trafalgar Square, pero mi espíritu renació cuando giramos por Baker Street, porque sabía que Holmes estaría esperándome en casa.

Hasta que no me giré para pagar al cochero y se hubo marchado, no vi, en el escalón más alto, el espectáculo más desolador que se puede imaginar: el pequeño Billy, con el rostro lleno de lágrimas, estrujando un periódico arrugado.

—Le han matado, señor —sollozó.

—¿Quién? —pregunté estúpidamente, con mi corazón pugnando por salirse del pecho.

—El señor Holmes, señor. Ha muerto.

9.

Un simón afortunado

Le arrebaté el periódico y devoré con horror los titulares:

SHERLOCK HOLMES SALVAJEMENTE GOLPEADO
AL BORDE DE LA MUERTE
EN EL HOSPITAL DE CHARING CROSS

Por segunda vez en mi vida, la tierra parecía tambalearse, pero esta vez no me desmayé. Al ver que no había ningún coche en la parada, me marché andando por mi cuenta por el camino que habría seguido mi coche. Habían pasado dos décadas desde que fui capitán del equipo de rugby de Blackheath, y siete años desde que Holmes y yo perseguimos al sabueso fantasma, así que descubrí con consternación que mis hábitos sedentarios me habían dejado apenas sin aliento. Enseguida me vi obligado a ir más despacio y después, avisado por los ominosos dolores de pecho, tuve que pararme, mirando en vano a mi alrededor. Ningún coche se detenía en respuesta a mi frenética agitación, y no me quedaba ninguna esperanza de que el que se aproximaba lo hiciera. Ante mi sorpresa, las puertas se entreabrieron y una voz aflautada preguntó:

—¿Puedo ayudarle, doctor Watson?

—¡Hospital de Charing Cross! ¡Cuestión de vida o muerte! —exclamé.

Sólo cuando íbamos volando hacia Charing Cross, reconocí a mi benefactor. Era del tipo exquisito, de nariz respingona y grandes ojos y, como de costumbre, me recordó a una criatura venenosa y resbaladiza. Era Langdale Pike.

Desde que Holmes y Pike habían sido estudiantes en Cambridge, Pike había proseguido una activa carrera de actor bajo el nombre de Brookfield, mientras hacía ingresos de cuatro cifras por los párrafos con los que cada semana contribuía a los periódicos sensacionalistas. Holmes ayudaba discretamente a Pike en la adquisición de información, y ocasionalmente él le había devuelto el favor. Me disgustaba profundamente el hombre porque violaba la conducta propia de los caballeros. Desde que publiqué mis primeras crónicas de los casos de Holmes, yo había rechazado ofertas teatrales para que nos representaran en el escenario. Imaginen mi indignación cuando Pike escribió una «extravaganza» en la que nos caricaturizaba, con Pike haciendo de Holmes.

—Mi querido doctor Watson —dijo con su voz lánguida y afectada—, ¿puedo

preguntarle qué pasa?

Sin decirle una palabra, le pasé el periódico.

—¡Ay! Los mejores planos... por supuesto me refiero a los del señor Holmes. Usted tiene que estar destrozado, siendo un amigo tan *íntimo*.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Solamente —dijo con una sonrisa viperina— que estoy seguro de que sería feliz volviendo a vivir con Sherlock, después de su matrimonio, más convencional.

—¡Mi esposa murió, señor! —respondí con la voz rota.

—De todos los fantasmas, los fantasmas de nuestros viejos amores son los peores. Pero veo una entrada de Nevill en el bolsillo de su chaleco. ¿Ha estado divirtiéndose en los baños? Es tan cómodo como el bar del St. James, ¿no?

—¿Qué sabe del St. James? —pregunté alarmado.

—Sólo —dijo con una risa sofocada— que es tan... *así*...

—No tengo la más remota idea de qué quiere decir.

—Creo que no... pobre hombre.

Encima de mi cabeza se abrió de repente la escotilla y se asomó la cara jovial de nuestro conductor.

—Charing Cross, señor. He batido todas las marcas desde Naker Street.

—Llévese el coche —dijo Pike—. Tengo que ver a un amigo en este vecindario para contarle lo de Sherlock.

Las emociones pugnaron dentro de mí, pero la cortesía triunfó. Con unas gracias apresuradas y una orden a nuestro conductor: «¡Espere! ¡No importa el tiempo!», me abalancé hacia la puerta del hospital.

—Acaba de salir del quirófano, señor, habitación C-33. ¡Espere, señor! ¡No puede pasar! ¡Llamaré al Director!

Salté por el suelo encerado y subí las escaleras. Ante la puerta marcada con C-33, reuní valor y abrí.

¡Cómo podría olvidar nunca aquella visión! Un grupo de doctores alrededor de la cama y, en el centro, la cara blanca y ojerosa de mi amigo, con la cabeza rodeada de vendajes con manchas púrpuras.

—¡No puede entrar ahí! —llegó una voz a mis espaldas, y después—: Vaya, es Watson.

—¡Stamford! —exclamé, reconociendo a pesar de un formidable bigote a mi antiguo ayudante en Barts—. No sabía que estuviera aquí.

—De director, desde el mes pasado. Sus noticias están atrasadas.

Me disculpé, conteniendo mi irritación ante los pomposos modales, tan distintos de los del joven al que había conocido dos décadas antes.

—Es usted bien recibido —añadió con una condescendencia extravagante—, aunque lo tenemos todo controlado: contusión, posible conmoción cerebral, pequeña

pérdida de sangre, shock... las cosas habituales que sufre alguien a quien han aporreado.

Desde la cama llegó un gemido apagado.

—Está repitiendo su nombre —dijo un médico.

Me incliné sobre la cama.

—Holmes, soy yo... Watson.

Fui recompensado con una leve sonrisa de reconocimiento.

—A casa... lléveme a casa.

—Pero Holmes, no está en condiciones de...

—¡A casa! —se oyó la voz apremiante, y ante el horror de todos, la cadavérica figura se esforzó por sentarse, apoyándose trabajosamente en las manos. Me miró suplicante.

—¡A casa!

Todo mi instinto médico se rebelaba al pensarlo, pero incluso en los casos extremos, la personalidad fuerte, autoritaria de Holmes, predominaba.

—Imposible —dijo Stamford—. Nuestra responsabilidad...

—Yo asumiré la responsabilidad. —Me oí a mí mismo, tan apremiante como Holmes—. Soy su consejero médico.

—¡Esto es una locura! —El bigote de Stamford se estremeció como el de una rata almizclera, pero mi corazón saltó cuando me di cuenta de que había ganado—. Venga a mi despacho. Hay que firmar algunos formularios.

«Algunos» era una increíble metáfora, concluí, cuando me tendió uno más y declaró con aire de suficiencia:

—Son idea mía, basadas en mi observación de la mala gestión del doctor Mortimer cuando era cirujano residente. Me permiten ejercer el control absoluto.

No atreviéndome a hacer ningún comentario, me enfrenté a los restantes documentos que reflejaban tristemente la corrupción a la que había conducido el poder absoluto a alguien que parecía tan lleno de posibilidades de ayudar a la humanidad. La necesidad de ganarnos la vida nos fuerza a todos a tomar decisiones terribles y, a menudo, a traicionar lo mejor de nosotros mismos.

En la puerta de entrada encontré a Holmes, atendido por nuestro conductor, un hombre enorme con un rostro sonrosado y un bigote heroico que le daba la apariencia de un benévolo león marino.

—¿Por qué no me dijo a quién estaba esperando? —preguntó—. Es un gran honor conocerlos a los dos. Mi mujer y yo hemos leído todas sus historias en el *Strand*.

—Tenemos que llevar a casa al señor Holmes inmediatamente.

—Desde luego, señor —dijo tocándose el flequillo como suelen hacer los de su clase.

Con una ternura que difícilmente podría haberse esperado de su apariencia,

levantó a Holmes como si cargara con una pluma y lo llevó escaleras abajo hasta el coche.

—Conozco la dirección como si fuera la mía, señor.

Mientras recorríamos nuestro camino, la puerta se abrió encima de la cabeza y, mirando hacia abajo desde su asiento, parloteaba:

—Buenos vehículos, estos simones. «Las Góndolas de Londres», los llamó el viejo Disraeli. Antes he estado al servicio de nobles. Llegamos a Londres y en cuanto los vi, me dije: Harry (ese es ni nombre, Harry Baskerville), ésta es la vida que te conviene. Y nunca me arrepentí. Se sorprendería de la gente tan interesante que he conocido. Por ejemplo, el señor Pike. He conocido todo tipo de personas a través de él. La semana pasada lo llevé con un tío que parecía un mozo de cuadra, con patillas rojas, piernas torcidas y pinta de imbécil. Suelo conducir para algunas personas. Por ejemplo, el señor Oscar Wilde. Hoy lo llevé hasta el Café Royal para comer con una gentil dama que me mandó recoger en Brixton. Siempre le digo a mi mujer que si pudiera hablar como el señor Oscar Wilde, vendería la mula y también me haría escritor. «No puedes ganarte la vida así —me dice ella—. Sigue con el coche y escribe en tu tiempo libre». Es una tipa rara mi señora Beryl (era Beryl Kornet antes de que nos casásemos). «Harry —dice—, deberías tener más cuidado con tus pretensiones literarias o la gente te tomará por uno de *ellos*.» ...Ya sabe, señor, ellos, los de las muñecas flácidas. Yo le digo: «¿Parezco yo uno de esos tallos de sauce? Ciento ocho quilos descalzo: eso es un *hombre*. Pero, si quieres más pruebas...» Bueno, aquí fue donde se acabó la discusión.

»Una vez le mencioné al señor Wilde que tenía aspiraciones literarias, y él me dijo que por mi charla diría que tenía una habilidad natural para expresarme y debería poner cosas en el papel regularmente. Le pregunto si es la forma en que él lo hace, y me dice que pone su genio en la vida y su talento en su trabajo; de ese modo escribe sus obras, «de vacaciones». Ya casi he terminado mi libro: *Veinte años en un coche de Londres*. Antes de enviarlo a St. Michael Press, quizá podría darme algunas indicaciones provechosas, aunque, francamente, no veo cómo podría mejorarlo. Desde luego, nunca se sabe lo que dirán los puñeteros críticos. Algunas veces me pregunto si leemos los mismos libros, pues no parece que haya ningún parecido en lo que vemos. Pero supongo que tiene adiestrado su ojo para su oficio, igual que el señor Holmes. Usted ve pero no observa, lo repite siempre en sus historias. Algunas veces me pregunto qué es lo que dejo de ver en la gente, como aquel tío pelirrojo que iba con el señor Pike.

»Casi estamos donde la señora Hudson, señor. Puedo ver su ventana salediza, por la que fue disparada la escopeta de aire comprimido, según le decía alguien al señor Pike. Le ayudaré a subir las escaleras con el señor Holmes, diecisiete peldaños hasta Baker Street y hasta entrar por esa puerta. Señor, me siento como si hubiera vivido

toda mi vida en esta morada de solterones aristocráticos. Lo acostaremos en esta cama. ¡Mire los retratos de criminales célebres en la pared! Ése tan guapo debe de ser John Clay, el falsificador. Y la serpiente disecada ante la que hemos pasado en la sala de estar, ¿no era la de la Banda de Lunares? ¿Piensa que el doctor Roylott quería realmente mantener a su hijastra en su casa para conseguir su herencia? Ya sabe qué diría un psicólogo sobre él cuando metía aquella serpiente por las ranuras que había entre su dormitorio y el de su hija.

»Sí, señor, estaré encantado de subir a la sala de estar. Es muy generoso por su parte, señor, pero hay algo que para mí significa más que los chelines. Tengo aquí un ejemplar del *Strand* y un lápiz. ¿Me firmaría aquí en la tapa? no es para mí, ya comprende, es para mi mujer. Sí, señor, ya me marcho. Una cosa más, señor, si el señor Holmes pudiese firmar también... Desde luego, comprendo que está demasiado débil para escribir ahora. Sí, señor, ya me voy.

»Quizá podría volver otra vez y conseguir su firma. ¿Le parece bien el lunes de la semana que viene? Gracias, señor. Ya sé que tiene que atender al señor Holmes. Seguiré mi camino para que usted pueda volver con su paciente interno.

10.

Extrañas revelaciones

Al acercarse el anochecer, la respiración de Holmes se hizo más regular, el pulso volvió a la normalidad, y cayó en un sueño profundo. Varias veces me quedé medio dormido, así que decidí llamar a la señora Hudson para que trajera café para pasar la vigilia nocturna. Cuando cerré la puerta del dormitorio, un cariacontecido Hopkins miró hacia arriba desde una silla junto al fuego. Me dejó caer pesadamente en otra.

—La señora Hudson me dejó entrar antes de irse a casa de la señora Turner. Parece que algunos de mis colegas del Yard se alegraron al oír lo del señor Holmes. Se sienten dolidos cuando irrumpen con métodos que ellos no pueden utilizar.

Asentí, reflexionando amargamente sobre la lacra de la naturaleza humana, que impulsa a la mediocridad cuando se siente ofendida por la genialidad.

—Ha estado terriblemente cerca, pero una vez que se diluyó la sangre, las heridas no parecían tan graves. No podremos estar seguros hasta que despierte.

—¿No estaría mejor en el hospital?

—No quería quedarse. Ya sabe usted lo autoritario que es incluso cuando está medio muerto. —Hopkins hizo una mueca y yo me maldije—. Además, aquí le podemos proteger mejor.

—En nombre de Dios, doctor Watson, ¿qué significa todo esto?

—Significa asesinato, y estoy mortalmente seguro de que no se detendrán ante nada hasta que no lo aniquilen. —Me estiré hacia el cajón de la mesa de al lado y saqué mi viejo revólver Adams de seis balas—. No lo he utilizado desde Afganistán, pero si alguien intenta entrar en esta habitación...

—Todo pasa demasiado deprisa para mí —dijo Hopkins, con una cara que era un monumento a la perplejidad—. Primero los Dinamiteros, y ahora esto. Pero, ¿quién...?

Inmediatamente le di detalles de lo que nos había contado Lady Queensberry. Lanzó un tenue silbido.

—¿Y está seguro de que es Lord Queensberry quien está detrás de esto? —Iré al Yard y presentaré una denuncia.

—Señor, aquí y ahora la ley requiere pruebas, y ¿qué tiene usted? Además, es un noble. Ya sabe cómo se protegen los unos a los otros. Incluso apostararía a que Lady Queensberry no testificaría lo que ella misma ha dicho. Su deuda con Holmes quedó saldada con su advertencia.

Mis ánimos se derrumbaron de nuevo. ¿Para qué servía que Holmes recobrase la

salud?, ¿para que lo derribasen de nuevo los mismos matones? Nos levantamos los dos cuando el timbre de abajo resonó con un ruido tremendo.

—Billy tiene órdenes de no dejar pasar a nadie —me tranquilizó Hopkins.

—¡Señor! —gritó una voz alarmada en la planta de abajo—. ¡No puede subir!

Di un salto para situarme cerca de la puerta, con el revólver preparado. Hopkins agarró un bastón y se colocó en el otro lado. Se oyeron unos pasos pesados en el pasillo y se detuvieron ante la puerta. Alguien giró el pomo.

—Tengo una pistola —grité—. Dé un paso más y disparo.

Esperamos en silencio durante un minuto... uno de esos minutos que jamás se pueden olvidar. Y después:

—Realmente debería hacer algo con ese papel pintado.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté, abriendo de golpe la puerta.

—Aparecen artículos en todos los diarios de la tarde. Sabía que quería que viniese. —Su presunción era enloquecedora, pero no contradecía su genuina preocupación—. ¿Puedo preguntar...?

—Dos heridas incisivas en el cuero cabelludo y considerables contusiones. Le han inyectado morfina...

El rostro de Wilde se iluminó.

—No hay mal que por bien no venga. —Entró con su habitual e insolente seguridad en sí mismo. Miré desconsolado a un estupefacto Hopkins—. Entiendo que espera otra amenaza —dijo Wilde, apartándose del cañón de mi revólver.

—He enviado a buscar a la fuerza auxiliar de muchachos de Holmes.

Ante el repentino interés de Wilde, me arrepentí instantáneamente de mi revelación.

—Me quedaré hasta que lleguen. Le felicito por su presteza y por su valor.

Me sentí contento conmigo mismo porque los viejos instintos, tan bien inculcados en Afganistán, todavía me funcionaban.

—Soy un veterano. No perdí los nervios ni cuando vi a mis camaradas hechos pedazos en Maiwand.

—He visto el monumento en Reading; pero, ¿no perdimos la batalla?

—¡No por falta de coraje! —Los recuerdos de aquel día fatídico, 27 de julio de 1888, me volvieron a asaltar—. Cuando cargaron los ghazis, nuestros hombres permanecieron alineados con las espadas prestas. Yo fui herido en el hombro por una bala explosiva, y habría caído en manos de aquellos salvajes de no haber sido por —mi garganta tembló de la emoción— la devoción y el valor del soldado Murray, mi fiel asistente. Me tumbó a lomos de una bestia de carga y me llevó a salvo a las líneas británicas. Que Dios le premie, dondequiera que esté.

Sin pensarlo, bajé la foto que estaba encima de la chimenea.

—No hay recuerdo más excelso que los de la experiencia de la guerra. Supongo

que el peligro es parte de sus atractivos. ¿Quién es el joven oficial tan erguido que está a su lado?

—El capitán Galbraith, el hijo del coronel, muerto en la carga en la que me hirieron. Establecimos una amistad...

—Ocurre frecuentemente en el ejército y en prisión.

—¡No puede entenderlo! Durante un año terrible de lucha estuvimos juntos para lo bueno y para lo malo. El fue mi compañero... y eso significa mucho en el ejército.

—¿Quién es el muchacho que está al otro lado?

—Mi asistente, el soldado Murray.

—Qué chico tan atractivo. —Volví a colgar con precipitación la foto sobre la chimenea, sin atreverme a mirar a Hopkins. Wilde cogió uno de mis recuerdos—. ¿Un trozo de mineral de plata?

—Practiqué la medicina en San Francisco, donde estaba muriendo mi hermano.

—Di conferencias allí en el 82 —añadió Wilde—. El conocimiento del arte es tan infinitesimal al oeste de las Montañas Rocosas que, de hecho, un mecenas artístico demandó por daños y perjuicios al ferrocarril porque su modelo de escayola de la Venus de Milo le fue entregado sin brazos. Y lo que es peor, ¡ganó el caso!

La risa que salió de mi garganta se paralizó cuando vi la cara de Hopkins congelada por el horror. Estaba contemplando la puerta del dormitorio, donde estaba Holmes como si estuviera viendo algún fantasma horrible.

—¡Holmes! ¡Debería quedarse en la cama!

—Imposible. Hay trabajo que hacer. Además, Scotland Yard está solo sin mí, y eso produce una agitación insana entre las clases criminales. —Avanzó dolorosamente por la habitación—. Qué ironía: atacado mientras exploraba en Charles Second Street.

—¿Qué vio allí?

—Lo que esperaba ver. Siéntese, Watson, me pone nervioso. —Holmes se relajó en su silla de terciopelo a rayas, junto a la chimenea—. Esto hiere mi orgullo. Se convierte en una cuestión personal, y si Dios me da salud, les pondré la mano encima a esas criaturas.

—Podría haber sido una tragedia —dije—, si no hubiera sido por... ¿quién dijo que llegó en su ayuda?

—Un mozo de cuadra... con pantalones de cuero y polainas. Salió de la nada e irrumpió entre aquellas bellezas como una furia vengadora. Debe de haber sido luchador en días mejores. Salió por pies ante los silbatos de los policías, pero no antes de decir: «Le deseo lo mejor, señor Sherlock Holmes».

—¿Cómo le conoció?

—Un misterio. Por su aspecto, no nos movemos en los mismos círculos sociales.

—Yo lo investigaré —dijo Wilde—. No comparto su aversión por las clases bajas.

Sus prejuicios están trasnochados, pero hay mucho que decir de sus principios.

—Fue la Providencia la que colocó allí al mozo de cuadra, igual que a mí me otorgó al soldado Murray en Maiwand.

—Bajo las actuales circunstancias tengo mis dudas en preguntarle —dijo Wilde—, pero, ¿ha hecho algún progreso en el caso?

—He pedido informes a Wilson, el Director de los mensajeros. Le ayudé una vez.

—Sí, ya lo sé —dijo Wilde.

—Sidney Cartwright, que trajo a Billy a casa, es hermano de un chico que demostró habilidades en el caso del sabueso fantasma. Wilson niega cualquier conocimiento de su paradero. Los otros chicos creen que Cartwright ha ganado dinero recientemente. Me he puesto en contacto con Shinwell Johnson, un delincuente de Parkhurst en libertad condicional, para que busque al chico. Cuando lo encuentre, obtendré detalles sobre Billy y la información suficiente sobre la célebre casa para poner punto y final al dilema de su amigo.

Holmes se reclinó con una actitud satisfecha y yo estuve a punto de aplaudirle.

—Supongo que ahora se arrepiente de haber propuesto esta estúpida competición —reproché a Wilde.

—Acabo de violar mi propia regla: Nunca trates de batir a un hombre en su propio juego... especialmente cuando comienza la caza. No obstante, mi propia investigación no ha sido totalmente estéril. Sidney Cartwright ha estado viviendo en Brixton con un profesional que se sobresaltó cuando anoche, durante la cena, le comenté las actividades de Cartwright. El chico ha dejado el trabajo en telégrafos con dinero pagado por una persona con aspecto de reptil que insinuó que estaba actuando en nombre de un noble. Cartwright intentó retener a Billy todo el tiempo posible en la casa, eso dijo.

—¡Eso dijo! —exclamé.

—Hoy, durante el almuerzo en el Café Royal. Cartwright es un muchacho simpático, con una de esas caras británicas características que, una vez vistas, nunca recuerdas, y un gusto sin cultivar por la buena comida y el vino. Comeremos de nuevo la semana que viene.

—¡Indignante!

—No pudo contarme mucho sobre la Casa Privada —(sonreí triunfante)—, salvo lo que había visto u oído de los demás chicos que van allí a «trabajar», si se puede aplicar este tedioso término a un empleo tan placentero. El dueño de la casa es un hombre en la mitad de la treintena; su atractivo y joven socio le llama «Johnny»; todos los demás le llaman Jefe. Ha estado al servicio de la Reina, posiblemente como marinero. Una vez mencionó el navío militar *Orontes*.

—¡El barco en el que volví de Afganistán!

—Tengo la garganta seca de tanto hablar. ¿Le molestaría darme un vino con soda?

—Ante el asentimiento de Holmes, apreté el sifón y serví la bebida. Wilde levantó un vaso para brindar—: Por Inglaterra, el hogar y la belleza.

—Un brindis tradicional en la Marina Británica.

—La Marina Británica sólo tiene dos tradiciones: el ron y la sodomía. Cartwright sabe que el Jefe y Jackie han atraído con engaños a caballeros («así» y no «así») a la casa, y bajo circunstancias comprometedoras les han pedido dinero con amenazas. También utilizan la Casa Privada como lugar de citas para chicos que son medio hombres y hombres que son medio chicos.

—¡Hombres! —No pude reprimir el comentario.

—Los chicos implicados en la caza de unos buenos chelines son «así». Cartwright dice que el Jefe los trata bien y que les anima a ahorrar sus ingresos para cuando sus encantos se marchiten. Déjeme ver, ¿me olvido de algo? —Wilde hizo ademán de reflexionar—. El Jefe también adquiere, por mediación de sirvientes desleales o codiciosos, cartas comprometedoras, que ofrece para suprimirlas o venderlas. Hay una caja fuerte, metálica, en un hueco cubierto con una cortina en el salón de la planta baja. Tiene una cerradura de disco triple. Señor Holmes, temo que eso es todo lo que he podido averiguar.

Rompí el desagradable silencio para señalar:

—Supongo que Wilson le dio el nombre de Cartwright de muy buen grado, porque él es uno de los suyos.

—El Director de Mensajeros Wilson (quien pensábamos que estaba muerto) es medio hermano mío, el resultado de una trasgresión de mi padre, que rara vez se puede atribuir a los que comparten mis tendencias. Wilson no es «así»; es la oveja blanca de la familia.

—Supongo que deberemos estarle agradecidos por explotar a uno de los muchachos pervertidos de esta decadente metrópoli.

—La explotación fue mutua; mi cuenta en el Café Royal ascendió a más de una libra. Y Cartwright no es londinense. Muchos de esos muchachos han llegado de lugares como Hampshire (donde nació usted, doctor Watson) y Yorkshire (donde he oído decir que nació el señor Holmes). Fueron procreados allí por padres «normales», y no estarían aquí si no fuera por la crueldad que les condujo a abandonar el hogar y a afrontar los riesgos de una ciudad extraña. Unos pocos poseen rasgos viciosos, tales como una tendencia al chantaje, pero la mayoría de ellos aprecia patéticamente cualquier amabilidad, como el hecho de conversar con ellos como si fueran importantes. Estoy seguro de que no sería tan severo con Cartwright si oyera la historia de su infancia; es suficiente como para asquearme de la naturaleza humana. Ahora, señor Holmes, ¿qué va a hacer con esta información que posee?

Holmes estaba tumbado, con su flaca figura extendida, la cabeza hundida hacia adelante y apoyada en las manos. Cuando la levantó, vi que sus mejillas estaban

teñidas de color y sus ojos tenían casi tanto brillo como antes de su lesión.

—El arte del razonador debería ser usado más bien para el examen de los detalles que para la consecución de pruebas palpables.

—Cierto.

—No consiento que los casos coincidan parcialmente. Es bastante duro jugar con un solo mazo de naipes; jugar con dos es prácticamente imposible. Pero los casos de Billy y su misterioso amigo tienen que estar conectados. Eso va más allá de la coincidencia. En el caso de Billy nos debemos preguntar por qué alguien se tomó tanto trabajo para llevarlo allí.

—Quizá para atraer a alguien más.

—Exacto. La emboscada de hoy puede haber sido su intención originaria. —Holmes se reclinó en su sillón, colocando las yemas de los dedos juntas y cerrando los ojos mientras reflexionaba—: Hay una gran fuerza conductora detrás de todos estos misterios. Creo que es el Jefe de la Casa Privada el que está prestando sus servicios al Marqués para un complot contra mí, al igual que para amenazar a su amigo. Cuando se elimina lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad. Mis excusas, Watson.

—Yo siempre puedo creer lo imposible —dijo Wilde—, pero nunca puedo creer lo improbable. Cartwright me dijo que el Jefe se había enfadado con él por llevar a Billy y le ha prohibido ir a la Casa. Usted no sabía esto, su teoría es demasiado improbable.

—Es improbable tal como lo ha planteado, y por lo tanto debo haberlo planteado mal. Pero mi instinto sintió la presencia de la caja fuerte. Es necesario para la actividad que llevan a cabo. Afortunadamente, la apertura de cajas fuertes es una de mis aficiones preferidas.

—¿Cómo lo haría? ¿Con nitroglicerina? —preguntó Hopkins.

—Demasiado ruidoso, inconcebiblemente sucio y bastante innecesario. Una cerradura de disco no es más que un ejercicio elemental de matemáticas.

—Usted es el primero en su profesión, Holmes —dije.

—Y usted —dijo Wilde—, es el mejor de los discípulos. Permanece detrás del trono y susurra que él es, después de todo, inmortal. Pero, señor Holmes, ¿no es ilegal cogerla y llevársela?

—Está moralmente justificado en tanto que nuestra finalidad no es coger objetos, salvo aquellos que están siendo usados con propósitos ilegales.

—Veo que la ley, como la virtud, tiene sus grados.

—Es un alivio que esté del lado de la justicia, señor Holmes, y no contra ella —dijo Hopkins.

—Y una lástima, señor Holmes, que no esté a cargo de los ferrocarriles: haría que los trenes llegasen a su hora.

—¿Seguirá con este plan, señor Holmes, cuando se restablezca?

Asintió.

—Todavía no están preparados para hacer su movimiento, o lo habríamos sabido por la sección de anuncios personales. ¿Qué periódicos tiene ahí? —preguntó a Wilde.

—Las últimas ediciones. ¿Quiere usted leer sobre su ataque?

—La sección de anuncios personales es particularmente instructiva. Alcáncemela. Mientras Holmes la examinaba con detenimiento, Wilde y yo ojeamos las otras.

—Creo realmente —reflexionaba Wilde—, que el periodismo justifica su existencia por el gran principio darwiniano de supervivencia de los más vulgares. Pero, por lo menos, no estamos tan mal como en América, donde el Presidente reina durante cuatro años y el periodismo gobierna eternamente.

Haciendo caso omiso de esta charla, busqué en el *Journal Record*, descubriendo en la última página un suelto:

INCIDENTE EN KING CHARLES STREET.

A última hora de esta tarde, los policías, alertados por un viandante de patillas pelirrojas, descubrieron al señor Sherlock Holmes, de 41 años, residente en Baker Street 221-B, tendido inconsciente frente a una residencia de Charles Second Street.

Matones no identificados, a los que previamente se había observado merodeando por la vecindad, le habían golpeado con cachiporras. Aparentemente, Holmes se defendió con su bastón de paseo, que ha sido encontrado roto a su lado.

La víctima fue llevada al Hospital de Charing Cross, donde el Jefe de Hospital calificó su situación de «pronóstico reservado».

El dueño de la residencia mostró asombro e indignación: «Esto ha sido hecho por un tipo de gente que no pertenece a nuestro vecindario. Necesitamos más policías».

Sherlock Holmes, como todo Londres sabe, es un detective consultor cuya ocasional ayuda a la policía municipal le ha granjeado la enemistad de la fraternidad criminal.

Estamos seguros de que todos los londinenses se unirán a nosotros en la exigencia de acciones inmediatas por parte de los oficiales de la ley y en el deseo de una rápida recuperación del señor Holmes.

A continuación cambié al tabloide del señor Labouchere, *Truth*. Su portada estaba presidida por el grabado de un artista, que mostraba a Holmes con el bastón en alto, golpeando a una multitud de hombres desarrapados. Encima había un enorme titular en negro:

UN SALVAJE ASALTO QUEBRANTA LA PAZ DE KING CHARLES STREET

Estremecedores gritos de socorro y el atronador ruido de las porras hicieron apresurarse a los policías esta tarde hacia una casa privada de Charles Second Street. El señor Sherlock Holmes de Baker Street fue encontrado luchando con su bastón de paseo con un grupo de hombres que huyeron para salvar sus vidas.

Los detalles del atropello no están claros, pero un obrero que pasaba por allí declaró que Holmes había provocado la confrontación...

La reacción pública en los barrios de la clase trabajadora se está alzando ante este asalto sin provocación, realizado por un supuesto representante oficioso de las fuerzas de policía cuyas hazañas son jaleadas desde el Strand por un excirujano del Ejército. Grupos políticos que representan al pueblo han anunciado su intención de realizar una manifestación hasta el Ayuntamiento, manifestarse frente al Parlamento y bloquear el Puente de Londres.

Por una ironía que resulta ser su propia acusación, Holmes, llevado por la furia con la que golpeó con su bastón a las aterrorizadas víctimas, aparentemente se golpeó a sí mismo en la cabeza, quedando inconsciente.

Fue llevado al Hospital de Charing Cross, donde fue diagnosticado de «pronóstico reservado», probablemente para impedir su huida.

El señor Henry Labouchere, Miembro Liberal del Parlamento por Northampton, adalid de la clase trabajadora y editor de este periódico, declaró: «Es infame que la ley permita a este aristocrat-manqué atacar a la gente de la clase trabajadora. Exigiré una investigación imparcial para confirmar su culpabilidad y aplicarle el castigo adecuado».

El señor Labouchere concluyó citando el lema de este periódico: «Todo lo que queremos es la Verdad».

El tabloide *Inquisitor* también ostentaba un gran titular:
¡UNA PREDICCIÓN SOBRENATURAL DEMUESTRA
LA EXISTENCIA MÁS ALLÁ DE LA VIDA!

¡La fecha, hora y minutos exactos del ataque contra Sherlock Holmes habían sido predichos hace un año!

La conocida médium Margene Rogers, reveló hoy al Inquisitor que la profecía fue hecha por el espíritu de Edgar Allan Poe, que utilizó la chimenea como tubo acústico para decir: «Se lo tiene merecido por imitar a Dupin».

Poe enumeró siete coincidencias entre el detective de ficción y Sherlock Holmes y concluyó diciendo: «Si realmente piensa que Dupin fue un tipo muy inferior, dejémosle que cree su propio personaje».

La señorita Rogers lamentó no haber podido oír más al haberse interrumpido la transmisión debido a un tintineo de campanas y la voz de una joven, que gemía como el viento en la chimenea.

Wilde, que estaba leyendo otro periódico, interrumpió:

—Langdale Pike todavía está hozando y gruñendo en las ciénagas del escándalo. Sólo los poetas y los chismosos saben lo útil que resulta la pasión para que se publique. Supongo que al público le encanta descubrir los secretos de otras personas, porque así se distrae la atención sobre los suyos.

—¡Demasiado tarde! —gritó Holmes, arrojando al suelo su periódico—. Han hecho su movimiento, Watson. Ahora las cartas serán distribuidas desde la casa.

Se hundió, mostrando una expresión de total abatimiento. Recogí las páginas.

—Pero, Holmes, esto es una tontería.

—¡Ninguno de ustedes puede darse cuenta! ¡No sólo nuestro cliente sufrirá la tragedia, sino toda Inglaterra!

—La tragedia real —dijo Wilde—, es la Cédula del Chantajista, que degrada la ley sometiéndola a una cruel manipulación.

Holmes levantó su cabeza heroicamente.

—No hay nada más estimulante que un caso donde todo está contra ti. No debemos perder ni un sólo instante, bajo ningún concepto.

Se puso en pie con los ojos brillantes y las mejillas arboladas por el entusiasmo del trabajador que encuentra su faena preparada ante él.

—Entonces, ¿puedo recordarle —dijo Wilde— la curiosa conducta de mi amigo en el Bar del St. James?

—Su amigo no hizo nada...

—Animar al joven a que se acercase a él.

—¿Quién es el joven? —pregunté—. ¿Y qué es de su amigo?

—Los jóvenes amables no suelen invitar a los caballeros maduros a sus casas —explicó Wilde—, a menos que tengan a un «tío» espurio esperando.

—¡Palabras, palabras! —exclamó Holmes—. Los americanos lo llaman el Juego del Acoso. Muchos hombres han sido atrapados por los ardides de una chica. Ya ve, señor Wilde, hay puntos de coincidencia entre su mundo y el nuestro.

—Siempre lo había sospechado —dijo Wilde—, pero jamás esperé escucharlo de sus labios. ¿Adónde va a parar este mundo, cuando hablamos de nuestras semejanzas en vez de hablar de nuestras diferencias?

—Como el secretario de su amigo, que no entiende idiomas...

—Así que fue por eso por lo que le hablé en alemán.

—... y que acepta trabajar por medio salario... —Como la mitad de las mujeres de Londres.

—... Si no pudiera reunir estos indicios, desaparecería durante muchísimo tiempo

en esa pequeña granja de mis sueños y escribiría mi *Manual práctico de apicultura con algunas observaciones sobre la segregación de la Reina*.

—¡Qué cruel! —me atreví a decir—, ¿el secretario es...?

—... el joven del St. James —dijo Holmes.

—... Jackie, el cómplice del Jefe —concluyó Wilde.

—¿Cómo lo supo? —pregunté.

—Elemental, mi querido Watson —contestó Wilde—. Sus pestañas eran demasiado largas.

—Pero, ¿por qué le dio trabajo su amigo, si es un depravado?

—Para comprar su lealtad —declaró Holmes—, e impedir que divulgase el incidente del St. James.

—Sospecho que mi amigo considera al muchacho como una víctima a su vez —dijo Wilde—. Ha hecho una estupidez dándole trabajo, pero cuando un hombre hace una estupidez siempre la comete por la más noble de las causas.

—Ahora —dijo Holmes, frotándose las manos enérgicamente— debemos aprovechar el tiempo para detener a Jackie y, a través de él, tener acceso a las cartas.

—Mi amigo me ha dicho que el joven ha desaparecido...

—Lo supe cuando leí el anuncio. Ha cumplido con su objetivo.

—¿Cómo se propone descubrirlo?

—Por lo menos hay siete formas diferentes, pero el tiempo es esencial. Incluso mientras hablamos, las cartas pueden estar cambiando de mano. La cabeza me daba vueltas.

—Y pensar, Holmes, que todo esto se ha desencadenado porque un hombre fue al St. James...

Holmes soltó una risa sofocada.

—Watson, usted no es luminoso de por sí, pero es un conductor de la luz... suficientemente brillante como para iluminar una trampa.

—Va a poner una trampa al joven elegante —dijo Wilde.

—Lo batiré en su propio juego y en el mismo lugar: el St. James.

—¿Cómo puede conjeturar que irá allá?

—Poniéndome en su lugar y pensando qué haría yo.

—Me recuerda a un mago haciendo un truco. Sospecho que en esto hay más de lo que parece. Pero la detención sin mandamiento judicial es ilegal —objetó Wilde.

—Quizá preferiría apartarse de esto —amonestó Holmes.

Wilde se levantó.

—Usted se está situando en una posición falsa. Moralmente, no está justificado. Y lamento una acción de este tipo, especialmente, tratándose de uno de los míos.

Wilde se volvió a sentar en la silla.

—¿Cómo lo haremos?

Holmes se estremecía con una actividad apremiante, como un gallardo perro de caza.

—Nos haremos pasar por uno de los suyos y desenmascaremos a ese tipo.

—Les pueden descubrir.

—Watson y yo hemos compartido la misma habitación durante muchos años. Sería divertido que terminásemos compartiendo la misma celda.

La idea de una celda no tenía ningún atractivo para mí, y pensar que Holmes se levantara de su lecho de dolor para dar batalla, incluso menos.

—¡Se lo prohíbo totalmente! ¡Cualquier esfuerzo le puede costar la vida!

—Por eso le pido su ayuda —repuso Holmes suavemente—. Nadie sospechará de usted, Watson. Usted es el hombre de la calle.

La cara de Wilde resplandeció.

—Donde se encuentran los mejores.

—También necesitaremos a alguno de los Irregulares de Baker Street —añadió Holmes.

—Los he llamado para el servicio.

—El bello sexo es su departamento habitual, Watson, pero como escritor, puede sacar provecho de todo esto, después de todo. «El estudio propio de la humanidad es...»

—Los hombres —concluyó Wilde.

—Pero no sé cómo se comportan los que son «así», —objeté.

—Mi querido doctor Watson —dijo Wilde—, ¿ha observado alguna vez cómo persigue una flor a una abeja? Todavía es un buen ejemplo de virilidad. Sólo tiene que ir al lugar correcto y ser una buena flor.

—Eso, amigo Watson, es la esencia del plan. ¿Qué dice?

—Estoy aquí para que me utilicen.

Wilde sonrió alegremente.

—Señor Holmes, tiene usted un tesoro.

—¡Esto es un asunto muy serio! —exclamé.

—Nada es serio en estos días, de lo cual da testimonio el señor Holmes, que sólo encuentra en esto una agradable oportunidad para exhibir su talento. Mientras yo siembro, él recoge.

La campana de la puerta de abajo sonó.

—Sospecho... —dijo Holmes—, que es el Cuerpo de Detectives de Policía del Departamento de Baker Street.

Hubo un estruendo de pisadas en la sala y en la escalera; después entraron, uno por uno, los jóvenes miembros de la pequeña pero eficiente organización de Holmes, una docena de golfillos sucios y harapientos. Cuando todos recorrieron la habitación y se quedaron firmes, frente a Holmes, Wilde los evaluó con la mirada de un agente

de bolsa. El último en aparecer fue Wiggins, el cabecilla de los Irregulares, más alto y mayor que los demás. Se quedó rígido en la puerta, contemplando incrédulo a Wilde. Me sonrojé al ver que, incluso este granuja indeseable, viese que recibíamos a alguien cuya índole era tan evidente.

—¡Fir-es! —ladró como un sargento instructor, y los chicos se cuadraron.

—Veo, señor Holmes, que nos movemos en los mismos círculos sociales: usted por negocios, yo por placer.

Se escuchó un alarido penetrante de protesta y de consternación: era la voz de la señora Hudson, según subía las escaleras.

—¡No me puedo ir ni una hora! ¡Esta vez ha llegado demasiado lejos! —Irrumpió en la habitación—. ¡Señor Holmes, dirijo una casa respetable! ¿Qué pensarán los vecinos de que estos pequeños mendigos de horrible reputación vengán aquí a todas horas?

—Me solidarizo con usted, señor Holmes —dijo Wilde—, yo he tenido el mismo problema.

Holmes se dirigió a los chicos:

—Ya os lo he advertido, Wiggins subirá solo y los demás debéis esperar en la calle. Ahora, de frente, *marchen*.

Todos, excepto Wiggins, se precipitaron hacia la puerta esquivando a la señora Hudson.

—¡Y no os sentéis en mi rellano, o llamaré a un guardia! ¡Señor Holmes, este tipo de cosas debe *dejar de suceder*! —Se marchó dando un portazo.

—Querida señora Grundy —murmuró Wilde—. El único tipo de humor que las clases medias han sido capaces de crear.

—Wiggins —dijo Holmes—, tengo una misión desagradable para ti. Vamos a tender una trampa a alguien que es...

—«Así» —apuntó Wilde.

La aprensiva expresión del chico se tornó perpleja.

—Creo que entiendo lo que quiere decir, señor.

Mis fieles lectores ya saben que, aunque la mente caprichosa de Holmes trabaja con destellos de perspicacia intuitiva, la mía está más acostumbrada a un pensamiento terco y a un razonamiento pausado. No obstante, algunas veces me he visto golpeado de repente por un hecho sorprendente. Ésta fue una de esas veces, cuando el vano pensamiento: ¿Dónde he oído esta voz recientemente?, se respondió a sí mismo en la siguiente contestación: ¡El chico del quiosco! Mi mente vaciló. Aunque no era consciente de ninguna indiscreción, admitir haber escuchado por casualidad la conversación del chico podría levantar sospechas indecorosas en la mente de Holmes.

—El pobre muchacho, simplemente está asustado —dijo Wilde—. Sabemos, Wiggins, que no eres conocedor de la cosa *odiosa* a la que se refiere el señor Holmes.

¿Has conocido alguna vez a alguien que fuera «así»?

—No que yo sepa, señor.

—Como la mayoría de la gente. ¿Me permite dar instrucciones al muchacho, señor Holmes?

—Le ruego que continúe —dijo Holmes, observando fijamente a Wiggins.

—Si el doctor Watson va a participar, debería adquirir práctica —sugirió Wilde.

En contra de mi voluntad seguí adelante, conducido irresistiblemente a una posición que era incapaz de abandonar.

—Le advierto que no haré nada afeminado.

—Todos hemos desperdiciado ocasiones que luego hemos lamentado —dijo Wilde—. Quizá encuentre esto inesperadamente interesante.

—¿Cómo iré vestido, señor? —preguntó Wiggins.

—Mejor de lo que vas —dijo Wilde—. Me atreveré a decir que el señor Holmes tiene un traje muy elegante para ti y no me sorprendería que te lo dejase poner.

—Gracias, señor —le dijo el chico a Wilde.

—Además del dinero que piensa darte.

—Estaré muy agradecido, señor.

—Espero que lo demuestres desempeñando bien tu papel —replicó Wilde.

—Sí, señor —dijo el chico con una sonrisa pícara.

—¿No necesitaré maquillarme? —pregunté.

—Todos los polvos corrompen.

—¿Cómo reconoceré a los que son «así»?

—Si tiene que preguntar, nunca lo sabrá. Si usted fuera «así», los reconocería por un tono de voz, por algo en los ojos, por la forma en que se mueven y por la forma en que sus ropas revelan sus mejores rasgos. Desde luego —añadió tristemente—, algunas veces uno es engañado por un espejismo y entonces pueden suceder cosas horribles. Ahora deberá esperar una respuesta.

—¿Tendré que esperar mucho?

—Ése es el mayor encanto. Como comentan de la tortura, ayuda a pasar una hora o dos. Desde luego, conduce al hábito morboso, igual que el consumo de drogas.

—Siga con eso —dijo Holmes de mal humor.

—Wiggins, estás casualmente en el mostrador, ¿podemos proporcionar un coñac a Wiggins? ¿A ti te gusta el coñac, Wiggins?

—Con moderación, señor.

—Tomarás muchos. Ahora comienza el drama. No hay nada más emocionante que encontrar a un nuevo amigo; siempre hay tantas posibilidades espléndidas...

—¿Tendré que animarlo? —pregunté.

—No, usted es el objeto de la caza de este chico depredador. Wiggins, avanza hacia tu presa. Mírala. Irradia. Deja que perciba tu Aura.

Sólo era una charada, pero a medida que el muchacho avanzaba, sentí intensas punzadas, como si todos mis nervios se estuvieran tensando para saltar en cualquier momento.

—Sabes lo que siente —animaba Wilde—. Ahora, un buen acercamiento es de suma importancia.

—Señor —dijo Wiggins—, ¿tiene hora exacta?

—¡Un golpe magistral! —exclamó Wilde.

—Veo que tienes aptitudes para esto, Wiggins —dijo Holmes rápidamente, echando una ojeada al reloj de la repisa—, pero el tiempo es corto y deberías supeditar lo superfluo a lo esencial.

—Señor Holmes —dijo Wilde—, tiene el aspecto del viejo sabueso que oye el cuerno de caza. Me gustaría ver el final de esta representación, pero tengo una cita con mi más reciente y mi más querido amigo. Nos veremos a las *once*.

—Haremos sin usted lo más impropio que podamos —dijo Holmes con aspereza. Entró Billy.

—Señor, la señora Hudson quiere saber cuándo se dignarán a cenar.

—A las siete en punto —contestó Holmes—, ¡de mañana por la tarde! —Se puso en pie, con los ojos brillantes por un ansia enloquecida—. ¡Comienza el juego! Todas mis redes están situadas sobre ese hombre y ahora comienza el arrastre. ¡Por Lord Harry! ¡Antes de que acabe la noche estará en mi poder!

—¡Bravo! —aplaudió Wilde lánguidamente—. Me han llamado histrión impúdico, pero no le llego a la suela de los zapatos, a juzgar por su modo de actuar.

—Quería marcharse, ¿no? —preguntó glacialmente Holmes.

Wilde recogió su sombrero, su bastón y sus guantes.

—Le deseo la mejor suerte en sus empeños criminales: robar una casa, detener ilegalmente a un delincuente y efectuar un registro sin mandamiento. Pienso que todos ustedes están viviendo unas vidas maravillosamente perversas. —Se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies—. Pero, cuidado, el Marqués Loco seguramente volverá a atacarle.

—Ahora no tengo miedo. El único peligro es lo desconocido. Una vez se define, deja de ser un misterio.

—Odio los misterios —dijo Wilde—. Son demasiado obvios.

—Si encuentra a mi amigo el cochero, dele las gracias por salvarme la vida —añadió Holmes.

—El cochero heroico. Sin patillas rojizas, supongo.

Wilde traspasó la puerta.

—¡Sí! —gritó Holmes, ante mi perplejidad.

Wilde reapareció.

—¿Patillas rojas? ¿Andares y vestimenta de mozo de cuadra?

—¿Cómo lo supo?

Wilde volvió a entrar en la habitación.

—¿Piernas torcidas? ¿Manos temblorosas? ¿El labio inferior colgante? ¿Sonrisa bestial e imbécil?

—¡Sí! ¡Lo conoce!

El rostro de Wilde era impasible mientras se quitaba los guantes.

—Algunos misterios no son en absoluto obvios. No querría perderme el final de éste por nada del mundo.

—Si sabe quién es, *¡hable!*

Una pequeña imagen burlona se despertó en mi memoria. ¿Dónde le había visto?

—Tenía usted razón, señor Holmes. Su salvador ha sido un luchador: campeón aficionado de Inglaterra del peso ligero. Le debe la vida a la bestia más infame de Londres: ¡El Marqués Aullante, el Marqués Escarlata... Queensberry!

11.

Echando la red

Cuando entramos Wiggins y yo más tarde, todas las cabezas se giraron en el bar del St. James. Me sentí como un escarabajo debajo de un vaso. Al mirar las posturas extrañas y fantásticas de la clientela, con sus barbillas hacia arriba y las cabezas echadas hacia atrás, me maravillé de lo diferente que resultan las cosas una vez que cambias tu punto de vista.

—¿Realmente piensas que estos son...? —pregunté a Wiggins.

—Algunos de ellos me resultan sospechosos —contestó.

Uno de los parroquianos sonrió familiarmente.

—¿Conoces a aquel tipo? —pregunté.

—Nunca lo he visto antes. ¿Quiere que le consiga una copa, señor?

—Whisky... doble.

¡Cómo deseé que Holmes hubiera estado allí! Inmediatamente después de haber convencido a Wilde para que se marchara, me retiré a mi dormitorio con un torbellino en mi cabeza. Holmes me había dicho una vez: «Entre sus múltiples virtudes, no se encuentra la capacidad de disimular». Y sin embargo, todo el peso de esta aventura había caído sobre mis hombros y sentí una premonición ominosa de que esto tendría terribles consecuencias para mí.

Mi experiencia de la vida de campaña en Afganistán me ha convertido en un viajero presto y preparado, pero aquella tarde me tomé mucho más tiempo del habitual para vestirme, contemplándome en el espejo, primero desde un ángulo y luego desde otro. Cuando bajé las escaleras, me encontré con que Holmes se había retirado, aparentemente confiado en que Wiggins y yo llevaríamos a cabo el meticuloso plan que había trazado. Ahora, Wiggins estaba enfrascado en una conversación en el mostrador y un hombre de mediana edad con barba recortada al estilo del Príncipe de Gales me lanzaba miradas insinuantes. A pesar de mi aprensión, pensé en lo provechoso que me habría resultado si las mujeres cuyos favores había pretendido hubieran sido tan claras con su admiración.

—¿Lo has visto ya? —pregunté a Wiggins—. Esto de esperar a que alguien reaccione es tremendamente incómodo.

—Los que son «así» se divierten haciéndolo. Resulta difícil de creer, ¿verdad, señor? —El sudor empezó a brotar sobre mi frente. Jamás, incluso en batalla, con los Ghazis cargando y las balas volando a mí alrededor, había sentido tal miedo atenazando mis partes vitales—. Lo reconoceré por la descripción del señor Holmes

—añadió Wiggins—. Qué pena que no lo viese usted en el hotel. ¿Qué pasa, señor?

—¡Wilde se equivocó! —exclamé, cuando dos mujeres despampanantes entraron al bar del brazo de un acompañante. Una, de satén verde, era una morena alta con una figura noble y un aire recatado y elegante. La otra, de rojo, tenía una tez olivácea, ojos grandes y oscuros, y una abundante cabellera oscura.

—¡Señor, no querrá tener nada que ver con ellas! —El prejuicio de Wiggins me ofendió. Evidentemente, no eran de las que la Sociedad tendría en alta consideración, pero yo soy un viejo veterano con una experiencia con las mujeres que se extiende por muchas naciones y tres continentes, y mi instinto natural me impelía a mostrarle cómo se comporta un hombre sano—. ¡Señor, no debe alterar los planes del señor Holmes!

—Quizá la caza no se presente. No hay ninguna razón para perder la tarde. —La vergonzosa belleza de verde tocó el brazo de su acompañante y se giraron hacia nosotros—. Déjame solo —susurré a Wiggins.

—Señor, le digo que no es buena idea.

Protestando todavía, Wiggins se retiró justo cuando la bella con más encantos llegó a mi altura. Sus cabellos eran de un rico color avellana y sus mejillas estaban arreboladas con la exquisita lozanía del moreno. Aunque había algo sutilmente erróneo en la cara, cierta tosquedad en la expresión, cierta dureza en la mirada, era una visión impresionante.

—Zeñor —dijo el acompañante—, mi amiga cree que le conoce.

Reí para mis adentros, poniéndome de pie con marcialidad militar.

—Soy el doctor John Hamish Watson, antiguo miembro del 66° Regimiento de Infantería de Berkshire de la Princesa Charlotte de Gales.

—Esté no es el hombge —dijo ella con una sonrisa coqueta—, pego es muy pagecido.

—Mademoiselle... ¿puedo... esto... preguntarle su nombre?

Sacudió sus rizos elegantemente.

—Violette du Bois. —En mi cabeza danzaron las visiones de las pasiones fáciles del Barrio Latino—. ¿Es muy cansado estag de pie, *n'est-cepass*?

—¿Quiere usted... esto... sentarse?

—Ggasias —replicó despidiendo a su acompañante. Eché una mirada a mi alrededor y observé con sorpresa a Wiggins, que mantenía una seria conversación con el hombre de la barba—. ¿Usted ha sido soldado?

—En Afganistán. En la batalla de Maiwand resulté herido en un hombro por una bala.

—Soy una mujeg desvalida y siempge he dependido de la amabilidad de los hombges.

Tomé posesión de su mano. De repente, me di cuenta de que alguien que estaba

sentado al otro lado había colocado su mano sobre mi rodilla. Un momento después noté que la mano se apartaba y a continuación un pie comenzó a moverse lenta, insinuantemente, subiendo y bajando por mi tobillo. Los ojos de mi bella se apartaron de los míos.

—El caballego de al lado suyo, ¿es un amigó? —Eché una ojeada a mi alrededor para ver al hombre de la barba—. Pagueuse que tiene mucha confiansa con usted. ¡Oh! ¡*Mon Dieu!* ¿No sega usted...?

—Se lo aseguro. Soy un *hombre*.

—*Pardonnez-moi*. Son muy gagos los hombges en este país. —No puedo relatar que más dijo, porque mi mirada había sido capturada desde el mostrador por la otra bella, que lanzaba señas que ningún varón sano podía confundir. Mi compañera recuperó mi atención—. ¿Encuentga atgactiva a mi amiga? —Me preparé para una explosión de celos femeninos, pero, sorprendentemente, mi compañera añadió—: Le gustaguía conoceglá, *non*?

—*Non* —contesté ausente—, esto... *sí*.

—*Un moment*.

Mi bella se levantó y se fue hacia el mostrador. Supe que sólo tenía un instante.

—¡Señor! —recriminé al hombre de la barba—. No hemos sido presentados.

—Las manos —contestó imperturbable, mirando a lo lejos.

—¿Perdón?

—Los pies —añadió, chupando el cigarro.

—Señor, no comprendo su...

—Las manos. Los pies. Pero hombre, por Dios, ¿no le resulto conocido?

—¡Holmes! —Tuve que utilizar todo mi autocontrol para no chillar.

—Hable lo más bajo que pueda. Estoy aquí en contra de los consejos de mi médico.

—Pero, ¿qué...?

—No habrá pensado que le enviaría al peligro solo, ¿verdad, amigo? Pero me decepciona. La primera cualidad de un investigador criminal es poder ver a través de un disfraz.

—Como su consejero médico, no le puedo permitir que...

—La mejor medicina es la caza. ¿Recuerda por qué está aquí?

—La presa no está a la vista. No me puede escatimar alguna satisfacción.

—Una de las especies más peligrosas del mundo es la mujer sin rumbo y sin amigos. A menudo es el más útil de los mortales, pero es la inevitable instigadora de los crímenes de los demás.

—Holmes, creo que está celoso.

—Recuerde mis métodos: No fiarse nunca de las impresiones generales, sino concentrarse en los detalles. ¿Ha examinado de cerca las manos de sus amigas?

—Las manos son la regla de los hombres. En las mujeres, es la manga. —Las dos mujeres abandonaron el mostrador y avanzaron hacia nosotros—. Estaré encantado de servirle más tarde. Pero ahora, permítame satisfacer mis instintos naturales.

Holmes resopló y se levantó del diván. Un instante más tarde una dulce voz dijo:

—Mi amiga también lo ha encontrado muy atractivo.

Me puse de pie frente a la mujer de rojo. Tenía una figura perfecta, regia, un poco corta y gruesa para la simetría, pero con unos ojos maravillosos y una tupida melena de cabello negro. Era una criatura de los trópicos, una hija del sol y de la pasión, que debería ser, pensé con un estremecimiento, celosa con toda la fuerza de su fiero amor tropical. Mi amiga dijo:

—Éste es el Doctog John...

—¡Jokanaan! —gritó la mujer de rojo, lanzando fuego por los ojos—. ¡Todos los demás hombres me resultan odiosos, pero tú eres hermoso! ¡Estoy sedienta de tu cuerpo, Jokanaan! —Se abalanzó sobre mí. Instintivamente retrocedí, cayendo sobre el diván. Se deslizó junto a mí, entrelazando sus manos en mi cabello—. Ha sido tu cabeza la que me ha enamorado, Jokanaan. No hay nada tan negro como tu pelo. ¡Déjame tocar tu pelo! —Agarró mi cabello con ambas manos y estiró hasta que grité de dolor. Eché una mirada de súplica en dirección a Holmes, pero se había dado la vuelta de forma ostensible. Presionaba insistentemente su cuerpo contra el mío, estirando su cara hacia la mía—. ¡Es tu boca la que deseo, Jokanaan! No hay nada tan rojo como tu boca. ¡Besaré tu boca, Jokanaan!

Lo hizo, de forma prolongada. Yo luchaba por liberarme, boqueando para respirar, ante la carcajada de los parroquianos.

—¡Menudo calentón has cogido, Sally! —dijo uno.

Me desasí de su abrazo y retrocedí jadeando hasta llegar al lado de Holmes.

—¿No querías nada de mí? —se acercó contoneándose, seguida de su risueña amiga.

—Bueno, Watson —dijo Holmes—. ¿Ya ha satisfecho sus instintos naturales?

—¡Es un comportamiento impropio de una dama! —exclamé, arreglándome la corbata y deseando desaparecer.

—Quizá ahora me escuchará. Conoce mis métodos. Aplíquelos. ¿Ha visto alguna vez unas manos y unos pies como los de su amiga?

—Ahora que lo menciona... —dije, estudiándolos.

—Creo que lo mencioné anteriormente.

—...son un poco grandes.

—Lo está haciendo maravillosamente. ¿Grandes para qué?

Debía tener un aspecto cómico, arqueando las cejas y frunciendo los labios, con los ojos fijos en las dos mujeres que estaban rodeadas de admiradores, uno de los cuales palmeaba familiarmente los cuartos traseros de la mujer de rojo. Ante mi

asombro, ella le devolvía la palmada con mayor fuerza. Por segunda vez en aquella tarde, mi mente sufrió una sacudida.

—¡Holmes! ¿No querrá decir...?

Cuando miraba con horror, la bella vestida de satén que un momento antes había fijado su boca a la mía, alzó su pierna sobre la barandilla de una forma inconfundiblemente masculina.

—¡Es el colmo! Me marcharé de esta cloaca llamada Londres. ¡Volveré a San Francisco, donde los hombres son *hombres*!

—Bueno, Watson —dijo Holmes, desprovisto de conmiseración—, ha organizado un buen lío. —Bajé los ojos, encogido como un cachorro asustado ante un palo. No llegó a caer. Cuando miré hacia arriba, las aletas de la nariz de Holmes temblaban y sus ojos estaban fijos en un punto detrás de mí—. No se mueva, Watson —dijo en voz baja y emocionada—. ¡La presa se acerca! —Wiggins se nos unió—. Debe meterlo en nuestra red. Si veo peligro, intervendré. ¡Buena caza!

No lancé ninguna mirada hacia la puerta, pero Wiggins me prestaba sus ojos.

—Es usted su tipo de pieza, señor. Pediré una copa y le diré que está buscando a alguien nuevo esta noche —(mi virilidad sintió repugnancia sólo de pensarlo)— y que es muy generoso con los chicos que le tratan bien.

Me enjuagué la frente y reflexioné sobre mi posición: En un lado de la habitación estaba Holmes, disfrazado de alguien «así». En el otro lado estaba Wiggins, que era «así», pero que nos había engañado haciéndonos pensar que no lo era y que ahora simulaba serlo. Junto a Wiggins había dos hombres que simulaban ser mujeres, rodeadas de otros que eran (por así decirlo) mujeres que simulaban ser hombres. Afortunadamente, entre toda esta confusión yo, por lo menos, sabía quién era.

—¿Tiene fuego, señor? —preguntó una voz a mi lado.

No había ninguna duda de que era el gentil muchacho que me había descrito Holmes. Por encima de un largo cuello almidonado, observé los ojos azules, el pelo muy rubio, la boca sensual y una tosca timidez. Iba vestido de una forma que revelaba claramente su posición económica y llevaba un cigarrillo. Mi mente, como he admitido anteriormente, algunas veces trabaja muy despacio. Saqué mi reloj y respondí:

—Las diez menos cuarto.

Se sentó junto a mí.

—¿Viene a menudo por aquí, señor?

—Ocasionalmente, con un amigo.

—Entiendo, señor. Ésta es su noche para salir solo. No es tan divertido venir solo, ¿verdad? Yo generalmente acompaño a los conciertos a mi tío, con quien vivo desde que llegué de Sussex. No es muy comprensivo respecto a ciertas cosas, pero esta noche está fuera. No andemos con remilgos, señor, no tiene sentido entre aquellos

que saben que el otro es «así», ¿verdad? Me gustaría invitarle a mi casa. —De repente se me quedó la boca seca. El muchacho añadió con signos de impaciencia—: Si usted quisiera... —Yo todavía no podía hablar. Se levantó—: Desde luego, si no tiene inconveniente...

—Yo... estaría encantado —conseguí decir.

—La casa sólo está a unas pocas manzanas de aquí. ¿Nos marchamos ahora y así evitamos las aglomeraciones?

Al pasar por delante del mostrador, observé que mis dos bellas estaban enzarzadas en una discusión tremenda. La vergonzosa de verde estaba tirándole del brazo a la otra, que protestaba:

—No me voy todavía. Estoy pasando un rato maravilloso.

—¡Vámonos! ¡Hay problemas! El gerente ha ido a buscar a un guardia. Te dije que no deberíamos venir aquí.

—No iba a lucir mi vestido nuevo en los mismos viejos antros de perdición. Tú puedes hacerlo, si quieres. ¡Ordinaria, que eso es lo que eres, una ordinaria!

La puerta quedó repentinamente bloqueada por un guardia.

—¡Vi y Sally! Chicas. ¿No os lo advertí la última vez en el Alhambra? Quedáis arrestadas en nombre de la Reina.

Cuando entramos en el pasillo, me tranquilicé al ver que Holmes nos estaba siguiendo a una distancia prudencial.

—Vamos, querida, sabes que no me gusta, pero tengo que hacer mi trabajo.

—¡No he hecho nada! ¡Estaba con el amigo de este caballero! Miré hacia atrás. Para mi horror vi a Holmes, atrapado en la puerta, agarrado por la mujer de verde.

—¡Dígale que estamos juntos! —suplicaba.

—En ese caso, señor, tendré que llevarle también. Puede contar su historia en Bow Street.

El chico me miraba con impaciencia. Durante un instante, los ojos de Holmes se cruzaron con los míos y dijeron: «¡Vamos! Quedaré libre y le seguiré como sea».

Lamentándolo, seguí al chico por la sala, perseguido por una voz aguda que gritaba:

—¡Quítame las manos de encima! ¡Soy una reina y tú a mí no me desprecias!
¡Traedme la cabeza de Jokanaan!

12.

La historia de un sabueso fantasma

Una cortina gris, sólo rota por los halos borrosos de las lámparas de gas, había descendido sobre Londres cuando el joven y yo salimos del St. James. Un coche nos habría resultado inútil, así que echamos a andar. Mientras recorríamos las pocas manzanas Regent Street abajo a través del grasiento remolino, figuras tan borrosas y confusas que apenas podía decir si eran hombres y que después se mezclaban de nuevo en el banco de niebla, me dejaban con la pregunta de si sólo habrían sido producto de mi imaginación. En la distancia, el Big Ben comenzó a dar las diez, y mi mente, oprimida por oscuros presentimientos, recordó una frase de una leyenda del Suroeste: «Las horas oscuras cuando las fuerzas del mal se exaltan».

Junto al Raleigh Club giramos por Charles Second Street, caminando hacia un edificio de dos pisos situado en la esquina, que estaba perfilado por el resplandor amarillo de sus ventanas. Poco antes de llegar allí, nos cruzamos con un grupo de hombres pobremente vestidos, que fumaban y reían, y vi también una cuadra calle abajo. De repente, me vino a la memoria Yew Alley, a través del cual el sabueso fantasma había perseguido al Baronet, inocente vástago final de un desfile de antepasados entre los que se ocultaba una terrible tendencia que llegó a perseguirlo.

Mi corazón martilló violentamente, mis pies vacilaron sobre el empedrado y por un momento tuve miedo de continuar. Pero el recuerdo de Holmes, atrapado en la Comisaría de Bow Street, tratando desesperadamente de liberarse, me hizo volver al deber y me acordé de que el sabueso fantasma, después de todo, resultó ser solamente un ser humano y además, uno al que conocíamos.

En la sala de entrada, tenues compases de una cancioncilla de music-hall, «Glicerina», flotaban en el aire; se desvanecieron cuando la puerta se cerró detrás de nosotros. La habitación era amplia y ricamente alfombrada. A través de la débil luz de la lámpara de gas tuve la visión de sillas de terciopelo y un sofá también de terciopelo, de respaldo bajo, frente a una vistosa chimenea de mármol blanco en la que ardía un acogedor fuego. Sin embargo, mis ojos se sentían irresistiblemente atraídos por una hornacina, parcialmente cubierta por una delgada cortina, tras la cual sabía que reposaba la caja fuerte de bordes de bronce que era el objeto de la atención de Holmes. Tan pronto como el joven se excusó para traer la licorera y la puerta se cerró tras él, salté hacia adelante y corrí la cortina.

La caja fuerte era exactamente como la había descrito Wilde, con tres discos de números concéntricos. Giré uno tanteando, sin esperanzas de que nadie pudiese

adivinar la combinación que daba acceso a las casillas interiores. («Estoy seguro de que puedo abrirla en minutos, si no en segundos», había dicho Holmes, pero eso fue cuando estaba libre).

Se oyeron pisadas en el vestíbulo y apenas tuve tiempo para echar la cortina y reclinar me lánguidamente contra la repisa de la chimenea antes de que entrase el joven.

—Usted es médico, ¿no, señor? —comentó mientras servía mi copa. Mi expresiva cara debió acusar asombro—. La mancha de nitrato en su dedo. Los médicos son siempre afables y adinerados. No les importa pagar por las cosas buenas de la vida. —Alzó su vaso—. Por Inglaterra, el hogar y la belleza. Es el brindis favorito de mi tío.

Agradecí la bebida, mientras el gran fuego hacía sofocante la habitación.

—¿Por qué no se quita la chaqueta, señor? —me sugirió el chico—. Es lo más apropiado; no hay nadie aquí excepto nosotros. —Él ya estaba desabrochando los botones de mi chaleco, con sus ágiles dedos deslizándose en mis bolsillos, donde guardaba mi pastillero y mi reloj—. Debe tener un bonito reloj en esa cadena.

—Fue de mi padre, y después de mi hermano mayor.

—¿Puedo verlo, señor? —Un pequeño recuerdo del relato del hombre enmascarado se agitó en mi mente, pero podía acordarme del siguiente acto del drama. No obstante, estaba decidido a mantenerme lejos del joven, mientras él giraba el reloj de un lado a otro a la parpadeante luz de la lumbre. Me senté a cierta distancia en el sofá—. H. W. ¿Las iniciales de su padre?

—Watson.

—Eso es escocés, ¿no? —Mi mente evocó las caras de mi desgraciado hermano mayor, cuya mano había sujetado yo como si fuera un niño, y de mi inútil padre, que le había dado el reloj en su lecho de muerte—. No han tenido cuidado con él —dijo el joven, deslizándose en el sofá a mi lado—: Está abollado por dos partes y la carcasa cortada y marcada. —Me alejé hacia el extremo del sofá—. Pero, desde luego, su hermano lo tuvo. —Implacablemente, se deslizó a lo largo de los cojines hasta que de nuevo mantuvo contacto conmigo y me di cuenta, alarmado, de que mi espalda estaba contra el reposabrazos del sillón—. Gracias por enseñármelo —dijo, tendiéndome el reloj.

De repente, mi memoria me proporcionó las palabras del hombre enmascarado: «Se resbaló de nuestras manos a su regazo, y desde allí al cojín». Retiré mi mano, pero el joven empujó el reloj hacia mí y cayó sobre mis rodillas. Pugué por levantarme, pero él se inclinó sobre mí, con su cabeza prácticamente en mi regazo, con todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Desde detrás de nosotros llegó el sonido de una puerta que se abría y de una voz enérgica:

—Jackie, hijo... ¡en nombre de...!

Me desembaracé del abrazo del joven y a duras penas me puse de pie, percibiendo consternado que mis ropas no solamente estaban arrugadas, sino también abiertas. Me aparté, revolviéndome para abrocharlas.

—¿A qué estaba forzando a mi sobrino? ¡Esto es un asunto de la policía!

El joven se levantó del suelo, donde se había dejado caer.

—¡Tío...!

—Comprendo, Jackie, hijo. ¿Ves la clase de hombres sobre los que te he advertido? ¡Míreme, señor! —Tomando fuerzas para la confrontación, me di la vuelta y vi a un hombre fornido, de mediana edad y porte militar, con un rostro severo y franco, boca de labios finos, sombreada por un bigote y facciones bronceadas, convulsas por la pasión. Al verme la cara, sus ojos se abrieron y la dura expresión se tornó abruptamente en un asombro boquiabierto—. El Doctor Watson... supongo.

—¡Supone usted demasiado, señor!

—Doctor Watson... —repitió perplejo.

—¡Johnny! —gritó el joven con voz estridente y tiránica—. Estás descubriendo el pastel.

La expresión sorprendida del hombre se fue suavizando poco a poco hasta esbozar una sonrisa.

—Sé buen chico y déjanos solos.

—Veo que he perdido la noche.

El muchacho se marchó contoneándose.

—Doctor Watson. Éste es un gran momento.

(Nota del Editor: Desde este punto del manuscrito hasta la página 123 de esta edición, por la razón explicada en la carta de Sherlock Holmes en el Apéndice, el papel y la letra son significativamente distintos).

—¿Todavía no me reconoce? —observó con una risita seca, saboreando mi confusión—. ¿O no se atreve a reconocer un fantasma de su pasado? Le refrescaré la memoria. —Se cuadró en un saludo militar y ladró—: ¡Señor! 66° Regimiento de Infantería de Berkshire, Princesa Charlotte de Gales... ¡Soldado John Murray!

Ahora era yo quien miraba pasmado por un incontrolable asombro. Mi mente quitó el bigote, adecuó los rasgos a quince años antes, y allí estaba mi valiente y leal ordenanza.

—¡Murray! —dije con voz entrecortada—. ¿Qué está haciendo usted...?

—¿Aquí? Podría hacerle la misma pregunta, si no conociera la respuesta. Algunos nos damos cuenta antes y otros después. Es una lástima malgastar los años jóvenes, pero la mayor pérdida es no llegar a darse cuenta. Ha derramado su bebida. —Cogió su vaso—. ¿No le recuerda el pasado? Hace quince años, cuando yo le servía sus

tragos de whisky en las llanuras de Afganistán... —Con voz juvenil dijo las bien recordadas palabras—: «Quería un whisky, señor, ¿no?»

Los años se derrumbaron. Yo también volvía a ser joven, de pie en mi tienda con mi fiel asistente, que se anticipaba a todos mis deseos.

—¿Cómo lo supo? —contesté con una voz juvenil que alarmó incluso a mis propios oídos.

—Intuición, señor —dijo orgullosamente, como antaño. Los años descendieron de nuevo, mientras un pensionista de mediana edad y un rufián estaban sentados en la casa más vil de Londres—. ¿Quién podría haber adivinado hace quince años que esta noche estaríamos aquí sentados como dos caballeros? Un hombre debe vivir para algo, y yo he vivido para encontrarle de nuevo ¡Pero en mi propia casa...!

—Su propia casa —repetí estúpidamente—. ¿Pero cómo...?

—Es una larga historia. Estoy seguro de que no le importaría escucharla.

—Estaría sumamente interesado —dije, aferrándome con ansia a la oportunidad de ganar tiempo para que Holmes se desembarazase de la custodia policial y llevase a cabo su plan.

El Jefe alzó su vaso.

—Por Inglaterra, el hogar y la belleza. Nunca tuve un hogar propio, ni ninguna belleza. Muchas veces deseé haber podido decírselo. Mi padre nos abandonó cuando yo era joven. Eso hace sentirte no deseado. Mi hermana pequeña y yo nos hicimos cargo de los demás. Entonces vino mi padrastro y se entabló una profunda antipatía por una buena razón: Un día lo sorprendí jugando con mi hermana de una forma muy peculiar. Mi madre no me habría creído. Así que me aseguré de que no volviese a estar a solas con ella. Pero un día yo fui sorprendido a mi vez con un mozo de cuadras que era «así».

—¡Él le reclutó!

—¡Oh, señor, no! Me enrolé al nacer. No puedo recordar ninguna época que no encontrase atractivos a los hombres, a los hombres mayores como usted. Pero debe haberse dado cuenta, su mente no es tan pura como la nieve. Me di cuenta cuando me eligió. —Mi mente rebosaba repugnancia. Si no hubiese sido porque habría arruinado el plan de Holmes, habría puesto fin a aquella conversación—. Mi padrastro me llamó «parásito» y me dio una paliza. Entonces estábamos pasando tiempos difíciles. Yo conocía los sentimientos de mi madre porque estábamos muy unidos. (Nos acusan de eso como si fuera un crimen... Me pregunto qué sienten por sus propias madres). Entonces, un día, vino al pueblo un hombre de Londres. Vestía como un clérigo, pero tenía un aire maligno. Le vi en un bar con mi padre, solos los dos. Al día siguiente, cuando fui a casa, mi padre tenía el bolsillo lleno de pasta y mi hermana se había ido. Ya lo ve, la vendió. Me enfurecí y fui golpeado de nuevo... El pesaba treinta kilos más que yo y no luchaba según las reglas de Queensberry. Me echó de casa, pero no

me importó. Vine a Londres a buscarla.

»Las historias que había oído sobre la perversidad de la ciudad son ciertas. Mi primer día aquí, un hombre me contrató y me llevó a una casa de Cleveland Street. Me extrañaba que me dieran dinero por algo con lo que yo disfrutaba mucho y volví a menudo cuando no estaba trabajando como mensajero o buscando a mi hermana. Finalmente la encontré en una de esas casas. Me quedé fuera, observando a los hombres que entraban. La Sociedad decía que podían hacer con ella lo que quisieran, siempre que lo hicieran discretamente. Me los imaginaba volviendo a casa con sus familias.

»Para acortar esta larga historia, ahorré dinero y lo ofrecí para comprarla. Se estaba haciendo vieja para ellos... casi once años... y estaba enferma... ya sabe lo que quiero decir, Doctor.

»No tenía dinero suficiente para médicos ni para hospitales, así que no estuvo enferma durante mucho tiempo. Después de aquello no me pude quedar en Londres; su cara se me aparecía en sueños. Así que me alisté en el Ejército y de ese modo llegué al Regimiento. ¿Vuelvo a llenar su vaso? Yo tomaré otro. Parece mentira, los dos aquí, sentados como dos caballeros.

Miré mi reloj y, desesperadamente, exclamé: —Usted era un muchacho arrogante.

—Tenía un escudo que me protegía. Nadie me iba a atrapar y a herir otra vez. Pero le conocí a usted. Era todo lo que yo había querido y nunca había tenido: padre, hermano, marido. Y era cálido y amable, como una mujer. Supe que quería estar con usted, y usted debería haber visto algo en mí. Comíamos en los mismos platos y dormíamos en la misma tienda. ¡Dios mío! —Mi mente retrocedió hasta vernos el uno junto al otro en la tienda— Y me di cuenta de que, después de todo, mi corazón no estaba muerto. Pensé que debería sentir algo por mí, también. Me hice la promesa de que sería su fiel sabueso, como el asistente del Capitán Bruce. —Mi cara debió revelar sorpresa—. ¿No sabía que el Capitán Bruce era «así»? Los asistentes lo sabíamos. Y el General Gordon... —¡El General Gordon!

—Le gustaban los chicos árabes. Y el General Lord Kitchener... —Me sentí desmoronado. ¡Lord Kitchener no!—. Hace un año oí decir que él y el hijo de Lord Queensberry, Bosie...

—¡Eso es monstruoso! —grité, tapándome los oídos con las manos.

—Así es como me sentía... monstruoso, cuando pensaba que era el único, o que si había otros solamente eran la escoria de la sociedad. ¿Vuelvo a llenar su vaso? Parece necesitarlo.

—Por favor... continúe —dije, volviendo a mirar el reloj.

—Me sentía celoso del tiempo que pasaba con el Capitán Galbraith.

—¡No había nadie más valiente en el Regimiento!

—Un tipo duro, sin sentimientos, tan diferente de usted. Pero usted era su tipo y

él el suyo. —Mi mente se rebelaba y mi preocupación por Holmes aumentaba minuto a minuto—. Por supuesto todo terminó en Maiwand. Cuando los Ghazis llegaron hasta nosotros, casi eché a correr, pero usted permaneció allí... firme como el acero, la espada enhiesta... con su mano en el hombro diciendo: «Calma. Tranquilo como un hombre». No me importaba morir, siempre que lo hiciese a su lado.

Hizo una pausa, como esperando a que yo dijera algo.

—Usted siempre fue un muchacho valiente. Simplemente, no lo sabía.

Por la cara que puso, no era la respuesta que estaba esperando.

—Cuando cayó, no me paré a pensar, sino que lo subí al caballo. Intenté seguirle al hospital, pero me ordenaron volver a las líneas. Después vino la retirada a Candahar, y pasaron meses antes de poder marcharme y llegar a Peshawar. Me dijeron que había sido enviado a Inglaterra el día antes, licenciado por invalidez.

—En el *Orontes*.

—Me quedé allí, clavado como un perro ante la tumba de su amo. Una noche hubo un oficial, quizá fui estúpido, quizá lo hice a propósito. Fui arrestado. Metido en la trena. Licenciado vergonzosamente y embarcado a Inglaterra en el siguiente viaje del *Orontes*. Cuando atracamos en el puerto de Portsmouth me retrasé porque tenía que ver a un médico a causa de la flecha del parto. (Ya sabe lo que se comenta sobre la Marina Británica). El médico era una buena persona, deseoso de hablar de un libro que estaba escribiendo, pero me marché a Londres. Le seguí la pista hasta un hotel privado en el Strand. Aquella vez le perdí por horas; me dijeron que acababa de trasladarse a un piso con otro hombre.

—¿Qué día sería?

—El día después de Año Nuevo del 81.

¡Era verdad! Aquel día de Año Nuevo había encontrado a Stamford en el Cri y le mencioné que en el Hotel me estaba gastando más dinero del que podía permitirme. En una hora me había presentado a Sherlock Holmes y al día siguiente tomamos posesión de las habitaciones en Baker Street.

—A menudo he pensado en lo diferente que habría sido para mí si le hubiera encontrado. Pensaba que sería más fácil encontrar un médico en Londres, pero nunca me he cruzado con la suerte. Todavía era joven, así que volví a mi antiguo oficio. Ahora no era tan espontáneo como cuando llegué del campo. Había recorrido mundo y había aprendido cosas. También era un soldado y eso resulta atractivo para muchos, así que nunca me faltó compañía. Pero nunca hubo nadie que me quisiera para más de una noche. Nunca hubo nadie que me hubiese atendido durante días como lo hizo usted, cuando tuve las fiebres.

—Era mi deber cuidar de un soldado enfermo.

—¿Y exponerse al contagio en su tienda? No creo.

—¡Tonterías! —exclamé, recordando la figura atormentada en la litera, con los

ojos suplicantes, la sonrisa agradecida cuando bañé su cuerpo... ¡Dios mío! Gotas de sudor surgieron en mi frente cuando recordé cómo movía la esponja sobre sus miembros...

—Después, claro, llegó la Enmienda Labouchere. Llega un momento en el que hasta los Liberales dicen basta; generalmente a nosotros. De repente éramos criminales sólo por el hecho de ser nosotros mismos, y los trenes que enlazaban con los barcos iban llenos de gente que era «así». Un noble lord me pidió que fuera con él. Durante un año viajamos por el Continente, por los lugares habituales para los de nuestra clase: Florencia y París, donde los que eran como nosotros lucían el clavel verde. Se cansó de mí como aventura, pero me quedé de sirviente, para aprender las cosas que me podrían ayudar a ascender en el mundo. ¿Le sirvo otro? —Volví a mirar el reloj de soslayo. Seguramente Holmes ya se habría liberado de Bow Street, pero, ¿por qué no había venido?—. Nada como las cosas bonitas de la vida, ¿verdad? Es una de las razones por las que nos odian los otros. Uno de ellos me preguntó: «¿Realmente lo hacéis más que nosotros?», y yo le contesté: «No más, pero sí más a menudo». —Murray volvió con el vaso—. En el 90 volví a Londres, probablemente porque lo único que hay mejor que abandonar Londres es volver. Ya no era joven, y no me resultaba tan fácil encontrar compañía. Los de nuestra clase anhelamos la juventud mucho más que los demás. Por fin me alcanzó la suerte: se llamaba Jackie. Acababa de llegar de Sussex, huyendo de un hermano mayor que constantemente le daba un significado repugnante al «amor fraternal». Era una persona maravillosa y Londres se lo habría comido vivo. No tardamos mucho tiempo en darnos cuenta de que nos iría muy bien juntos.

»Todo cambió con la Cédula del Chantajista. Ahora era un crimen y todo lo que teníamos que hacer era amenazar: la Ley era tan peligrosa para ellos como lo éramos nosotros. En aquella caja fuerte hay lo suficiente para que Jackie y yo vivamos cómodamente el resto de nuestras vidas. Compramos esta casa (la llamé la Casa Particular por razones sentimentales) y la de detrás de las caballerizas. Pero lo que importa ahora es que usted y yo estamos juntos.

Cuando se sentó a mi lado, mis músculos se tensaron y mi hombría se rebeló ante la idea de que, al ganar tiempo para Holmes, podía estar dando ánimos a Murray. Igual que cuando un hombre importuna a una mujer, dijo:

—Si supieras cuánto he pensado en este momento... John. Puso su mano en mi rodilla.

Me levanté de un salto, calculando desesperadamente los pasos que había hasta la puerta.

—Los caballeros no les dicen esas cosas a otros caballeros.

Se levantó y avanzó hacia mí.

—Es una vergüenza que no lo hagan si lo sienten.

Puso su mano en mi hombro. La aparté.

—Si me vuelve a tocar, ¡me defenderé!

—¿Soy demasiado viejo? ¿Es como los demás que vienen aquí para buscar...?

—No busco nada, y mucho menos eso. ¡No es de hombres!

—¿No demostré hombría cuando arriesgué mi vida para salvar la suya? Estoy seguro de que ha contado esa historia miles de veces.

—Desearía que me hubiese dejado morir. ¡No quiero estar en deuda con una *criatura* así!

Cuando el insulto crujió en mis labios, retrocedió como si le hubieran dado un trallazo. Sus labios temblaron y sus ojos buscaron los míos.

—Criatura —susurró, volviéndose de espaldas— Eso es hablar claro, de acuerdo. Pensemos un momento. —Se levantó por la licorera y se sirvió un trago, temblándole las manos— Quizá he ido demasiado lejos. Debería haberle dado más tiempo. —Bebió el whisky de un trago—. Quizá si nos sentásemos ahora, podríamos... otra vez.

Si no hubiera ido más allá de los límites de la simpatía sana cuando estaba fuera de los límites de la clase humana, podría haberme apiadado de él en esos momentos en que me miraba como una bestia herida al cazador.

—¡Échese a un lado! —ordené—. ¡Esto es una detención ilegal!

Se adelantó tendiendo sus manos hacia mí.

—Fui demasiado lejos... ahora me doy cuenta. —Se agarró a mí y su voz viril dio paso a un trémolo añinado—. ¡No me vuelva a abandonar! ¡Por favor, señor, se lo ruego! —Y después, las palabras que yo más temía oír—: ¡Te quiero!

Le di una bofetada. Con un horrible grito de agonía, se balanceó hacia atrás, palpándose furiosamente las mejillas. Después cayó desmayadamente en una silla.

La puerta del vestíbulo se abrió de repente, para dejar pasar al hombre que nos había abordado a Holmes y a mí.

—¿Algo va mal, Jefe?

—No. Cierre la puerta, Charlie.

Desesperadamente valoré mis posibilidades de saltar por la ventana y escaparme a la calle.

—Así son las cosas —dijo Murray por fin—. Un hombre tiene que vivir para algo, y yo he vivido para encontrarle a usted. —Se levantó vacilante y de nuevo se acercó a la licorera—. En mi vida he tenido ascensos y caídas, pero he aprendido a no llorar por la leche derramada. —Con manos temblorosas se echó un gran vaso de whisky y lo bebió de un trago—. Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué *vino* aquí y por qué está representando el papel de la hermana Ana en la ventana?

(Nota del Editor: En este punto del manuscrito vuelven a aparecer la escritura y el papel originales).

El hombre del Jefe volvió a entrar.

—¿Vienen por las cartas, Jefe?

—Ya vio el anuncio. Deben de estar a punto de caer sobre el viejo.

—Jefe, Wiggins está ahí fuera con un tipo.

—Wiggins, ¿otra vez a la caza? Creía que había prosperado en el negocio de los periódicos y que trabajaba para... ¿qué aspecto tiene el tipo?

—Alto, delgado, cara afilada, penetrantes ojos grises. Amigo de este tío de aquí.

—Entretén a Wiggins. Haz pasar al tipo. —La mandíbula del Jefe se endureció. Con gran parsimonia eligió un puro y lo encendió. Después, traspasándose con sus ojos tan brillantes y acerados como un estoque, dijo—: Fue Judas, ¿no? El que demostró que sólo nos pueden traicionar aquellos a los que amamos. Si usted estuviera aquí como un espía, le resultaría más difícil salir que entrar.

La puerta se abrió de repente y entró Sherlock Holmes con elegancia casual, vestido con su habitual traje y estilo.

—¡Bienvenido, señor Holmes!

La puerta se cerró tras él y se oyó cómo se corrían los pestillos.

—Ha oído hablar de mí —dijo Holmes con agrado.

—Todo el mundo ha oído hablar de usted, pero no sabía que usted hubiera oído hablar de nosotros.

—Debe saber que, desde este momento, queda arrestado.

—Es divertido verle intentar jugar una mano sin cartas.

—Eso es lo que usted cree —dijo con tranquila confianza. Sus ojos recorrieron la habitación, fijándolos durante un instante en el hueco de la cortina.

—¿Puedo ofrecerle un puro? ¿Whisky? Quizá usted, Watson. —Los ojos de Holmes buscaron los míos—. Señor Holmes, usted conoce a este caballero con quien he estado conversando antes de su llegada.

—Ha sido mi amigo íntimo durante quince años —contestó Holmes.

—Compañero íntimo durante... —El Jefe se interrumpió bruscamente con una expresión de alarma. Mi corazón martilleaba. Lo que siguió fue sorprendente. Con modales tan desenvueltos como los de mi amigo, el Jefe dijo—: Antes de que me lleve esposado, demuestre sus bien conocidas facultades deductivas.

—No tengo tiempo para estupideces.

—O quizá es que los relatos han sido exagerados. Nunca los he leído, no tengo ningún interés por los crímenes de la vida real. Deme una horrible novelucha barata y los personajes son más reales que los de la realidad; a mí no me importa si las cosas son falsas, siempre y cuando mantengan mi interés. Si usted quiere mostrarme sus poderes, yo le mostraré los míos. Usted no me ha dicho nada, ¿verdad, señor? —me dijo a mí, como un médium antes de una sesión de espiritismo—. Aun así, le aseguro, señor Holmes, que podría decirle muchas cosas. Es un caballero de la clase médica,

pero con aires militares. Ha estado en los trópicos y ha sufrido penalidades y enfermedades. Ha sido herido en una batalla. —Yo le escuchaba atónito, ante la sorpresa y la mirada con que volvía a considerar al satisfecho villano, que añadió—: Podría decirle más cosas, pero no quiero revelarlo todo de una vez.

La respuesta de Holmes me sorprendió:

—No puedo deducir nada aparte del hecho obvio de que ha servido en el Ejército de la Reina en el continente indio como no combatiente.

Ahora era el Jefe el que parecía sorprendido.

—He oído hablar de sus trucos. Desde luego, ha obtenido información en otra parte. Tengo noticias del almuerzo de Cartwright con Oscar Wilde. Si él fuera mi cliente, le advertiría que evitara alcahuetes como Alfred Taylor. —La voz del Jefe adquirió un tono de burla hacia sí mismo—. Es mejor que confíe en mí: formal, bien protegido y con un corazón de oro. En cuanto al servicio a la Reina, suelo decir que fue en la Marina, pero... ¡Ah! ¡Llevar mi pañuelo en la manga como todavía hace el doctor Watson...! Pero los indios...

—No quiero insultar a su inteligencia diciéndole cómo interpreto eso, especialmente cuando usted no hace ningún esfuerzo por ocultar el tatuaje de su mano izquierda. He hecho un estudio sobre ellos e incluso he contribuido en su literatura. El dibujo es de un culto de adoración al diablo.

Quizás aquello explicaba la casi fatal enfermedad que padeció.

—Pensaba que usted había hecho algo inteligente, pero veo que, después de todo, no es nada. ¿Y mi condición de no combatiente?

—¡Holmes! —interrumpí—. Su reputación sufrirá si es tan cándido con sus métodos.

—Tiene razón. ¿Hablamos de negocios? —A mí aquello me recordaba un combate de boxeo, donde los luchadores giraban el uno alrededor del otro buscando un fallo— Ha conspirado con el Marqués de Queensberry para pervertir a mi botones.

—Si ésa es su carta más alta, le sugiero que abandone el juego. La gente que tiene mis tendencias puede asociarse de forma natural, usted diría «antinatural», con nobles señores; ésa es otra de las razones por las que nos teme la Sociedad. Pero no puede creer que yo llamaría su atención sobre mi casa. En cuanto a la perversión de menores, se lo dejo a los que tienen tendencias opuestas.

Ante mi sorpresa, Holmes asintió.

—Sólo estoy preguntando para confirmar mi propia conclusión.

—En ese caso, le sugiero que demos por finalizada esta conversación.

—Ha conspirado para extorsionar con amenazas a una persona notable.

—Una acusación más interesante. ¿Puede aportar detalles? —Con una perfecta compostura, el Jefe se sentó de espaldas a Holmes, frente a mí, y encendió un puro. Mirándome a la cara, dijo—: Cuénteme una historia, señor Holmes. Mis padres no

eran partidarios de consentir ese tipo de placeres infantiles. Pero no deje de hablar.

—Usted —dijo Holmes paseando por detrás del Jefe— suele obtener cartas que sugieren que personas de recursos han violado la Enmienda al Código Penal. —Mis ojos se sintieron irresistiblemente atraídos hacia Holmes, que mientras hablaba se deslizaba cada vez más cerca de la hornacina. En mi mente se hizo la luz. Volví la mirada hacia el Jefe, que todavía me miraba fijamente a la cara—. También atrae a este local a hombres que pagarán por verse libres de ser descubiertos bajo los términos de la Enmienda. —Tensé los músculos de mi mandíbula cuando Holmes medio abrió la delgada cortina y se deslizó dentro—. Su cómplice trajo aquí a mi cliente y le situó en una posición comprometida, le quitó el reloj, por cuya inscripción conoció su identidad. Al ver la oportunidad de obtener un beneficio mayor, introdujo a su amigo en su casa, colocándose en una posición que implicaba la apertura de correspondencia, y consiguiendo de este modo el acceso a direcciones. Eso es todo lo que sé.

Nada alteró la calma del Jefe.

—Continúe, señor Holmes.

—Poco después vio una oportunidad más lucrativa. ¿No le aburriré si proporciono detalles a Watson por si alguna vez quiere dejar constancia de este caso?

—Jackie conoció a algunos hombres en un bar. Él tiene inclinación hacia las malas compañías, y también una lengua demasiado suelta. Nos ofrecieron un alto precio por las cartas. Continúe.

—A pesar de su deplorable catadura moral, usted todavía es un inglés. —Ante mi inexpresable horror, el Jefe se levantó, rodeó su silla y avanzó hacia la hornacina. Me esforcé por avisarle, pero sólo me salió un suspiro—. Me gustaría pensar que usted no tiene ni idea de las terribles consecuencias.

El Jefe alargó su mano hacia la cortina.

—¡Cuidado, Holmes! —grité demasiado tarde.

El Jefe corrió la cortina y permitió ver a Holmes agachado delante de los discos.

—¡Vaya, señor Holmes! ¿Qué demonios está haciendo en ese armario? El cerrojo de la puerta saltó y el cómplice del Jefe emergió en la habitación.

—¡Jefe! ¡Pelea en la calle! ¡Un tío y esos gandules de la puerta de al lado!

—¡Párala, antes de que atraiga a los guardias! —ordenó el Jefe. Holmes salió, tan frío como siempre—. No sea tan optimista, señor Holmes. Suelo proporcionar informaciones útiles a Scotland Yard, y ellos me devuelven el favor no molestándonos aquí.

—¡Johnny! —La puerta se abrió de repente otra vez, dejando paso al joven—. ¡Entró corriendo en la casa cuando abrí la puerta! ¡Está en algún sitio, arriba! ¡Y hay guardias en la calle!

—¡Encuétralo antes de que entren!

Por primera vez, la voz del Jefe revelaba temor.

—El juego ha terminado —dijo Holmes con su forma autoritaria habitual—. Tire sus cartas. Si llegan los guardias, pronto estará detenido.

—Y usted también, señor Holmes. Será una golosina apetitosa para la Prensa, especialmente si testifico que viene aquí a menudo para dar rienda suelta a sus gustos depravados. No habría salido mejor si hubiera estado planeado.

—¡Langdale Pike! —exclamé, viéndolo todo claro de repente.

—¿Conoce a Langdale? —dijo el Jefe a Holmes—. Entonces, usted debe de ser el detective con «obvias tendencias» sobre el que está bombardeando a sus lectores. Ambicioso Langdale. Aprovechará cualquier oportunidad para ascender.

—¡Holmes! ¡Qué va a parecer esto!

—La mujer del César —dijo el Jefe—. Pero usted ya conocía el riesgo cuando vino aquí.

—Watson estaba en peligro.

—Y ahora *usted* está en peligro. Estoy seguro de que alguien en Scotland Yard está ansioso por destruirle a causa de la Moralidad... un arma que a menudo utiliza la gente contra aquellos a los que odian personalmente. Y el público: «¿Prefiere Holmes los placeres decadentes a los entretenimientos viriles? ¿Se ha visto alguna vez a gente joven entrar en sus aposentos? ¿Se pone ropa de mujer?»

Me estremecí.

—Veo que he dado en la diana. «¿Está casado?» «No». «¿Con quién pasa el tiempo?» «Con un amiguito soltero, con el que vive», «¡Aja!»

—¡Un momento! —objeté.

—Lo que cuenta en este mundo no es lo que se hace, sino lo que la gente piensa que se hace. Imagine a un presunto cliente sorprendido: «¿Qué sucederá si el criminal es *así*? ¿Revelaría Holmes su propia naturaleza?» ¿Y qué oficial de policía subiría en un coche con usted, por miedo a un destino peor que la muerte?

Holmes parecía impresionado.

—Estoy en su poder.

—En este momento está en poder de la Sociedad, que le aplastará con el destino que los de mi clase conocemos muy bien: el desenmascaramiento, el arresto, la carrera honorable que acaba en la ignominia y en la vergüenza. Se verá arrastrado a la fosa a la que tantos otros han sido empujados.

De nuevo irrumpió el hombre del Jefe:

—¡Docenas de guardias en la puerta!

—Lo siento, Watson —dijo Holmes.

—Nunca más ejercerá. ¿Qué paciente permitiría que le examinase? ¿Qué padres le llevarían a sus hijos? Es una pena que siga preocupándose por él; podríamos hallar una solución —ofreció el Jefe.

—Estoy a su disposición —dijo Holmes con dignidad—, para cualquier arreglo que permita escapar a Watson.

—¡Holmes! ¡No lo permitiré! ¡No sería propio de hombres!

—Propio de hombres —repitió el Jefe—. Por fin tocamos fondo. —Se dirigió con decisión al centro de la habitación y levantó un trozo de la alfombra. Cuando lo hizo, surgió una trampilla—. Estas escaleras conducen a nuestro sótano, y a un pasadizo que lleva a la puerta de las caballerizas. No creo que los guardias hayan llegado todavía allí. ¿Sorprendido, doctor Watson? Siempre hay una vía de escape, ¿no? Y un pasadizo oscuro hacia la libertad... o hacia la prisión.

—Vaya, Watson —ordenó Holmes.

—Usted también viene, por supuesto.

—Debo quedarme para mantenerlo aquí. La Justicia lo requiere.

—¡No iré! No podría mirarme a la cara en el espejo nunca más —protesté.

—¡Qué hermosa pareja! —se burló el Jefe—. Supongo que nunca se han dicho una palabra tierna el uno al otro, por miedo a que se pensase que eran «poco hombres». Pero sólo he estado jugando con ustedes. Ha sido cruel, pero... —se giró hacia mi—, otros han sido más crueles conmigo. Su vida no fue salvada en Maiwand para que la malgastase en Londres. Váyanse los dos. No soy un buen hombre, pero soy mejor de lo que ustedes creen. Le prometo, señor Holmes, que no saldré de esta habitación hasta que tenga las esposas puestas.

—¡Johnny! —gritó el joven—. ¡No sabes lo que estás haciendo! ¡Te pudrirás en la cárcel! ¡Comerás carne hedionda frita con sebo! ¡Recogerás estopa hasta que tus dedos sangren hasta el hueso! ¡Quebrantarán tu cuerpo y tu espíritu hasta que termines muriéndote o volviéndote loco! ¡Podemos huir todos!

Desde el vestíbulo llegó un sonido de golpes en la puerta principal.

El Jefe sacudió la cabeza.

—Esta trampa no los engañará durante mucho tiempo. Alguien tiene que despistarlos.

—Ven con nosotros, Johnny. ¡Por favor!

—Esto no podía seguir así siempre, Jackie. Debemos aceptar lo que nos manda el Destino. —El Jefe encendió un puro, mirando tranquilamente hacia el vestíbulo, más allá del cual los golpes se habían mezclado con una cacofonía de silbatos—. Creo que los guardias están a punto de derribar mi puerta principal.

Los ojos de Holmes se quedaron clavados en el Jefe con, casi podría jurarlo, un rasgo de admiración.

—Es una madeja muy enmarañada.

—Está buscando una explicación difícil, pero la verdad es muy sencilla. Quizá alguien se la explique un día... o quizás no.

A los golpes y ruido de silbatos se unió un imponente sonido rítmico.

—Puede confiar en mí con toda seguridad, señor Holmes —añadió el Jefe con mucha flema—. He demostrado mi valor y mi lealtad. He tenido el mejor maestro.

—¡Confíe en él, Holmes! —grité.

Holmes permaneció mirando la cara del Jefe. Después, con una súbita decisión, entró en la trampilla y descendió por los estrechos peldaños. Me apresuré tras él. Desde arriba, me llegó la voz del Jefe: —Adiós John, no mire hacia atrás.

Los sonidos rítmicos interrumpían una voz aguda y malhumorada:

—Te estás destruyendo tú mismo, ¡y para qué! Si piensas... considera que yo me quedo... con... ¡Ohhhh! —El último grito fue proferido en un tono de absoluto terror, y cuando se volvió a oír la voz, era el sonido lastimero y sollozante de un niño al que le duele algo—: ¡Oh, Johnny! ¡Tengo tanto *miedo*!

Me vino a la mente la imagen del Jefe, rígido e imperturbable.

—Tranquilo —llegó su voz—. Compórtate como un hombre.

No muy lejos se escuchó el ruido de una puerta derribada; unos pasos pesados en el rellano; el golpe violento de una puerta. Holmes subió rápidamente las escaleras, agarró la trampilla y la volvió a dejar en su sitio, sumergiéndonos en la oscuridad.

13.

Un vertedero, no un establo

Oscuridad. Una oscuridad como jamás había experimentado. Mis manos palparon en la repentina lobreguez del sótano. De repente, los fríos y finos dedos de Holmes se deslizaron sobre los míos y me dio un apretón tranquilizador. Después, con ese instinto felino que poseía en grado extraordinario, me condujo con rapidez a través de oscuros pasadizos y escaleras arriba hasta una puerta perfilada por líneas de la luz de la luna. Una fina franja a través de su cara me mostró su expresión grave y me hizo comprender que podíamos estar en un peligro mayor, porque el Jefe podía habernos lanzado a los brazos de los guardias. Ahora nosotros éramos como los de su misma especie: La Ley era tan peligrosa para nosotros como los criminales.

Con el corazón desbocado, observé cómo accionaba Holmes un cerrojo con su pulgar y abría una puerta.

—Vamos, Watson —susurró.

La media luna bañaba los establos con una luz suave e incierta y cubría de plata los bordes de las nubes que estaban suspendidas a poca altura en el callejón. No nos aguardaba ninguna emboscada.

—Me ha salvado la vida y la reputación —susurré.

—Habiéndolas puesto en peligro antes. Ahora tenemos que encontrar un coche. Los de la casa saldrán pronto. ¿Un carruaje? —Las últimas palabras de Holmes fueron pronunciadas con un tono de total asombro. La puerta de un coche aparcado al final de los establos comenzó a abrirse— ¡Rápido, Watson! ¡Póngase contra la pared!

Aplastamos nuestros cuerpos contra los ladrillos. Mi corazón martilleó cuando la puerta se abrió más allá y una silueta descendió de forma desmañada.

—Los viajes terminan con encuentros entre amantes. —Wilde encendió un cigarrillo tan alegremente como si estuviera en su club—. Me imaginé que necesitarían transporte. Me he pasado varias horas esperando.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Holmes enérgicamente—. Pronto estarán vigilando la calle, si no lo están ya. *Chist.*

Holmes saltó detrás del coche y nos empujó con él. A la entrada de la caballeriza, destacándose contra la farola, apareció una figura vestida de policía. Observó la caballeriza y después se volvió, bloqueando la salida.

—¡Demasiado tarde! —exclamé con una aguda decepción que avivó el dolor en mi pecho—. Y no podemos retroceder.

—Entonces debemos seguir adelante —dijo Wilde—, después de negociar con

esa persona.

Holmes había sacado de debajo de su abrigo su porra llena de perdigones.

—Quédense aquí —ordenó severamente. Wilde sacudió la cabeza.

—Tengo cierta pericia en el deporte del boxeo, aunque no lucho con las normas del Marqués de Queensberry: le concedo al otro una oportunidad. —Marchó hacia adelante y dio una palmada en la espalda de la figura—. Cuánto me alegro de verle, querido señor Hopkins.

—¡Señor Wilde! ¡Y el señor Holmes! ¡Gracias a Dios que están a salvo! Creen que estoy vigilando las caballerizas.

Resonó un grito estrangulado.

Era yo, que lo proferí al mismo tiempo que me derrumbaba sobre mis rodillas, con el pecho inflamado por un dolor agonizante.

—¡Watson!

Holmes se tiró al suelo junto a mí, sujetándome la cabeza con su brazo. A pesar del dolor, vi algo en sus ojos cercano a la ternura que nunca había visto antes.

—Mi medicina —jadeé revolviendo torpemente en el bolsillo de mi chaleco, sin encontrar nada.

—¿Dónde está? ¡Rápido, hombre, dígamelo si me quiere! —gritó Holmes.

—Detrás... en la casa —jadeé entre espasmos de dolor. Holmes se levantó de un salto y se dirigió con decisión hacia la puerta—. ¡No, Holmes, lo estropeará todo!

Había oído hablar de cómo los ángeles descienden para dar ayuda en caso de peligro. Ahora, una figura vestida de negro descendió del carruaje. A través de una neblina de lágrimas de agonía vi un rostro de barba morena bajo un antifaz negro.

—Tengo las mías —dijo una voz melancólica.

Sentí una pastilla bajo mi lengua y un momento más tarde el dolor torturante de mi pecho disminuyó. El hombre enmascarado guardó su pastillero en mi bolsillo, un *beau geste*.

—¡Rápido, señor! —urgió Hopkins, bailando frenéticamente hacia adelante y hacia atrás, entre el carruaje y el muro—. ¡Van a salir en cualquier momento! —Unas manos me pusieron en pie—. Puede que no tengamos más tiempo.

Trastabillando hacia el carruaje, espoleado por las voces excitadas y los silbatos de detrás de la puerta, de repente recordé:

—¡Holmes! ¡Las cartas!

—¡Deje las cartas! ¡Al coche, señor, o estamos perdidos! —Hopkins colocó su mano en mi trasero y me empujó dentro. Los demás treparon tras de mí—. Yo conduciré arriba —dijo Hopkins—. Si nos ven, diré que es un coche oficial.

Subió de un salto al asiento del conductor y...

No puedo decir qué sucedió después, porque mi naturaleza exhausta buscó refugio en su último almacén de vitalidad y alivio del dolor. Un oscuro telón

descendió sobre mi mente y, medio dormido y medio desmayado, perdí el conocimiento.

14.

Dejar atrás a los amigos

Cuando recobré el conocimiento, nuestro coche iba corriendo a toda velocidad a través de las calles envueltas por la niebla. Holmes sujetaba un frasco de brandy en mis labios y Wilde estaba diciendo:

—Pienso que podemos felicitarnos por haber escapado, aunque fuese por los pelos, señor Holmes. Tenía mis dudas cuando se adentró en las fauces de la muerte.

—Qué buena persona tiene que ser el doctor Watson —dijo una voz melancólica—, para inspirar tanta lealtad y devoción. Si yo hubiera tenido un amigo así, mi vida podía haber seguido un curso diferente.

—¿Cómo está, Watson? —preguntó Holmes.

—Mejor. Pero es una lástima no haber podido conseguir las cartas.

—No obstante, le ruego que acepte mi agradecimiento —dijo el hombre enmascarado—, y, dígame, cómo puedo compensarle.

—Mis honorarios profesionales responden a una tarifa fija —respondió Holmes con su fórmula habitual—, excepto cuando renuncio a ellos en su totalidad o cuando mis habilidades han resultado infructuosas. Tenga mi tarjeta, así podrá ponerse en contacto conmigo otra vez.

Cuando Holmes sacó su voluminosa cartera, cayó un paquete de papeles. Instintivamente, fui a cogerlos, pero un repentino apretón en mi brazo me contuvo. Los ojos de Holmes bailaban expectantes.

El amigo del señor Wilde recogió el paquete. Entonces, su labio cayó y sus ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Mis cartas! ¡Usted es un brujo!

Fue un momento de esos para los que existe mi amigo.

—Perdóneme este final histriónico. No puedo resistirme a un toque dramático.

—Pero Holmes —protesté—, usted nunca dejó de hablar... —Un simple truco de salón. En la Universidad solía entretener a mis condiscípulos resolviendo problemas matemáticos de cabeza mientras mantenía una conversación normal. Nada de lo que se aprende en la escuela es desechable.

—Me parece —dijo el hombre enmascarado—, que todos los detectives, reales y de ficción, son niños a su lado.

—Lecoq habría tardado una semana —concedió Holmes—, aunque la combinación era sencilla: 27-7-80.

—27 de Julio de 1880 —me oí decir a mí mismo—. La Batalla de Maiwand.

Los ojos grises de Holmes parecían dispuestos a penetrar en mi cráneo.

—Supongo que esa fecha también tenía trascendencia, para él.

—Todavía no estamos en casa a salvo —advirtió Wilde— El Jefe está detenido. La opinión pública concede a la policía más libertad con los de mi clase, de modo que a menudo intimidan y amenazan hasta que el acusado delata a sus cómplices o a sus víctimas. El perjurio es preferible a la cárcel.

—Es un riesgo que debemos aceptar —dijo Holmes—. En pocas semanas sabremos cuándo lo llevan a juicio.

—Serán torturantes para mí —dijo el hombre enmascarado—, pero no más que todos los días de mi existencia incómoda y sin sentido. Si tan sólo pudiera encontrar algo de felicidad...

—No hemos venido a esta vida para ser felices —le reprochó Holmes—, sino para cumplir con nuestro deber y ningún deber da frutos a quien no es capaz de llevarlo a cabo. Sé que el aire de Londres ha sido más dulce por mi presencia, y cuando llegue mi hora moriré más tranquilo sabiendo que no he vivido completamente en vano.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —dijo el hombre enmascarado de forma lastimera—. He intentado ayudar a los demás por caridad pero... —concluyó sus palabras con un gesto de impotencia.

—La gratitud de la mayoría —concedió Wilde— no es sino el secreto deseo de mayores beneficios.

—En ese caso —dijo Holmes bruscamente—, más le valdría recompensar tan sólo a aquellos que ya han beneficiado a otros. El pasado y el presente están dentro del campo de mi investigación, pero lo que pueda hacer un hombre en el futuro es una pregunta de difícil respuesta. Usted tiene genio... y el genio tiene una capacidad infinita para causar dolor.

—¡Usted me conoce!

—Desde el instante en que nos dimos la mano en el hotel.

—Estoy obsesionado —dijo el hombre con voz melancólica— por un gran temor: que cuando muera no haya una mano de amigo o de pariente que cierre mis ojos y me susurre al oído una amable palabra de consuelo. Vagaré por la tierra, seré un espíritu perturbado...

—En efecto, malvado es el hombre que no tiene a nadie que se lamente por él —le reprendió Holmes—. Pero no acabe con su vida, no le pertenece.

—Al final de la larga y silenciosa calle, el alba, con pies enfundados en sandalias de plata, se desliza como una niña atemorizada —dijo Wilde señalando con la cabeza la ventana por donde el Este había ido clareando gradualmente.

—Nuestros caminos se separan —dijo Holmes—. Todas las personas decentes llevan ya mucho tiempo en la cama. Hopkins nos ha traído hasta el hotel, y aquí

debemos separarnos.

—Señor Holmes, me ha dado esperanza y fortaleza —dijo el hombre enmascarado—, y una idea de cómo puedo redimir mi vida. No le defraudaré. Doctor Watson, sé que algún día querrá contar mi historia. Simplemente descríbame a mí y a mi causa correctamente y estaré satisfecho. Eso es todo lo que tengo que decir.

Bajó los escalones del coche y se deslizó hacia la puerta del hotel, con su larga capa ondeando tras él.

—Gracias por una velada tan divertida —dijo Wilde, descendiendo—. Y si nos encontramos en público...

Se tocó el sombrero, saludando.

—¡Espere! —grité, no a Wilde sino a su amigo. Buscando el pastillero que había colocado en mi bolsillo, bajé del coche y me apresuré tras él—. ¡Sus pastillas!

—Tengo provisiones ilimitadas —respondió—. Le enviaré unas cuantas.

Cuando volví mis pasos hacia el coche, Hopkins bajó de un salto del lugar que ocupaba junto al conductor y Wilde se inclinó hacia él para susurrarle algo. Los ojos de Hopkins se agrandaron. Volviéndole la espalda, Wilde preguntó:

—¿Va bien todo, señor Holmes?

—Como, suelo decir, usted es el mejor profesional.

—Como suele decir, señor: «No ha sido nada». Encontraré mi propio coche en Brixton. —Me ayudó a subir al coche—. Espero que se encuentre mejor, señor.

—Tiene mal aspecto, Watson —dijo Holmes cuando emprendimos la marcha.

Me volví para mirar hacia atrás. Borroso y confuso, en el vaho opalescente de Londres, un simón se aproximó al hotel, hurtando de mi vista a Wilde y a Hopkins. Cuando se alejó, ambos habían desaparecido.

Mis pensamientos estaban confusos por los acontecimientos desconcertantes de los dos últimos días. Pero lo más desconcertante de todo era que sabía que nunca podría compartir con Holmes las palabras que Wilde había susurrado a Hopkins:

—¿Le importaría volver a cenar conmigo, Stanley?

15.

Vamos juntos

Una triste tarde de primavera. Durante todo el día, el viento había ululado y la lluvia había golpeado contra las ventanas. Cuando llegó la tarde, una gruesa niebla cubrió los callejones de las casas parduzcas, condensándose en gotas aceitosas sobre los cristales de las ventanas. Nuestra luz de gas brillaba sobre la porcelana y el metal con los restos de los manjares favoritos de Holmes: perdiz fría y paté de foie-gras, complementado esta noche con Tokay imperial, enviado por el joven Von Bork por haber salvado del asesinato a su tío, el Conde Von und Zu Grafenstein.

Habitualmente, habríamos estado charlando durante una hora, fumando puros, pero aquella noche estábamos los dos preocupados y yo estaba meditando tristemente a un lado del fuego, mientras Holmes rascaba su violín en el otro. De forma abrupta, su voz cortó mis pensamientos como un cuchillo:

—Es una tarde para rememorar su carrera militar.

Pese a lo habituado que estaba a la costumbre de Holmes de responder a mis pensamientos antes que a mis palabras, esta intromisión en mis reflexiones más íntimas me resultó sorprendente. Holmes soltó la risotada seca que era su aproximación más cercana a la carcajada.

—A menudo su mente ha estado vagando desde que, hace dos semanas, concluimos con la aventura de Wilde. Esta noche estaba sentado ahí con una expresión distraída y con los ojos fijos en el punto donde acostumbraba a colgar el retrato del General Gordon, hasta que lo quitó hace dos semanas. Miraba desde ese punto hasta el lugar de la chimenea donde solía estar su fotografía del Ejército, hasta que...

—¡No quiero que se inmiscuya en mis pensamientos! —exclamé con una violencia que me sorprendió a mí mismo.

Holmes se reclinó con una mirada de languidez infinita y durante unos instantes ninguno de los dos habló. Después, con un tono casual:

—Usted tiene gran talento para el silencio, Watson; eso le hace inapreciable como compañero.

—No ha hablado nunca del caso Wilde —sugerí.

—No me ha preguntado por él.

Desplegó distraídamente uno de los periódicos de la tarde.

—¿Hay algo interesante? —pregunté.

—Un artículo destacado sobre el extraño y súbito cese de los atentados con

dinamita, la muerte de un industrial aristócrata y el estreno de la nueva comedia de Oscar Wilde: *La importancia de ser formal*.

—No puedo imaginarle siendo formal sobre algo. ¿Ha oído hablar de él? —añadí rápidamente, cuando la mano de Holmes se extendió hacia el maletín de cuero.

—Una vez que un caso ha concluido, el cliente tiende a olvidarlo. Como dice la señora Hudson... —Holmes imitó su voz—: «No se puede cambiar la naturaleza humana».

Me reí ante la imitación y la mano de Holmes se apartó del maletín.

—«No se puede cambiar la naturaleza humana» —repetí imitando su imitación.

—Querida señora Hudson —exclamó con tono avergonzado—, no la he oído...

—Eso es lo que puede esperar oír cuando cumplo con mi deber. ¡Está aquí de nuevo!

Nos regaló con su imitación de una polilla gigante, algo obstaculizada por el lirio que sostenía en su mano.

Los modales de Holmes derivaron al instante hacia un interés vehemente.

—¿Y su lirio...?

—¡No lo iba a dejar abajo con él! ¡Pone sus manos encima de todas las cosas!

Se oyeron unas pisadas lentas y pesadas en las escaleras, y un momento más tarde apareció el hombre en cuestión, con traje de noche: chaqueta con cuello de terciopelo negro, chaleco blanco con reloj, zapatos de punta, guantes blancos ribeteados en negro, sombrero de seda, capa de Inverness, bastón con puño de marfil y un clavel blanco en el ojal. Una persona que no conociera su carácter podría haber dicho que estaba soberbio.

—Mi querida señora Hudson, ¿puedo ofrecerle mis servicios para volver a decorar su vestíbulo? ¿Un aplique de plumas de pavo real, como hizo Whistler con mi techo?

—¡Oh, maldita sea, no es posible! ¡Mire lo que me hace decir! Esperaré abajo, señor Holmes, *por si* me necesita.

—No pude encontrar belladona —dijo Wilde a Holmes—, pero quizás acepte esto como muestra de mi gratitud. —Sacó de debajo de su capa un enorme ramo de adormideras—. El mejor regalo debe ser útil al mismo tiempo que decorativo. —Holmes me pasó el ramo sin hacer ningún comentario—. Bosie y yo vamos de camino al estreno de mi nueva obra. Han oído hablar de ella, por supuesto; todo Londres debe estar hablando de ella. El primer acto es ingenioso; el segundo hermoso; el tercero abominablemente inteligente. Es maravillosa; es genial, deben ir.

—Nunca vamos al teatro, pero estoy seguro de que será divertida.

—Yo escribo mis obras para divertirme yo. Después de eso, si la gente quiere meterse en ellas, a veces les permito hacerlo. Sostengo el futuro de la escena inglesa en la palma de mi mano. Esta noche tocaré la luna.

—Espero que sea un éxito.

—La obra ya es un éxito; la única cuestión es si el público del estreno lo será o no. —Se sentó al otro lado de donde estaba Holmes y encendió un cigarrillo—. ¿Puedo también esperar leer un *Estudio en los Marqueses Escarlata*, cuando su celoso cronista lo vierta en el papel?

—Temo que Watson falsee tanto que cree una ficción.

—Ser sugerente en la ficción es más importante que la realidad. Las únicas personas reales son las que nunca existieron. Estoy seguro de que algún día, doctor Watson, alguien reescribirá sus historias desde el punto de vista de la psicología y hará una inmensa fortuna. Cuando recientemente las releí en Argel me vi asaltado por la profusión de clientes y criminales atractivos, hombres «fornidos, de cutis fresco, de piel suave, de aspecto brillante», con «torsos y miembros hercúleos». Si creemos sus descripciones, el señor Holmes ha conseguido el ideal de mi tipo: ser constantemente asediado por los hombres más hermosos, como Elías al ser alimentado por los pájaros. Estoy pensando en hacer una incursión en el género detectivesco, algo así como «La extraña y singular aventura de los bollos^[4] del gentil panadero: Un escándalo internacional que casi les cuesta la razón a tres reinas». Probablemente me ayudaría de Poe y de Gaboriau. La verdadera originalidad está más en el descubrimiento del uso de un modelo que en el rechazo de todos los modelos y maestros; solamente el que no tiene imaginación es el que inventa siempre. Pero quizá el mundo ya no sea una mezcla de melodrama y epigrama. Perdone mi perorata, pero es tan cansado no hablar.

—Temo que Watson nunca sea capaz de añadirlo a su colección.

—Puede que algunos hechos tengan que ser suprimidos, pero eso es habitual cuando alguien escribe sobre los de mi clase. Piensan que su único deber con la historia es reescribirla.

—Su amigo me ha descrito los términos de su nuevo testamento. Imaginativo —dijo Holmes.

—No lo subestime porque sea un hombre de mundo —replicó Wilde—. También ha escrito poemas y obras de teatro (muy melancólicos). Le he sugerido que contribuya a la literatura fomentando a otros escritores.

—¿No ha sabido nada de él últimamente?

—Estuvimos en Argel durante los ensayos. —Holmes cogió su pipa, doblando de forma casual el periódico—. ¿Y cómo le ha ido todo? —se interesó Wilde.

—Mi vida transcurre con un gran esfuerzo por escapar de los lugares comunes de la vida.

—Es tedioso no hacerlo para conseguir el objeto de los propios deseos —dijo Wilde encendiendo un cigarrillo—. Pero usted debe estar satisfecho con nuestro caso, o con casos de la misma índole.

Holmes asintió.

—Los diferentes hilos exigüos, que conducen a la misma madeja. Me habría dado cuenta antes de que, aunque coincidieron en Charles Second Street, no estaban conectados.

Hubo un silencio incómodo. Después hablaron los dos al mismo tiempo:

—Hay algunos puntos...

—Perdón —dijo Wilde.

—¿Qué...? —preguntó Holmes.

—Insisto. ¿Qué estaba diciendo...?

—Solamente que hay algunos insignificantes puntos oscuros...

—Y varios detalles poco claros...

—Le agradeceré muchísimo —dijo Holmes encendiendo su pipa— cualquier pregunta que me haga.

—Y yo le aclararé cualquier cosa que todavía le preocupe —contestó Wilde.

—Fue el incidente de Billy lo que me puso en marcha.

—Usted daba por sentado que solamente los de mi clase podían ser culpables. Tuvimos suerte cuando el señor Hopkins evitó que se precipitase sobre la casa. Sin duda había testigos y una cámara dispuesta a fotografiarle a usted cuando fuera sacado por los guardias alertados por el Marqués. ¡Qué sensacional para la columna de Pike! Qué desilusión para el Marqués Loco cuando los acontecimientos no correspondieran a sus deseos.

—El ataque físico contra mí...

—Fue un exceso de sus matones de alquiler; eso hizo que el Marqués llegase en su ayuda. Tenía en su mente un destino más sutil que las magulladuras.

—Cuando conocí a su amigo, supe que no era un chantaje normal...

—Usted se dirigió a él llamándole «Doctor»... —Para confirmar mi creencia de que no lo era. Cuando nos estrechamos la mano supe...

—¿Cómo, Holmes? —pregunté.

—... y el barro de sus zapatos confirmó la identificación —concluyó Holmes.

—¡Un nuevo ejemplo no es una explicación! —reconvine.

—El anuncio —dijo Wilde— avisaba que las cartas se podían pasar.

—¿Realmente piensa que mi función consiste solamente en esperar que ocurra algo a mi favor? La sección de anuncios personales es mi favorita para levantar la prensa.

—¡El anuncio lo puso usted! —exclamó Wilde.

—La prensa es una institución de las más valiosas si se sabe cómo usarla.

—¿Cómo sabía usted que *la belle garçon* iría al St. James?

—Somos criaturas de costumbres —respondió Holmes.

—Hace dos semanas usted habría dicho «son ustedes». ¿Me puedo atrever a

esperar que haya cambiado su punto de vista?

—La esperanza es libre.

—Toda la charada del St. James fue preparada como un efecto teatral.

—Después de mi ataque tuve que trabajar con las condiciones que se me ofrecían.

—Como dice Goethe: «El maestro se revela mejor a sí mismo trabajando dentro de unos límites».

—Yo no preví que una Marianne se me colgase del brazo... —admitió Holmes.

—Le llevaron a Bow Street, pero consiguió su liberación...

—... Porque Lestrade estaba de servicio en el Yard. Sus cejas eran un poema.

—La gente se precipita al sacar conclusiones —concedió Wilde—. Por supuesto, Wiggins me avisó cuando le arrestaron.

—Parece que últimamente me evita.

—Una amiga suya ha muerto de muerte violenta en Whitechapel. Deja varios niños, y Wiggins ha asumido la tutela —dijo Wilde.

—¿Wiggins con familia? —exclamó Holmes sorprendido.

—También el señor Hopkins merece un elogio —añadió Wilde.

—Algún día será Comisario de Policía; es el mejor profesional. Confío en que encuentre un coche para Brixton rápidamente. ¿No es allí donde se enteró que vivía Cartwright? —preguntó casualmente Holmes.

—Sí, con un profesional liberal. Pero continuemos: me reuní con mi amigo, sabiendo que él sería inestimable si hubiera regateo sobre los términos.

—Ha demostrado una gran habilidad en estos temas —dijo Holmes con una aprobación forzada.

—Tengo experiencia en estos temas; la experiencia es el nombre que le damos a nuestros errores. Tuvimos suerte con aquel tumulto entre el grupo de hombres que holgazaneaban en la puerta de al lado.

—Dirigidos por Shinwell Johnson; él era el hombre que entró corriendo. Todos los de la calle eran cómplices contratados para esa noche. Lestrade estaba con los guardias.

—«La edad no marchita ni el hábito agosta tu infinita variedad» —se maravilló Wilde— ¡No estuvo en peligro en absoluto! Simplemente estaba jugando con el Jefe y con Jackie... un juego delicioso del gato y el ratón, sin ningún herido, salvo los ratones. Señor Holmes, usted es el aristócrata modelo.

—Mi profesión sería monótona y sórdida si algunas veces no preparáramos el escenario de tal modo que se glorificasen los resultados.

—Yo tenía siete planes diferentes para liberarle... —dijo Wilde.

—Nunca piense que, porque controla su arte, puede controlar la vida.

—Encontró los papeles...

—Claramente señalados y separados.

—...¿y se desembarazó de los otros? —preguntó Wilde esperanzadamente.

—Sé que mi cliente es inocente. No tengo conocimiento de los demás. La caja fuerte fue trasladada al Departamento de Investigación Criminal.

—Qué lástima —dijo Wilde—. A menudo demuestran un interés malsano por los asuntos de las demás personas. ¿Puedo suponer que saltaron la cerradura?

—Lo intentaron... fallaron —dijo Holmes, añadiendo con la máxima despreocupación—: Finalmente tuvieron que recurrir a la nitroglicerina.

Con un impulso espontáneo, Wilde y yo rompimos a aplaudir. Un arrebol subió a las mejillas de Holmes y se inclinó ante nosotros como un actor consumado.

—Veo, señor Holmes —dijo Wilde con aprobación—, que a los dos nos gusta el aplauso inmediato. Si el verdulero tuviera algo así como una corona de laurel, mandaría a buscarla. Siento lo de los demás papeles.

—Yo no hago las leyes; sólo las hago cumplir —dijo Holmes tajantemente.

—Pero la Ley Labouchere es una ley muy *mala*...

—Es deber de todo hombre intentar que se haga justicia.

—El deber es lo que uno espera de los demás —dijo Wilde—. No es lo que uno hace. Ahora ya sé por qué Reggie y Harry aparecieron de repente en Argel. Destierro perpetuo; es tan griego, ¿verdad? Cada uno de nosotros vive su propia vida y paga su propio precio por vivirla. La lástima es cuando uno tiene que pagar un precio tan grande por una falta tan pequeña. ¿Cómo huyó de la casa?

—Tengo libertad para divulgar otros hechos, pero... —Holmes miró hacia mí— tenemos nuestros secretos, ¿verdad, Watson?

—Una última pregunta —dijo Wilde— ¿El célebre Jefe...?

—... Se negó a testificar en contra de sus clientes y le aplicaron la pena más severa.

—La filosofía nos enseña a sobrellevar con ecuanimidad las desgracias de nuestros semejantes. «Simplemente le han aplicado su misma maldad». ¿Quién dijo eso?

—Creo que fue un escandinavo melancólico —respondió Holmes.

—Hay algo infinitamente mediocre en la tragedia de las otras personas, ¿no? —musitó Wilde—. En América me llevaron a ver una prisión, una diversión extraña, pero los americanos son grandes admiradores de los héroes y siempre escogen a sus héroes entre los criminales. Me gustaría visitar una prisión inglesa, pero es difícil conseguir que te admitan, a no ser que pertenezcas a las clases bajas. ¿Debo pensar que el Jefe lo era?

—Cuando uno intenta mostrarse superior a su posición, se arriesga a caer bajo ella.

—Y si uno no cae —observó Wilde— la sociedad lo empuja. Ahora la Casa íntima se ha disuelto, sus muchachos inadaptados volverán a la calle y el Jefe...

—Seguramente hundido en la prisión —concluyó Holmes—. Es curioso, pero me da la impresión de haberle conocido antes.

—Parecen dos colegiales —dije— riéndose alegremente por una travesura.

—Sí, lo parecemos —dijo Holmes.

—Es que lo somos —dijo Wilde—. Pero señor Holmes, sea honesto conmigo. No fue el razonamiento lo que le dije que volvería inmediatamente al St. James.

—Lo único que admito es que mis métodos contienen una mezcla de realidad y de imaginación.

—Lo que usted llama «imaginación» es lo que otros llaman «instinto» o «intuición», y ambas son la esencia del arte. Puede dejar de escabullirse y reconocerlo: Somos hermanos bajo la piel.

—¡Basta! —grité, levantándome de un salto—. ¡Ahora ha llegado demasiado lejos!

—Una analogía imperfecta —dijo Holmes—. El peligro es parte de mi tarea.

—Y con frecuencia de la mía —contestó Wilde—. El peligro es la mitad de la emoción. Nosotros dos tenemos nuestras presas y son maravillosas, ¿verdad, señor Holmes? Piense en ello: el deporte, la emoción. Usted conoce la sensación cuando se encuentra tras la pista correcta, una especie de estremecimiento en sus nervios. Y cuando ha perseguido a su presa hasta acorralarla y al final se encuentra cara a cara con ella, ¿no es como celebrar una fiesta con panteras?

Holmes no se dignó a responder, así que finalicé la discusión diciendo:

—Bien está lo que bien acaba.

—Nada produce tal efecto como un buen tópico —dijo Wilde, levantándose de su silla con el aire de alguien que hace un elogio—. Señor Holmes, no se puede imaginar qué destino podría inventar el Marqués Loco que pudiera resultar peor que la muerte: su trama era diabólica. Sabía que usted no valora nada, ni siquiera su vida, tanto como la reputación. Planeó destruirle con la Prensa, que puede lanzarse sobre usted como una víbora y golpear con una fuerza mortal. Piense en el repugnante regocijo de los hombres de la Prensa, el placer que tendrían arrastrándole. Y el público británico, que piensa que es moral cuando solamente es filisteo, que repetiría su grito de: «¡Moralidad!», la causa sagrada por la que los hombres siempre están deseosos de sacrificar a los demás. ¿Y por qué planeó el Marqués todo esto contra usted? «No te alzarás por encima de tu posición en la vida». Usted incumplió este mandamiento dos veces, cuando ayudó a Lady Queensberry y cuando frustró su plan para castigarle. Le advierto que tenga mucho cuidado con el Marqués.

—También debe sentirse doblemente provocado por usted, por desafiar su autoridad sobre su hijo y por ayudarme. Tenga cuidado usted también.

—Siempre hago circular los buenos consejos. Es lo único que se puede hacer con ellos; nunca se pueden utilizar para uno mismo. Pero su intuición es correcta. El

sobrino de Bosie ha descubierto que el Marqués intenta boicotear mi obra esta noche con un ramo de zanahorias y nabos.

—¡Zanahorias y nabos! —exclamé—. ¿Qué tendrá en mente?

—¡Es tan aburrida esta insistencia en el escándalo! Ha dejado un mensaje insultante en mi club: «A Oscar Wilde posando como un sodomita». Es algo que ningún caballero podría tolerar y esperar mantener todavía el respeto de la Sociedad.

—¿Tan importante es eso? —se burló Holmes.

—Estar en Sociedad es un fastidio, pero estar fuera de ella es una tragedia. No veo otra alternativa que denunciarle. Tengo otros en los que pensar: mi mujer y nuestros dos hijos. Y está Lady Queensberry. Por ellos debo tomar el escudo de la Ley y la espada de la Justicia Británica.

—Cuando se invoca una vez la Ley, no se la puede frenar ya —advirtió Holmes—. Conoce el riesgo que está corriendo.

—Es mejor no saberlo. Aquello que tenemos es lo único que nos puede suceder.

—¿Qué le ha hecho a Langdale Pike? —preguntó Holmes inesperadamente.

Wilde parecía perplejo.

—A él, nada; *por* él, mucho. Le he dado buenos papeles en mis obras y he hecho la vista gorda cuando me ha caricaturizado en una de las suyas.

—¿Duró esa obra?

—Sólo unas cuantas semanas.

—No como las suyas —dijo Holmes enfáticamente.

—Tiene un papel en mi obra actual del Haymarket.

—¿Un pequeño papel?

—Dijo que no le apetecía aprender muchas líneas.

—¡Sus líneas! ¿Está enterado de que el Marqués ha contratado a dos antiguos agentes de Bow Street para conseguir pruebas contra usted? —inquirió Holmes.

El rostro sobrecogido de Wilde luchó por recomponerse.

—¿Cómo lo sabe?

—Queensberry se me acercó primero. Dijo que como amigo suyo, me encontraría con una primera negativa.

—¡Qué desfachatez! —exclamé...

—Pike se ha nombrado a sí mismo ayudante de Queensberry para echarle por tierra a usted —anunció Holmes—. Ha sobornado a un conductor de simón para conducir a los policías a una casa que usted frecuenta en Chapel Street.

—¡Qué ridículo, Pike! Pero, ¿por qué?

—Ambiciosa ser el Censor del Teatro.

—Quién mejor que él para reconocer la cara de Calibán. Pero en esta sagrada época de Semana Santa, suponemos que hay que perdonar a todos nuestros amigos.

—Gregson, de Scotland Yard, dice que los investigadores de Queensberry han

entrado en la casa y se han apoderado de cartas que les posibilitan identificar y localizar a jóvenes con los que usted ha tenido relaciones. Los abogados de Queensberry probablemente hayan preparado un pliego de descargo pretendiendo que el Marqués le ha denunciado a usted por el bien público. —La voz de Holmes surgió con una punta de urgencia—: ¡Rompa ese mensaje!

Me asombré de la intensidad de Holmes, pero Wilde parecía imperturbable.

—Mi madre no lo habría consentido. Lo habría considerado deshonroso para un caballero irlandés. Además, desde el juicio de mi padre, siempre quise tener un papel protagonista en uno.

—Ningún jurado emitiría un veredicto en contra de un padre que aparece para salvar a su hijo de una compañía diabólica —advirtió Holmes—. Usted debería...

—No me hable de abandonar el país. Sócrates no huyó, ni siquiera cuando Critón le abrió la puerta.

—Sócrates era *casto*.

—No puedo evitarlo. No puedo alterarlo. Además Bosie dice: «Debemos destruir a la bestia». He consultado a un quiromante y me asegura que venceré.

—¿Usted cree en la quiromancia? —preguntó irónicamente Holmes.

—Siempre, cuando profetizan cosas hermosas.

—¿Cuándo hacen otra cosa? ¿Recuerda usted a un rey que consultó a un oráculo cuál sería el resultado si le declaraba la guerra a su vecino? El oráculo respondió: «Destrozaré una gran nación». Lo hizo... la suya propia.

Una llamada a la puerta y entró Billy.

—Señor Wilde, hay un señor joven abajo en un coche. Dice que debe ir al instante.

—Dile al señor que bajaré directamente. Y suponga, señor Holmes, que el rey no tenía elección. —Wilde colocó su mano sobre el instrumento de Holmes—. Todos somos violines; los acontecimientos nos tocan. —Holmes se dejó caer en una silla, con un rictus de exasperación en su cara—. Además, no tengo miedo. Las clases trabajadoras están conmigo... Hasta el último chico.

—¡Usted es un hombre testarudo y alocado! —Holmes explotó completamente.

—¿A quién hago daño?

—¡A usted mismo! Todo lo que hace con su tan cacareado individualismo es malgastar su talento en la auto indulgencia...

—¡Usted me habla a *mí* de autoindulgencia! —Los ojos de Wilde refulgían con un fuego desacostumbrado. Agarró el maletín de cuero de Holmes y lo blandió—. ¿Qué derecho tiene *usted*, por un mero rato de placer, a arriesgar esos grandes poderes con los que *usted* ha sido dotado? —Arrojó triunfante el maletín sobre la mesa—. ¿Y qué derecho tiene ese hombre, Queensberry, para dictarme lo que debo hacer? No me puedo imaginar qué es lo que quiere.

—¡Su *hijo*!

Las palabras de Holmes resonaron como pistoletazos.

—Presume demasiado de su carencia de amistad —replicó Wilde, con un tono de dignidad ofendida—. Es un punto fijo en un mundo cambiante, y los puntos son dejados atrás cuando el mundo se mueve hacia adelante. Usted es el defensor y el conservador de una sociedad que glorifica el orden a costa de libertad y la hipocresía a costa del realismo, y que contempla como una parte inherente a la naturaleza el que pueda haber una ley para los ricos y otra para los pobres. ¿Soy la única persona que le ha instado a cuestionar los valores sociales que se esfuerza en conservar? Es el filisteo el que apoya y ayuda a las fuerzas pesadas, ciegas y mecánicas de la sociedad. Me arrepiento de haberle ayudado contra los Dinamiteros. Por lo menos, ellos están intentando cambiar la Sociedad.

—Me pregunto qué le parecerá su compasión al marido de la señora Turner —volvió a disparar Holmes—, o qué tal le iría a usted en una sociedad gobernada por los Dinamiteros.

—El camino de las paradojas es el camino de la Verdad... Para examinar la Realidad, debemos verla en el alambre del funámbulo. Cuando estuve aquí, hace dos semanas, pensé que el problema era suyo: cómo encontrar a un criminal. Ahora pienso que el problema es del criminal: cómo encontrarle a usted. El, con el instinto de esa clase, nacida para perder, y usted, que ha sido formado con la majestad de la Sociedad, se buscaban el uno al otro a través de Londres, del mismo modo que los de mi clase se buscan unos a otros, hasta que sus trayectos terminan en un encuentro de amantes. —Wilde sacudió su cabeza tristemente—. Usted y la Sociedad... ¿cómo persuade a los criminales para que se le entreguen? Exactamente igual que persuade a todos los demás para que entreguen su libertad y cometan el peor de todos los crímenes... el crimen de no ser ellos mismos.

—Dejaré que la posteridad me juzgue sobre las bases de cómo he vivido mi vida —replicó Holmes con dignidad—. En cuanto a la libertad: la mayor libertad es ser guiado y dirigido por alguien más sabio que uno mismo.

—Me estremece pensar qué podría pasar, señor Holmes, si todos los ciudadanos de una nación moderna adoptasen alguna vez esa filosofía.

—Hoy en día se oye hablar muchísimo de los derechos de los hombres y demasiado poco de sus deberes —dijo Holmes— Usted cree que esa libertad es el derecho a hacer todo lo que uno quiere; yo creo que es el derecho a hacer lo que uno sabe que *debe* hacer.

—Una cómoda filosofía para un mundo que siempre permaneciese en 1895. Pero hay un viento fresco que sopla a través de nuestra sociedad. Será frío y más fuerte, y una gran cantidad de gente como usted se marchitará antes de que cese. Una Inglaterra más limpia y más fuerte se situará al sol cuando haya pasado la tormenta.

El rostro de Holmes era un estudio sobre la resignación cuando respondió:

—No hay nada más que decir.

Wilde recogió su bastón y sus guantes.

—Qué lástima. No puedo creer que estuviéramos abocados a ser solamente antagonistas: ¡tenemos tantas diferencias en común! Usted me odia con un odio necesario, y allí dondequiera que haya odio entre dos personas hay un vínculo de hermandad de algún tipo. ¿Puede ser realmente inaccesible a todas las emociones normales?

—Todo lo que es emocional se opone a esta razón, verdadera, fría, que sitúo por encima de todas las cosas.

—¿Está usted, como todos los demás, tiranizado por el firme sentido común inglés... la estupidez heredada de la raza? Pienso que hay algo más. —Wilde sacudió su cabeza tristemente—. Supongo que en años venideros los psicólogos propondrán explicaciones de por qué ha tenido que separar la razón de la emoción, sacrificando toda emoción. Cree que simplemente le pasa lo mismo que a los de mi clase: algo conocido solamente por su creador... y quizá ni siquiera por él.

Holmes se abstuvo de responder. Los ojos de Wilde buscaron su cara.

—¿Es miedo al amor, señor Holmes?

Los ojos de Holmes brillaron y un ligero rubor surgió en sus delgadas mejillas. Se levantó y se dirigió hacia la chimenea y tiró del llamador. Con una voz de amabilidad sincera, aunque entrometida, Wilde inquirió a espaldas de Holmes:

—¿Nunca ha querido poseer su alma? ¿Nunca ha consentido a su corazón negar a su cabeza?

Retuve el aliento. Nunca podría haber imaginado que nadie hiciese una pregunta así a Holmes. Esperé, expectante como Wilde, una respuesta. No hubo ninguna.

—Qué lástima —dijo finalmente Wilde—. Podría ser un hombre mejor.

—Y usted... —Desde la chimenea, la voz de Holmes estaba tan teñida de una agitación contenida que no puede dejar de preguntarme la razón de tal férreo control sobre sí mismo—. ¿Siempre afecta ese desprecio por la naturaleza humana?

—Mi filosofía de la vida es: «Cuando llegues a la naturaleza humana, espera siempre lo peor». Rara vez, si alguna vez lo hace, te decepcionará.

—Qué lástima. Podría ser un hombre mejor.

—Quizá. Pero nunca lo sabremos, ¿verdad? Ninguno de los dos.

Billy entró de nuevo.

—Señor Wilde, el señor joven es *muy* insistente. Dice que si no va *ahora*, se va a perder el primer entreacto.

—Bajo inmediatamente. Señor Holmes, ¿puedo, de nuevo, invitarle a mi obra? Le aseguro que, si estoy presente en el teatro, no demostraré que le conozco. —¿Fue mi imaginación, o Holmes se puso rígido ante estas palabras?—. Mañana veré a mi

abogado para una acusación por libelo criminal. (Esta vez no hubo duda, Holmes se quedó rígido). Empuñaré la veloz y afilada espada de la Justicia Británica por la causa del progreso humano y el individualismo. Para que las futuras generaciones no se vean condenadas a la cruel represión. «Represión» es una palabra tomada prestada a los psicólogos. Y deberíamos devolvérsela cuanto antes. Le deseo que pase una muy buena noche.

Holmes se volvió hacia nosotros. Busqué en su rostro alguna señal de la fuerte emoción que le había perturbado. Pero su rostro estaba compuesto de esa inescrutable máscara que habitualmente presentaba al mundo y que ni siquiera yo podía penetrar. Holmes avanzó hacia Wilde y quedó frente a él, con las manos inmersas en los bolsillos de su batín. Observé al uno y al otro y me pareció una maravilla que dos criaturas tan dispares pudieran existir en la naturaleza al mismo tiempo. El silencio pareció eterno. Por fin Holmes habló:

—El doctor Watson y yo estaremos muy complacidos de asistir a su obra en la primera oportunidad que tengamos. Esperamos que haga todos los esfuerzos para estar presente en el teatro. Y nos sentiremos mortalmente ofendidos si *no* demuestra conocernos... mi querido señor Wilde.

Mi asombro no fue nada comparado con el que veló el rostro de Wilde, inmediatamente seguido por una mirada de sospecha desafiante, así como por un sutil ridículo. Holmes sacó la mano de su bolsillo y se la extendió. Nunca había visto tal sucesión de emociones surgir del rostro de un hombre como surgieron del de Wilde: confusión, incredulidad, asombro, sorpresa. Pero no había nada en los modales de Holmes, firme como el acero, recto como una espada, que implicara nada más que respeto.

Wilde se levantó a su vez con dignidad y extendió su mano hacia la de Holmes. Contemplé con angustiada fascinación cómo se estrechaban las dos manos. Después, Wilde abandonó la habitación.

Holmes permaneció de pie ante la ventana delantera, mirando hacia la calle, desde donde se oía un confuso murmullo de voces: la de Wilde, una vagamente masculina y una tercera que se alzó sobre las otras:

—¡Sí, señor! ¡Haré que ande la vieja yegua!

Un sonido de cascos de caballo, ruedas que se alejaban, y luego la calle volvió a quedar tranquila.

—Holmes... ¿era realmente necesario?

—La espada de la Justicia Británica es veloz y afilada —respondió con una voz extrañamente distante, contemplando todavía la calle—, pero la empuñadura está hecha para que la esgrima una mano aristocrática.

—Supongo que de ahora en adelante llamaré a Wilde para que le ayude en sus aventuras.

—No, el sabueso viejo es mejor —respondió, volviéndose hacia mí con expresión divertida.

—No pareció interesado por su amigo.

—El misterioso amigo del señor Wilde ha muerto —dijo Holmes, flemático—. Un juez superior ha tomado el caso en sus manos.

—Ahora ya no conseguiré mi medicina. Dijo que tenía existencias ilimitadas.

Holmes me lanzó un pequeño paquete.

—Lo entregaron mientras usted estaba fuera.

—Supongo que debería leer la esquila.

—Encontrará artículos en la primera página. Hay bastantes.

Cuando abrí el periódico, un rostro captó mi mirada: un hombre de unos sesenta años, con un pelo oscuro familiar y barba cerrada, y los ojos más melancólicos que jamás había visto.

—Pero Holmes! ¡Éste es...!

Holmes puso un dedo en sus labios cuando entró la señora Hudson.

—Creo que me voy a acercar un momento a casa de la señora Turnen Su marido vuelve a casa del hospital esta noche. ¿No es una bendición, señor, que hayan cesado esas explosiones de dinamita? La Ley de Su Majestad ha dado resultado: Si no la pueden comprar, no la pueden hacer explotar.

—¡He sido un escarabajo ciego! —exclamé cuando se cerró la puerta—. Debe de haber una inmensa fortuna. Supongo que sus parientes se pelearán por ella.

—No, si se llevan a cabo sus deseos —dijo Holmes, abriendo una carta clavada en la chimenea con un cuchillo—. Ha dejado todo el resto de su legado para formar —Holmes leyó la carta— «una fundación cuyo interés será distribuido cada año como recompensa a los descubrimientos y a los logros más originales en ciencia y en literatura». El dinero será administrado por la Academia de Ciencias de su país, siempre y cuando, por supuesto, no se la relacione con ningún escándalo.

—Lo que no sucederá ahora, gracias a usted.

—Me gustaría poder pensar así. —Holmes volvió su mirada a la carta y leyó de nuevo—: «Espero que la próxima vez mi muerte sea narrada con palabras más amables que la primera; que por fin pueda alcanzar mis esperanzas de beneficiar a la humanidad más de lo que la dañé, y que pueda conseguir de unos labios amables las palabras de consuelo: *Descansa espíritu atormentado*». —Holmes dejó caer la carta encima de la mesa, delante de mí—. Las palabras son las de un escandinavo melancólico.

—¡Lo supo desde el principio!

—Desde el momento en que le estreché la mano y observé rastros de nitrato en sus dedos: la marca del doctor o del inventor de explosivos. El barro de sus zapatos era *kieselgur*, lo que transforma la nitroglicerina en dinamita. Y en el Hotel

Buckingham Palace —los ojos de Holmes parpadearon— están las oficinas centrales de la firma que la fabrica. Como usted sabe, poseo un íntimo conocimiento de Londres y una memoria extrañamente retentiva para las bagatelas.

—Los dos nos engañaron —dije con resentimiento.

—Todo lo contrario —contestó Holmes, al tiempo que recogía los almohadones del sofá y las sillas, y las dejaba caer ante la chimenea—. Una persona que dice la verdad puede confundirnos fácilmente. El amigo del señor Wilde fue sincero al afirmar que sus provisiones de nitroglicerina eran ilimitadas. Y el señor Wilde era sincero al decir, desde el principio, recuérdelo, que no estaba muy equivocado cuando llamé «noble» a su misterioso amigo. Ahora, Watson, usted me perdonará...

La mano de Holmes se movió hacia el maletín de cuero de encima de la mesa.

—¡Holmes! —imploré chocando mi mano sobre la suya.

—¿Hay algo que me quiera decir, Watson? —Miré en sus penetrantes ojos grises—. Entonces, me gustaría que me dejara solo.

Con el corazón desesperado me dirigí hacia la puerta, pero no podía marcharme sin lanzar una mirada reprobatoria al maletín de cuero y preguntar:

—¿*Por qué*, Holmes?

Levantó la mano de la mesa. Cogió su pipa. La encendió, y con un gesto decidido, apartó el maletín de cuero.

—Para meditar... —contestó, dejándose caer en el diván de almohadones y recostándose en una postura de meditación soñadora.

Salí cerrando suavemente la puerta, pero no antes de oírle añadir:

—... sobre la singular maraña que forman el vicio humano... y la virtud.

Apéndice

Carta fechada el 5 de abril de 1928, de Sherlock Holmes de Sussex Down, al Honorable Frederick Mackintosh, albacea de los bienes del difunto John H. Watson, Doctor en Medicina.

Su telegrama con ocasión de la muerte de Watson llegó durante una de las pocas veces en las que he estado fuera de casa. Fue un doloroso golpe, cuando volví, darme cuenta de que se me había privado de la oportunidad de rendirle mis últimos respetos. El mes siguiente a su muerte me sentí abatido de una forma poco habitual. Tantos recuerdos de mi viejo amigo y compañero, cuando fuimos niños juntos (o así parecía) en un tiempo y lugar que parecían estar eternamente cargados de promesas y aventuras. Se han cumplido veinticinco años desde que Watson y yo giramos la llave de nuestra puerta de Baker Street. Desde entonces no le he visto más que en breves visitas (en las que parecía el mismo muchacho alegre de siempre), y durante los últimos años de su enfermedad no le vi en absoluto. Sin embargo, no pasaba un día en que no pensara en él.

Hoy estaba pensando en él cuando llegó su carta con el manuscrito encontrado en su escritorio. Aunque parecían ser dos, estaba claro que eran partes de la misma crónica. El fragmento mayor había sido escrito hacía muchos años (como se ve por la caligrafía enérgica y fuerte de los años vigorosos de Watson), y el corto en fecha más reciente (obviamente, por los caracteres irregulares y desordenados de sus últimas cartas).

Leí su relato con interés, maravillándome como siempre (aunque he tenido cuidado de no manifestarlo nunca) de la habilidad de Watson para poner en una narración ensamblada la maraña más intrincada de pistas y sucesos y arrepintiéndome (como siempre) de descubrirlo cargado con el defecto habitual. Muy a menudo le explicaba que la investigación es, o debería ser, una ciencia exacta, y que debería ser tratada de la misma forma fría y carente de emociones. «Anteponga la fuerza de la razón a la farsa de los personajes», le decía. Aquí, todavía descubro los detalles analíticos delicados, embadurnados con las burdas características humanas de un cuento popular. Sin embargo, cuando leo esta crónica, los hechos, que me parecieron tan importantes en su día, palidecen ante los personajes reales que tan vívidamente retrata. «El peor trabajo siempre se hace con la mejor de las intenciones», escribió una vez el señor Wilde, lo que me inspira un

pensamiento sarcástico: «¿No sería irónico si mi inmortalidad no descansase sobre mi libro de texto metódicamente escrito, sino sobre esos cuentos triviales y sensacionalistas salidos de la pluma de Watson?» Si fuera así, sería el viejo Watson el que reiría el último.

No sé si le resultan muy familiares las *dramatis personae* de este caso, de modo que a lo mejor le gustaría oír lo que yo sé. Ahora todos están muertos, con sólo dos excepciones además de mí mismo. Lady Queensberry, a pesar de sus inconcebibles ordalías, ha sobrevivido hasta los ochenta, tan hermosa y graciosa (me han contado) como cuando tenía el honor de tratarla. Nos va a sobrevivir a todos nosotros y va a demostrar el adagio: «Aquellos a los que aman los dioses, rejuvenecen con la edad». Su hijo, Lord Alfred, también vive, habiendo cumplido una condena en la prisión de Woorwood Scrubs por el mismo delito del que su padre fue hallado inocente. Quiso el destino que Watson estuviese sirviendo allí durante poco tiempo como médico de la prisión, y Lord Alfred le ha rendido tributo en su autobiografía al «doctor Watson, el más amable y considerado de los hombres, quien siempre tuvo una palabra amable conmigo y me prestaba libros».

El joven Billy desarrolló un raro sentido del humor, del que a menudo hacía gala con su imitación de Charles Chaplin. Acababa de emprender su carrera artística cuando estalló la Gran Guerra y decidió alistarse con un amigo, con el que había concebido una relación como la de David con Jonatán. Era un tipo con talento, como prueban los dos regalos que me envié para mi cumpleaños: su diseño para una escuela elegante y atractiva, y una acuarela del sabueso fantasma en plena persecución, tan realista que se me ponen los pelos de punta. Su prematura muerte me hizo tomar conciencia de la tragedia de su generación, quizá de todas las generaciones... la tragedia de la promesa incumplida.

El hijo de Wilde, Cyril, también murió en la guerra, sin haber conseguido volver a ver a su padre. La mujer de Wilde murió un año después de que éste saliese de la cárcel, viéndose acelerada su propia muerte por el viaje desde Génova a la cárcel de Reading para informarle del fallecimiento de su madre. Lord Queensberry murió en 1900, amargado por la separación de su familia y el rechazo de su clase. «El que aflige a su propia casa, heredará el viento».

Langdale Pike, que dio una cena homenaje a Lord Queensberry, acabó sus días en 1913 con la comodidad y el respeto de su cargo: Censor Teatral. Su muerte fue seguida al cabo de un año por la de W. T. Stead, cuyos artículos habían inspirado la Cédula del Chantajista. Cayó con el *Titanic*. (Se pueden encontrar más detalles sobre estos hombres en *Treinta años de cochero en Londres*, del popular autor eduardiano, Sir Harry Baskerville).

Supongo que ha estudiado los procesos a Wilde en los libros de texto, de modo que sabrá que el pleito contra el Marqués fue rápidamente rechazado y el mismo Wilde fue llevado a los tribunales. Los libros de texto no aclaran cómo el juego limpio de la Ley Británica se vio comprometido por la Prensa, quien inmediatamente pronunció su culpabilidad. (Wilde siempre había sido severo con ellos, de modo que, en esto, también le salió el tiro por la culata). Apenas nadie en Londres no sintió que la máxima pena de dos años de trabajos forzados estaba justificada. El disidente fue Henry Labouchere, que declaró que habría deseado que hubieran sido siete. Recordé el comentario de Wilde acerca de los Liberales.

Próximo a ser liberado, Wilde escribió a la Prensa urgiendo reformas en las prisiones británicas, particularmente para los niños prisioneros, que eran tratados de forma inhumana. Escribió: «Es la falta de imaginación de la raza anglosajona la que hace a la raza tan estúpida, duramente cruel». Reflejaba perfectamente mi propio comentario en *Un estudio en escarlata*: «Cuando no hay imaginación, no hay horror». Como dijo Wilde una vez: «¿Adónde va a parar el mundo cuando hablamos de nuestras semejanzas en vez de hablar de nuestras diferencias?»

En la época del proceso a Wilde, yo era impotente para ayudarlo, pero durante los tres últimos años, cuando recorrí el continente, fui uno de los que (anónimamente, por supuesto), contribuyó a una suscripción para su mantenimiento. Su última obra ha alcanzado su puesto en el Panteón de las comedias inmortales, y como ha escrito uno de sus biógrafos: «El bien vive después de él... el mal está enterrado en su tumba». Las palabras, me temo, son poco originales.

Por casualidad descubrí, a través del Jefe de Policía, Stanley Hopkins, que el Jefe también cumplió su condena en la cárcel de Reading. Me pregunto si alguna vez supo que habían tomado parte en la misma aventura. (El Jefe murió allí, defendiendo a su joven amigo de los requerimientos de otro preso que no era «así».

Sobre el Amigo Misterioso: Su nombre, en un tiempo una palabra familiar sinónima de la destrucción y del sufrimiento terrible, ha adquirido una connotación más feliz, en parte debido a mi consejo (dado con muy poco conocimiento de sus consecuencias beneficiosas) y en parte debido a mi influencia con la Familia Real de Escandinavia, que me capacitó para superar las objeciones que podían haber impedido la realización de sus deseos. (Observo que Watson, con su típico humor desgarbado, ha tocado indirectamente esto en el Capítulo Cuarto en lo que concierne a la señora Hudson, concediéndole una distinción más tarde codiciada por muchos.)

Por lo que se refiere a la publicación de este manuscrito: El siglo veinte casi deberá haberse acabado antes de que el mundo esté preparado para recibirlo. Guárdelo en lugar seguro, adjuntando esta carta como señal de mi conformidad en su posterior publicación. (Los beneficios quizá se puedan dar al asilo para niños sin hogar que Watson y usted han fundado). Se lo devuelvo con el fragmento (páginas 117-123) incluido en el Capítulo Doce). Por qué Watson prefirió omitirlo originalmente es misterioso, pero bastante menos que por qué en los últimos días de su vida se vio impulsado a escribirlo. Quizá pensó que me estaba revelando un secreto. Por supuesto, yo había deducido los hechos hacía mucho tiempo y sabía lo que Watson no quería o no era capaz de decirme (y sospechaba que él sabía que yo lo sabía), y sin embargo mantuvo hasta el fin un obstinado silencio que se levantó entre nosotros. Soy capaz de entender y pienso que soy mejor hombre de lo que Watson me consideraba. Pero cada uno de nuestros actos, de acuerdo con sus luces y a los muchos actos por los que estoy en deuda con él, debo añadir esto último. Espero que haya alcanzado el descanso sosegado que merece.

Ahora, sus preguntas sobre mi persona. Vivo en una pequeña granja, aquí, en los Downs, a ocho kilómetros de Eastborne, en Sussex, y tengo buena salud si no fuera por ocasionales ataques de reuma. Hago vida de ermitaño: una vida extraña para la mayoría de la gente, que confunden estar solo con ser un solitario, pero a mí me va bien, porque nunca fui un tipo sociable y nunca he sido tan feliz como cuando estaba solo y trabajando en mis pequeños métodos de pensamiento. (Debo confesar que siempre fue una carga satisfacer las exigencias de la amistad con Watson y, una vez, cuando cité al Bardo que decía: «no me deleitan los hombres», él lo rechazó con un «y las mujeres tampoco». Mi negativa a invitarle aquí le causó no poco dolor, pero sabía que con el tiempo se adaptaría a una vida sin mí).

Me he entregado por entero a esta tranquilizadora vida en la naturaleza por la que tan a menudo he suspirado durante los largos años que he pasado entre las tinieblas de Londres. Disfruto del aire puro, paseo a lo largo del sendero del acantilado que conduce a la playa, pero principalmente trabajo en mi opus magnum, *Compendio del Arte del Detectivismo*. En los ratos libres estoy recopilando un tomo insignificante que espero sustituya al anticuado manual *Abejas: La Monarquía Femenina*.

Aunque generalmente no veo a nadie más que a la señora Hudson, ocasionalmente me interrumpen, como anteayer, un joven en bicicleta para pedirme agua y preguntarme la dirección a Londres. Llevaba un ejemplar del *Strand* con «La Aventura de Shoscombe Old Place», el último caso que publicó Watson. Ignorando mi identidad, me confesó que tenía un inmenso

interés en nosotros. Hablaba de nosotros y de nuestras aventuras como si hubiera estado allí, y con el tono con el que yo imagino que hablaban hace tiempo los peregrinos que visitaban Canterbury. Manifestó que iba de camino a Londres para visitar el 221-B de Baker Street. Como se puede imaginar, me divertí enormemente oír hablar de mí mismo a alguien que había estado fuera de la vida y dentro de la literatura.

Intenté mantener una conversación con el joven, pero lo único que pude sacarle es que estaba decidido a convertirse en detective o, en caso de fracasar, en cantante de jazz, cualquiera de las dos cosas. Le dejé en su camino pedaleando, con mis mejores deseos y una jarra de miel, y mientras le veía alejarse, me acordé de mí mismo —¿puede ser hace cincuenta años?— cuando llegué por primera vez a Londres para encontrar o hacer mi fortuna.

La señora Hudson era menos indulgente con la idealización del pasado por parte del muchacho. «Está bien hacer visitas —dijo—, pero no intente quedarse a vivir allí». Quizá no sepa que la señora Hudson es mi ama de llaves aquí. Poco después de dejar Londres recibí una carta suya, diciéndome que su querida amiga la señora Turner había muerto y que si podía venir conmigo, porque «no tenía condiciones para ser una patraña londinense». Lo que esto significa lo he aprendido en mis investigaciones para mi opus magnum, cuando descubrí que ella me podía proporcionar de memoria todos los hechos de mis casos publicados. Jamás nos preguntó nada, pero había hecho cola a las puertas del *Strand*, aguardando cada ejemplar. Es curioso imaginársela estudiando detenidamente los relatos de aventuras que había conocido solamente desde la periferia, pensando según leía: «Esto es lo que ha sucedido». Me arrepiento de no haberle proporcionado detalles entonces, una acción que habría requerido muy poco esfuerzo, con solo haberlo pensado.

Los que sólo conocen a la señora Hudson por las referencias ocasionales de Watson se sorprenderían al encontrarla ahora. Cuando vino aquí, insistió en que la llamara Martha. Yo no aliento estas intimidaciones, pero ella fue inexorable: «El señor Hudson ha estado muerto durante estos treinta años, pero ¡Martha está vivita y coleando!» Yo la complací, especialmente al final de la tarde, después de terminar el trabajo del día y cuando nos sentamos en los Downs. A menudo nuestra conversación volvía a los casos que no han tenido explicación y me urgía para que le proporcionase detalles, haciendo preguntas y sugerencias tan perspicaces que una vez le comenté: «Usted se equivocó de profesión, Martha; debería haber estado en Scotland Yard». Por supuesto, yo esperaba que respondiese: «Oh, no, eso no habría sido correcto», pero solamente miró hacia el canal, con los ojos iluminados con el destello

que yo he visto en los ojos de los viejos sabuesos que oyen el cuerno de caza y pueden seguir la presa con los ojos de la mente.

Para terminar: No mucho tiempo después, con las primeras ráfagas de ese viento frío y cortante que azotaría a toda Europa, me llamaron para infiltrarme en el sistema de inteligencia alemán en Inglaterra. No fui capaz de ponerme en contacto con mis auxiliares; Shinwell Johnson era demasiado viejo para el servicio y Wiggins estaba demasiado preocupado con su cadena de quioscos. Pensé introducir en casa de Von Bork al hijo adoptivo de Wiggins, Randolph, pero a Von Bork no le hacía falta un guarda. Me estaba volviendo loco cuando un día, la señora Hudson comentó: «Supongo que no le vendría mal un ama de llaves», y se recomendó a sí misma. En vano le indiqué que el papel requería una enorme habilidad en la administración. «He sido casera londinense durante veinte años —dijo—, llevando la casa yo sola y no precisamente con los inquilinos más cómodos». Aduje que requeriría una considerable destreza en la actuación. Empezó a hacer como si hablara con un tendero: «¿Por qué, señor?, le envié ese pago hace días. Lo tendrá mañana, y mientras tanto, ¿me podría enviar un puñado de perdices frías para que el señor Holmes agasaje a un cliente ilustre?» Finalmente, le advertí que implicaría un considerable peligro. «¡Peligro! —exclamó—. Estuve de parto con Susan durante tres días, Dios la tenga en su gloria. ¿Qué saben los *hombres del peligro?*»

Si ha leído la historia de Watson «Su Último Saludo», sabrá cómo una vieja dama simpática y de cara rubicunda, con un gorro campesino, me ayudó a engañar a Von Bork. Su vida y el destino de Inglaterra pendieron de un hilo una docena de veces, pero ella llevó a cabo su rol sin un fallo, desempeñando una no pequeña parte en el desmantelamiento de la inteligencia alemana durante la guerra.

Se lo dije después de que nos retirásemos de nuevo a nuestra vida tranquila en los Downs, y pensando en agradecerla, añadí: «Algunos hombres han sido condecorados por menos servicios a su país». «Déjese de condecoraciones —dijo—. Lo *hice*. El corazón y la mente de la mujer son misterios insolubles para el varón».

Realmente, se ha convertido en una ardiente partidaria de las Sufragistas. Ayer me lanzó un periódico a la cara citando a Sir Arthur Conan Doyle y diciendo: «Una mente fuerte es tan desagradable en un círculo doméstico como un cantante poderoso en una habitación pequeña». Su cara estaba lívida cuando proclamó: «Si yo estuviera en ese círculo doméstico, le cantarías unas cuantas arias, ¡y un bis doble!» Aboga porque las mujeres entren en el parlamento, e incluso dice: «Un día, una mujer vivirá en el número 10 de

Downing Street». Contra tales excesos liberales he sido firme, negándome a ceder terreno incluso cuando invocaba los nombres de Isabel y Victoria, hasta que, finalmente, un día dijo con un destello perverso: «Tiene razón, señor Holmes. Por eso solamente hay una abeja reina».

En mis años más jóvenes no habría tolerado esto, pero según pasa el tiempo me siento más inclinado a las emociones femeninas, tales como la resignación. Supongo que si esto continúa, algún día ella llevará barba y yocofia, una perspectiva que últimamente me atrae para reflexionar más sobre un problema forjado por la naturaleza, más que aquellos por los cuales es responsable nuestra posición artificial de sociedad.

Aquí en los Downs, las tardes son largas y se hacen más largas cada año, de modo que mi manuscrito se desdibuja antes y debo parar. Cenamos pronto, Martha y yo, y después nos sentamos junto a nuestra casa mirando a través de la cuesta sur de los Downs hacia el canal. A menudo, al sentarme fumando mi pipa, mi mente vuelve con satisfacción a los casos resueltos con éxito a lo largo de mi carrera, aquellos que empezaron envueltos en el misterio y terminaron en una claridad triunfante. Pero cada vez más, cuando las sombras se extienden y me siento acercarme a aquel callejón oscuro donde todos los senderos se encuentran, mis pensamientos vuelven, de esa forma perversa de la mente humana, a otro rompecabezas cuya respuesta me resultaba tan clara en mi vigorosa juventud, pero parece hacerse más incierta según van pasando los años: este rompecabezas de lo masculino y lo femenino.

Es de lo más sorprendente. Incluso puede ser —me siento inclinado a pensarlo— el Mayor Misterio de todos.

Sinceramente suyo,

SHERLOCK HOLMES

Notas

[1] Bombardeo de Alemania sobre Inglaterra durante 1940-1942. < <

[2] En los países de habla inglesa el ceceo es un tópico que distingue a los homosexuales. <<

[3] Estamos acostumbrados a que los hombres se burlen de lo que no entienden. <<

[4] En inglés la palabra *buns* significa «bollos», y también «nalgas». <<